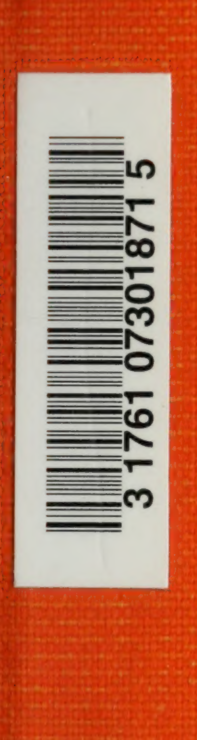

3 1761 07301871 5



La

Candidatura de Rojas



Armando Chirveches

ARMANDO CHIRVECHES

La Candidatura de Rojas

NOVELA



PARÍS
SOCIEDAD DE EDICIONES LITERARIAS Y ARTÍSTICAS
Librería Paul Ollendorff
50, CHAUSSÉE D'ANTIN, 50
1909



PRÓLOGO

... Vegetábase en la tierra.

Escritores de fama parroquial, intelectuales de salón engreídos por haberse dado á conocer en instantes de profunda anemia mental, holgaban, uniendo, tras largos intervalos, su prosa intonsa á la desarticulada prosa de los periódicos — suprema y única manifestación espiritual de pueblo enteramente subyugado por los juglares políticos, quienes, sobre el profundo aplanamiento y cual insectos sobre las dormidas aguas de un estanque, se movían mostrando la eterna coloración de sus ideas como los insectos sus alas al cabrilleo de la luz.

De raro en raro, adolescentes ennorgullecidos por los dineros y loas paternos, limpios de conseja, se lanzaban camino de la notoriedad publicando en revistas de efímera duración, pueriles narraciones ricas en personajes no siquiera emprestados á la mitología indígena, que así habrían resultado obra meritoria, sino seres de pura imaginación, deformes por sus cualidades

de bondad y belleza y en los cuales pretendían verse trasuntados: pobres seres desarticulados por moverse en terrenos indefinidos y presentar innegabl parentezco con los creados por Pérez Escrich, autor muy en estima y casi único del público femenil boliviano y aun del masculino de ciertos provinciales rincones.

Fué un libro pueril pero de raigambre indígena el que contribuyó en cierto modo, y acaso principalmente, al desarrollo de una actividad sorprendente por lo inesperada y haber abierto, á poco correr, cauce en la quieta superficie de la mentalidad colectiva. Autor de ese libro fué el que escribe estas líneas, quien, apenas concluídos sus estudios é impulsado por fatales llamamientos, fatales como el desborde del agua en un vaso lleno, publicó un pequeño volumen con pretenciones de novela provocando raros aplausos y muchas injustas palidonias propinadas no con el santo propósito de corregir y aun castigar las equivocaciones del autor, sino de herir al hombre en su sensibilidad, en lo íntimo de su ser y esto únicamente porque había tenido la audacia de agitarse allí donde pocos se movían...

Consignamos este hecho venciendo natural encono del amor propio lastimado, porque bajo su apariencia vulgar, encierra, no obstante, la clave de esa actividad hoy ya con ritmo una vez

dado el empuje inicial indispensable y vencida la hostilidad del medio ambiente que hasta hace poco había ahogado todas las tentativas, destruyendo quizás, en germen, preciados frutos de mañana.

Ese librillo malo, incoherente, presuntuoso, tuvo la virtud de estimular el ardor de la generación hoy en pleno dominio de sus facultades, de impulsarla, acicatearla si cabe. Cada uno, al trabajar, independientemente del impulso interior, obedecía á una causa no menos efectiva : superar lo publicado.

Causa poco loable, á no dudarlo, si se quiere analizar sus efectos inmediatos patentizables hoy en obras de ninguna trascendencia social, pero necesaria, acaso indispensable, pues forzoso es convenir que todo producto humano, especialmente el artístico, requiere, para alcanzar relativa perfección, primero una iniciación incierta y luego una constante actividad, un esfuerzo porfiado en un mismo sentido ; porque — se ha dicho — el arte es planta y para llegar á la flor, indispensable es esperar la triunfal ascensión de la savia.

Á ese hecho indiscutible para el que estudie con imparcialidad y cronológicamente la producción literaria en este alborear de siglo, vinieron á mezclarse otros de diversa índole pero de igual

modo eficaces al más pronto y perfecto desarrollo de esa actividad espiritual y mental : la complejidad social por causas de la apertura de líneas férreas en el país, el aumento de su riqueza monetaria por la cesión de territorios á los países vecinos, y, principalmente, la paz interior cuyos beneficios parecen arraigar en el espíritu del elemento popular, la idea de que el mejoramiento colectivo tiene que operarse no á fuerza de revoluciones, idea grata á los caudillos, sino de labor seria, obstinada y profunda.

Iniciado, pues, ese movimiento de creación, se realizó al mismo tiempo una especie de acercamiento afectivo entre los que hasta entonces ensayaban diseminados, y quizás antagónicos, en el campo de las letras y formaron un grupo que, animado por sentimiento de solidaridad, acaso por inadvertido instinto de mutua defensa, se estrechó aun más si cabe al calor de un generoso ideal : rehuir la atmósfera ambiente, ó bien laborarla, hacer que su ramplonería dejase de destruir los mejores entusiamos y aniquilar las ambiciones en germen.

Y halló pasable refugio en un periódico que siendo, con poca diferencia, como los demás, al fin consentía en dejar libre una de sus secciones, la más apartada, al servicio de los inactuales

siempre que no interviniesen en las sordas batallas de las ambiciones burocráticas — fundamental y único ideal colectivo. Y comenzó no á luchar — que el terreno le era vedado — sino á laborar en su surco con sana energía y decidido empeño de perfección. Cada uno, según su temperamento y sus aficiones librescas, puso lo mejor de lo que había en sí, pulverizó su espíritu — al decir enérgico de Maeztu. Y crónicas, cuentos, poesías, disquisiciones filosóficas, alegraron con riente nota ese campo yermo donde sólo habían germinado las flores de la retórica partidarista gratas á la vanidad de los vacuos caudillos.

Allí, en la sala de redacción de ese periódico, comenzó á elaborarse una nueva atmósfera de sinceridad é intelectualidad. Todos los días se renovaban las firmas y el público encontró agradable y sintomático ese sucesivo correr de páginas frescas y con calor de juventud; y á la par que en el núcleo se afirmaba sólidamente la idea de hondar en las entrañas mismas de nuestros elementos constitutivos, de sintetizar las aspiraciones, ó más bien, las impulsiones de la raza, se iba operando en ese público una transformación lenta pero segura : sentía ya la ansiedad de cosas nuevas, la necesidad de renovar las fuentes de su emoción, de apartarse — no

fuese que momentáneamente — de la árida senda en que hasta entonces, perdiendo sus gustos, desorientando su criterio, lo habían encaminado los profesionales políticos, para quienes, por su vanidad, por su ignorancia, parece escrita esa frase que Carlyle pone en boca de su profesor Teufelsdröckh : « Lo que se ve, cuando no se puede ver más, es casi infinito ».

De entre los del grupo, Chirveches, reflexivo, nervioso, melancólico, era el que menos manifestaba la necesidad de estudiar la tristeza y la humildad del vegetativo vivir provinciano porque el género de sus lecturas, su educación, su medio mismo, lo apartaban de todo lo que trascendiese con olor de democracia y no se presentase dentro el marco de un aristocraticismo algo presuntuoso y demasiado convencional. Por otra parte, Chirveches no conocía esa vida, la sospechaba tan solo ; y fué fortuna para las letras patrias el que necesidades de vigilar de cerca la conservación de los paternos fundos, lo condujesen á la región en que se desarrollan las principales escenas de esta novela. Y como Chirveches tiene sensibilidad de poeta y posee las dos cualidades indispensables á un novelador como son : el espíritu de observación y de síntesis, ambas á dos equilibradas y armonizadas, y que hacen de él no un mero

clasificador de detalles que caen á la simple percepción á la manera de los naturalistas, ni de la exaltación de los sentimientos con prescindencia absoluta del medio externo, al modo de los románticos, sino que se ha sentido de hecho, fuertemente atraído por esa vida y al exteriorizarla en parte, ha creado una obra que participa, en mayor ó menor proporción, de los dos caracteres y produce deleite de ensueño aliado á la sensación íntima de que eso que se lee y ve, es fragmento de vida sorprendido en hora de mucha intensidad, aunque vaga y discretamente idealizado por el incontenible poder del poeta, superior al del analista.

La Candidatura de Rojas es, pues, la primera manifestación consciente de nuestra mentalidad adormida y, en alguna de sus partes, la más genuina representación de la modalidad común ; pero, sobre todo, es la afirmación de un temperamento artístico extraviado hasta hace poco en vías falsas, porque Chirveches, — como los demás — había incurrido en el error de desviar los ojos de su medio para pasearlos en terrenos pueriles donde se movían con torpe movimiento « princesas encantadas », « pájaros azules », « gnomos barbudos », « sátiros danzantes, « Lilíes y Margots », todo ese abigarrado mundo de países legendarios y muy diversos,

muy distantes del nuestro — ¡del nuestro en que sólo se ve errar el alma triste, el alma desolada del magno Inca Atahuallpa y de su raza muerta en el fondo tétrico de las minas!

Consiguientemente, la psicología de estos personajes no es nada compleja. El autor, sin preocuparse de sondear sus almas por no ignorar que en ninguna se esconde un drama, los hace vivir simplemente emprestándoles á algunos un carácter en desacuerdo con su temperamento y cultura, y es en su vida donde se reflejan aquellas: almas semi-simples, espontáneas en sus sentimientos de odio, amor ó envidia — absorbentes pasiones criollas; almas rudas aun no moldeadas en ningún refinamiento de complicada vida social; almas de campesinos fuertes aun siendo savia enferma de dos razas desiguales, forjada la una en lucha secular y titánica y moldeada la otra en yugo de apacible domesticidad... La acción, limpia de situaciones extraordinarias, se desenvuelve llana, sencilla, ingenua, en sucesión de cuadros sonrientes, llenos de colorido local, ligados por el hilo de oro de la poesía y que constituyen un conjunto armonioso, rítmico, independientemente del paisaje apenas esbozado ó, mejor dicho, *sentido*, lo cual delata el temperamento más subjetivo que objetivo del poeta, ó quizás su deseo de hacer obra de pura

acción cuidándose poco de determinar con rasgos netos, precisos y plásticos el paisaje ambiente.

Empero, lo que sobre todo es de notar en la obra de Chirveches — que por esto se hace obra representativa y simbólica, — es que á su principal personaje lo ha dotado de las mismas ambiciones, de la misma mentalidad, del mismo ideal que animan hoy á la juventud boliviana. Chirveches, de intento, se ha desligado de todo personalismo al pintar, con verbo y precisión, los cuadros políticos y nos ha dado hermoso ejemplo de imperturbabilidad, indispensable á todo el que pretende fijar un momento de la vida colectiva, es decir, ha seguido el método admirable practicado por Flaubert, ese maestro de los maestros, y por Galdós, guardando en lo posible su imparcialidad con el propósito de que el lector deduzca consecuencias ó experimente sensaciones según su temperamento y su manera de ver las cosas sin que él lo incline de un lado ó de otro, pero sí con la secreta y noble intención de poner en evidencia la pobreza de ideal y la penuria de imaginación de la juventud de su país. Por este aspecto, no determinado por los que han pretendido hacer la crítica del libro, Chirveches se revela intencionado y temible satírico, pues sabe disimular perfectamente las intenciones que

le guían al escribir y, bajo una apariencia favorable y aun simpática, poner de relieve los defectos y vicios de lo mismo que parece defender; — y así su obra resulta fiel trasunto de un momento de la mentalidad colectiva, extraviada en falso concepto de la finalidad social seducida, subyugada, por el funcionarismo político.

La palabra *diputado* no sólo en oídos de *Enrique Rojas y Castilla*, el principal personaje de la novela, sino en oídos de toda la juventud boliviana, resuena « con la misma dulzura de una promesa de amor ».

Ningún otro arresto seduce á esa juventud. En otros centros de más amplio desarrollo cultural, son fecundas ambiciones ideales en equilibrio con las positivas, seduciendo más aquéllas que éstas, que aguijonean las energías de la juventud. Allí, nada. El campo de aspirabilidad está cerrado de horizontes. Los mismos intelectuales de la laya de *Rojas*, como suprema ambición, sólo aspiran a ocupar un sillón en el municipio ó en el parlamento para luego « pasar de un asiento de representante á un elevado cargo público » sin perjuicio de correr tras las hijas de propietarios ó de caciques ricos á quienes hacen madres de numerosa prole.

Por eso, á despecho del sonriente optimismo con que termina la novela, no deja de sentirse

una especie de vacío al ver la inanidad, el aplastamiento de la vida del héroe, ser mediocre y nulo para los grandes combates ó las nobles ambiciones. Se piensa indefectiblemente que una juventud que vive y obra así, actuando en hechos de una vulgaridad tan pobre, tan submergente, no pueda sentir el orgullo de un pasado fecundo y activo, ni ser apta para las audacias del pensamiento que han menester campo de tolerancia. La juventud es acción, empuje. Sólo cuando se ha pasado por muchas cosas se es tolerante, y la tolerancia supone sensatez y conocimiento de mundo cuando no la convicción profunda, íntima, del propio valer.

Enrique Rojas y Castilla, sin esta convicción, posee la terrible credulidad — terrible por ser credulidad colectiva — de creerse superior á su medio. Desde el instante que alienta esta convicción, considera que su destino es mezclarse en política, legislar, gobernar. Jamás se ha preocupado de poner en evidencia la superioridad de sus facultades; no tiene ideas concretas sobre ningún problema social y menos nacional, su cultura la ha adquirido en libros baratos difundidos por inescrupulosas casas editoras, y aunque se sienta capaz de discurrir « una hora sobre Economía política, tres cuartos de hora

sobre Sociología y media hora sobre Derecho público » no conoce nada porque ignora lo que es sentir la ansiedad superior de saber si el fin de la vida es algo más que la prosecución de cosas comunes y propias sólo para halagar la vanidad y el orgullo, si obrar de este ó aquel modo entrañaría el mayor desarrollo de su personalidad contribuyendo así al ritmo ascendente de la vida misma; no : su criterio no vá mas allá de la simple constatación de escenas carnavalescas en las reuniones electorales, sin jamás detenerse á meditar seriamente de qué modo se podría modificar su medio ennobleciéndolo y haciéndolo más comprensivo para poder dirigirlo por vías más seguras y más conformes á la realidad. Es un ser que pasa indiferente á todo menos á lo que halaga su amor propio, es decir : un vanidoso de la peor especie, tipo común en las democracias mestizas, enfermas por la abundancia y predominio de esta clase de seres.

Enrique Rojas y Castilla es su encarnación perfecta. Por eso, á las juiciosas observaciones de su padrino el abogado *Meléndez* — tipo admirablemente bien observado, lleno de color de humanidad y simpático por su pesimismo conciliante y generoso — se le ve opener la tenaz resistencia del mestizo que obcecado por ideas

unilaterales, considera la Diputación como la más alta aspiración de un intelectual; pero una vez envuelto en las pueriles andanzas de las elecciones y pese al poder mareante de su ideal, herido por la brusca realidad de los hechos, no puede prescindir de confesar que esas democracias piden más del señor ó del maestro que de el legislador; y, tímido, quizás ruboroso, prefiere á las reuniones y discusiones electorales, obedeciendo á su temperamento más sociable que intelectual, la sabrosa charla con las provincianas, el roce con personitas singulares tales como esa *Milagros Moreira* que habla y discurre con una gracia, delicadeza y desenvoltura desconocidas en las más leídas de la capital; con su prima *Inés Rojas*, otro ser extraordinario, demasiado culto, demasiado poético para la salvaje soledad en que vive, imponiéndose y dominando á todas la silueta noble, austera, gloriosa, del viejo don *Pedro Rojas*, brote de extinta estirpe, vástago aislado de una raza que ha desaparecido absorbida por el elemento mestizo, huérfano de las cualidades de Don Pedro.

Y esto, es decir, esta mezcla de caracteres contrarios y poco definidos, es lo que constituye el principal, el más grave error de la novela, en nuestro sentido.

Si Chirveches hubiese estudiado á todos sus personajes con la misma serenidad que empleó en presentarnos á la siniestra familia de los Garavito, clásica en nuestras provincias y superiormente descrita, á la de las Moreira « hijas de una mujer que había gastado su fortuna haciendo pasar buena vida al prójimo » — nos habría dado una obra completa por su exacto sentido de la realidad. Mas, en esta vez, — insistimos — el poeta se ha sobrepuesto al observador.

No se lo reprochamos, porque á más de que debe serle permitido á un poeta recrear, apaciguar su sed de belleza é idealidad creando seres que respondan á su concepción tipo de humanidad, que sean trasunto de sus simpatías afectivas ó intelectuales, nos ha presentado con rasgos breves pero intensos altas figuras en relieve como la de ese ministro D. *Melchor Paredes* que resume por si solo la odiosa idiosincrasia de los hombres de Estado, haciéndolos hablar á todos con sus peculiares giros y modismos, ampliamente, sin escrúpulos por chocar con los preceptos académicos ni retenerse ante la idea de no ser muy bien comprendidos en caso de que sus vidash allasen atmósfera — este es el caso — más alla de las lindes en que se agostan por falta de actividad, como la llama por falta de aceite....

Con todo, tiene la obra de mi amigo Armando Chirveches, quien me ha honrado pidiéndome prólogo para esta edición, indiscutible valor *documentario* y quizás por esto solo, aparte méritos literarios, no andemos extraviados al pretender que bien puede hallar en el público de habla castellana la misma simpatía que encontraron *Idolos Rotos* y *Gaucha*, para no citar más, obras superiores que exteriorizan el medio en que fueron creadas, ó mejor aún, un momento de la vida de pueblos jóvenes, todavía no muy bien orientados, pero sedientos de porvenir, que es seguro signo de su poder de mañana.

A. ARGUEDAS.

París, abril 1909.

La
Candidatura de Rojas

I

La palabra diputado sonó en mis oídos con la misma dulzura que una promesa de amor. Ser *padre de la patria* á los veinticinco años, ser miembro del primer poder del Estado, ser un hombre público, ser...

Imaginaba mi hombre estampado en la satinada superficie de una elegante tarjeta : Enrique Rojas y Castilla, diputado.

¡Qué nombre más sonoro! Verdad que antes había sido Enrique Rojas Castilla solamente, pero aquel *y*, aumentado al apellido paterno, tenía un eufonismo innegable é iba

á anonadar, con su aristocracia, á la burguesía que forma el Congreso.

Veíame, ya, pronunciando en la Cámara de Diputados un discurso viril y elocuente: la frente alta, la mirada segura, la mímica correcta y las palabras fluyendo de mis labios con una elocuencia digna de Baptista. El costado izquierdo, ocupado por la oposición, me contemplaría con rabia, mientras la derecha aplaudiría los períodos rotundos y lógicos de las catilinarias con que yo iba á aplastar á mis adversarios. En las paredes de la sala, los retratos de Bolivar y de Sucre parecerían animarse, como si recordaran Junín y Ayacucho. La barra interrumpiría mis cláusulas casi heroicas con nutridas palmadas, y en las tribunas, la encantadora Mercedes Silva, sonreiría con orgullo al escucharme, como quien dice: ¡qué bien habla mi novio!

Mi inexperiencia de abogado novel no tendría que sufrir derrotas ni salvar abstáculos, á causa de la divergencia que existe entre la teoría y la práctica; porque, había que confesarlo; yo, que podía hablar hasta una hora sobre economía política, tres cuartos de hora sobre sociología y media hora sobre derecho

público, veíame en serios aprietos para seguir un juicio sumario ante un alcalde parroquial.

Comenzar como diputado era, pues, comenzar donde otros acaban, y en lugar de encotrarme obligado á conseguir ascensos en la penosa carrera del juez, pasar de un asiento de representante á un elevado cargo público.

Por otra parte, los papás de Mercedes Silva no pondrían ya un gesto agrio al verme bailar con ella, pues, ¿qué más podían ambicionar para su hija que un diputado? Se abrirían para mí las puertas de muchísimos salones. Los periodistas tornaríanse amables como ninguno y me harían figurar en las crónicas sociales : « El distinguido diputado D. Fulano de Tal está enfermo, aunque no de gravedad. Deseamos su pronto restablecimiento », ó si no : « El inteligente diputado D. Enrique Rojas acaba de llegar, después de haber realizado un viaje de recreo por las risueñas márgenes del Titicaca », ó : « El banquete que ofreció el ministro de tal, resultó espléndido: encontrábanse fulano, zutano y perengano, y entre otros, el joven é inteligente diputado por la provincia de... D. Enrique Rojas y Castilla. »

Mis parientes añadirían á mi nombre, como un afijo honroso, la palabra « el diputado ». Dirían : mi sobrino el diputado, mi primo el diputado... y en época no lejana el viejo Silva exclamaría con énfasis : mi yerno el diputado.

Los amigos mismos, aunque recibieran al principio la noticia con un poquillo de envidia, acabarían por tenerme en mayor estima y presentaríanme á sus amistades con la conocida frase : Enrique Rojas y Castilla, diputado nacional.

Leí y releí las cláusulas de la carta de mi tío abuelo, D. Pedro Rojas, en la que me decía :

« Es preciso, querido sobrino, hacer algo por el porvenir de la familia y por su buen nombre. Hace ya algún tiempo que eres doctor, y como no ignoro que el defender pleitos te desagrada y que el buscar empleos en el Gobierno priva de la independencia, esa independencia de la que tan amantes somos por educación y por raza, pues por amor á ella vivo yo retirado y por amor á ella murieron varios de tus antepasados, durante la heroica lucha en que conquistamos nuestras libertades ; es

preciso, digo, que pensemos en algo, y ese algo es una diputación para ti.

« Merced á las numerosas relaciones que poseo en esta provincia y á la posesión espectable que ocupo, podría trabajar con probabilidades de éxito á fin de que fueras elegido representante por el próximo período legislativo. Sólo es cuestión de incluir tu hombre en alguna candidatura, ya sea oficial ó de la oposición, que lo mismo dá, por que creo asegurado el triunfo, no obstante lo cual, no estaría demás ponerse de acuerdo con las autoridades, para que la victoria sea más fácil.

« Las elecciones están próximas, así que no hay tiempo que perder. Una vez dados los pasos necesarios, puedes venir á pasar en mi compañía un par de semanas, con objeto de preparar el terreno, y también, para realizar una especie de jira política ».

Anuncié á mi padre la feliz nueva, y el buen viejo, después de pasarse la mano por la tersa calva, luego de quitarse el birrete de terciopelo bordado de oro — lo que sólo hacía en las grandes ocasiones — díjome, que era preciso procurar ver á mi padrino de bautismo, D. Manuel María Menéndez, viejo

abogado, al Ministro de Gobierno, á fin de solicitar el apoyo oficial del mismo, y finalmente, de ser indispensable, al Presidente de la República.

*
* *

D. Manuel María Menéndez, hojeaba un voluminoso expediente, cuando entré en su despacho.

Levantóse, sonrió con la amable sonrisa con que siempre acogía mis visitas y me ofreció un asiento.

Manifestéle la carta de mi tío y le pedí un consejo.

D. Manuel se puso á pasear en su bufete de extremo á extremo y antes de responderme, echó al aire tres ó cuatro bocanadas de humo.

— Ser diputado, — me dijo, — ser diputado á tu edad parece una gran cosa, pero no lo es. Yo hubiera preferido que practicases un poco en este bufete, porque lo que indudablemente sucederá es que, ocupado en política y otras tonterías, nunca serás un jurisconsulto. Ya sé que mi manera de pensar ha de parecerte rara. Tu padre se alarmará con

mis opiniones, pero á trueque de parecer poco práctico, me mantengo en ellas.

¡La política! Conozco mucho á esa señora, ó mejor dicho, á esa mujer pública, veleidosa como la que más, cuyos favores se pagan, lo mismo que los de las otras, con dinero. ¡La política!

El *revuelto mar de la política* ha absorbido estérilmente los mejores años de mi juventud. Como tú también, tuve gran entusiasmo para ser diputado en el Congreso de 1861, que eligió presidente provisorio de Bolivia al general Achá. La dictadura de Linares, un buen gobierno, cuyos méritos se sostificaban, unida á las ideas de un liberalismo exagerado, que entonces reinaban entre mis compañeros de estudios y entre la juventud en general, llenaron mi cabeza de humo. Te juro que pronuncié brillantes discursos. Parecía yo en aquella época un girondino hasta por la indumentaria, por el cabello largo y por la ausencia de bigote. Era enamorado, poeta y orador. Tenía apoyos y fortuna, así que nada me faltaba para desempeñar un bonito papel en los Congresos. Asistí á los de 1863 y 1864 y todo lo que saqué en limpio, cuando Melga-

rejo se apoderó del poder, fué ser desterrado por mis ideas revolucionarias, que puse en práctica batiéndome por Belzu en Marzo de 1865 y con Arguedas en Diciembre del mismo año. A la palabra había sucedido el arma de combate y aunque peleé como un valiente, fuí deterrado.

Conocí las amarguras del exilio, comí el áspero pan de la proscripción. Me encontré en un país extraño, sin recursos, á pesar de tener fortuna, sin amigos, sin amores.

Tenía acá una novia, la más hermosa morena que haya usado los largos rizos de la época. ¡Quién de los poetas de entonces no había cantado los cabellos negros y sedosos de Pilar Gonzáles! ¡Quién no había dicho que sus ojos eran ardientes y que sus labios debían ser más ardientes todavía! Yo la quise de veras y ella me juró que me amaba, poniendo los ojos en blanco y apretando mis manotas con sus pequeñas manos de nieve.

Cuando partí para el destierro, me estrechó contra su corazón y me prometió amor eterno. Pero ya sabrás tú lo que son los eternos cariños de las mujeres.

Apenas habían trascurrido seis meses,

desde que me hallaba ausente, cuando aquella Pilar otorgaba su blanca mano á uno de los oficiales más brillantes del ejército de Melgarejo.

Ella que había maldecido al tirano, porque me obligaba á alejarme de su lado ; ella que en el último beso murmuró esas dos palabras que tantas veces se pronuncia y tantas veces se miente : nunca y siempre, se pasaba á las filas enemigas sin escribirme una carta de despedida.

Perdí la novia y la perdí por causa de la política, y te garantizo que jamás he podido olvidar completamente á esa encantadora encarnación del sexo femenino, á esa Pilar Gonzáles que durante tanto tiempo tuvo mi corazón secuestrado en la cárcel de sus encantos. Y todo, ¿para qué? para acabar miserablemente, después de haber vendido sus favores, cuando su marido, que había llegado á coronel, sucumbió de parálisis en un hospital...

Mi fortuna sufrió desmejoramientos considerables; murieron varios de mis parientes y lo que es más triste, una hermana á la que quería entrañablemente. Contarte las horas

de desesperación que pasé, los duros trances, las hambres, la soledad horrible, el abatimiento, sería demasiado largo.

Cuando volví á Bolivia, mis energías hallábanse debilitadas y mis grandes ambiciones de político habían disminuído considerablemente.

Fuí más tarde diputado y senador. Representante nacional cuando la guerra con Chile, uno de los que se mostraron tenazmente adversos á ese desastre en que representó el primer papel; aquel general que ha escrito en nuestra historia la página más triste que en ella se registra fuí yo.

En todo, no he recogido sino desengaños. He ahí por qué hace diez años vivo exclusivamente dedicado al ejercicio de mi profesión...

Ya conocía yo la elocuencia de D. Manuel María Menéndez, así que había ido á su despacho resuelto á escuchar una larga disertación sobre política.

Mientras hablaba, entreteníame en examinarlo. Su cabello grueso, su barba rala, su perfil ligeramente aguileño revelaban al criollo de raza. Las palabras acudían á sus

labios sin esfuerzo alguno y su disquisición política fluía lenta, continua, como el agua de un surtidor que sale á borbotones.

— Tú como abogado que eres, — continuó D. Manuel, — sabes lo que se entiende en derecho público por representación y por sufragio, pero quizá ignoras que en Sud América en general y en Bolivia en particular, el mejor elector es el alcohol, de suerte que los representantes del pueblo sólo representan, en muchísimos casos, el fabricado por una casa alemana ó por una del Perú.

Vano es que se invoque el nombre del pueblo soberano. ¿Quién es el pueblo soberano? El pueblo soberano no existe sino en los tratados de derecho público.

Aunque las constituciones sostengan que ciudadano es el individuo apto para elegir y ser elegido, en definitiva sólo se elige á aquellos que son impuestos por las clases directoras, por la aristocracia del dinero y por la aristocracia del poder.

D. Manuel María Menéndez, al que sus ideas mismas ponían nervioso, volvió á encender un cigarro y plantándoseme delante, añadió con vehemencia :

— En definitiva, el derecho de ser elegido tampoco existe ; el tal derecho es una prerrogativa.

Interrumpí á mi padrino, pues no estaba conforme con sus ideas.

— Me parece, — dije, — que un partido sube al poder porque se encuentra en mayoría, y encontrándose en mayoría en el acto del sufragio, es justo que la tenga en las Cámaras y que imponga la mayoría de sus candidatos.

— He ahí lo que siempre se responde; — contestó Menéndez, — la mayoría. La mayoría es una invención como la del derecho divino de los Reyes. Entre nosotros la myoaría está constituida por las razas de color, por los parias que pueblan el altiplano y por los indígenas de los valles de Cochabamba y Santa Cruz y ya ves tú si esos mandan un sólo representante á los Congresos. ¿ No te parece todo eso decepcionante, enormemente decepcionante? ¿No prefieres tu independencia, y más que todo, la sinceridad de tu manera de obrar? ¿No prefieres más bien consagrarte á esa hermosa y vasta serie de ciencias, que se designa con el nombre de jurisprudencia?

Hermosa es la carrera del abogado y grande su misión...

— Querido padrino, — exclamé algo impaciente, — mi resolución de ser diputado es firme. Juzgue Ud. como quiera el papel que actualmente desempeña el legislador, pero no podrá negarme, que su posición es brillante, que su porvenir es mucho más risueño que el de un simple defensor de pleitos, ó que el de un juez que vegeta en el corazón de una provincia.

Soy joven y amo las situaciones. Sé que una vez diputado tendré tiempo de sobra para dedicarme á lo que me plazca, que gozaré un emolumento regular, que obtendré aplausos y llamaré la atención pública y que mereceré grandes consideraciones por pasar algunas horas sentado en un sillón forrado con cuero de Córdoba, en un elegante local en el que abunda el terciopelo de seda entre altas columnas de doradas cornisas, en el que se puede hablar cualquier tontería con aire de sabio y en el que se puede tomar, en los cuartos intermedios, un delicioso te con exquisitos pasteles.

— Veo que eres un convencido, — re-

puso el Dr. Menéndez, — pero, vamos á ver; ¿á qué partido piensas afiliarte?

— Seré independiente, — contesté.

— ¿Independiente? Entonces da por perdida tu candidatura. Ó te acoges al Gobierno ó marchas con la oposición. De otra manera no sales ni suplente. Yo sé lo que son estas cosas.

— Y, ¿qué me aconseja Ud.?

— Pues que te vayas donde el Ministro de Gobierno y le digas:

Señor: La provincia de tal quiere elegirme diputado. Cuento con la adhesión de lo principal del vecindario y como mis propósitos son: apoyar al Gobierno en el desarrollo de su plan administrativo y continuar prestando públicamente mi aplauso á sus actos, como lo he hecho hasta ahora en privado, solicito el apoyo oficial del Ejecutivo para patrocinar mi candidatura.

— Y si el Ministro me rechaza?

— Pues, nos vamos á la oposición.

⁂

Dos días después, en traje de rigurosa

etiqueta ascendía las escaleras del palacio de Gobierno, no sin que me latiera el corazón.

En la antesala del despacho me manifestaron que el señor Ministro se encontraba ocupado con otra persona y que tuviera la bondad de esperar.

Sólo se escuchaba el tic tac de un reloj de pared que marcaba las cuatro de la tarde y el roce de la pluma que el Oficial Mayor hacía correr con singular rapidez sobre hojas de papel tieso, que al ser desflorado, parecía gruñir con cierto orgullo, como si blasonara de su apergaminada nobleza.

Al cabo de un momento, entreabrióse la puerta del despacho ministerial y dió salida á un señor calvo y de lentes, que al pasar á mi lado, hizo una venia y luego, al despedirse, estrechó con ambas manos la que le alcanzaba el Oficial Mayor.

Indicóme el Secretario que podía pasar, franqueóme la puerta, alzó un portier de brocado y me encontré frente á D. Melchor Paredes, Ministro de Gobierno, jurisconsulto notable y gastrónomo eximio. Era un señor de mediana estatura, moreno y obeso que usaba el cabello cortado á ras de la cabeza.

El Exmo. Ministro indicóme asiento, después de haber estrechado mi mano, aunque sin abandonar el sillón giratorio que ocupaba junto á un escritorio norteamericano. Luego, me pregunto en qué podía servirme.

Á la verdad, aquel sencillo recibimiento estaba muy lejos de lo que yo imaginaba, así que mi desconcierto no fué pequeño. En vano abracé con una mirada el conjunto del despacho como si pidiera inspiración á los cortinajes rojos, á los muebles estilo Luis XV, á los estantes llenos de volúmenes gruesos ó de gordos legajos de papeles, á una tinterera de bronce que figuraba un dromedario durmiendo la siesta, á una máquina de escribir que mostraba su doble teclado como si se burlase de mi perplejidad.

El doctor Paredes creyó que yo no le había oído y volvió á repetir algo impaciente :

— ¿En qué puedo servirlo?

— El pueblo de..., — repuse, — quiero decir la provincia de... (aquí venían de molde las palabras de mi padrino), quiere elegirme diputado. Cuento con la adhesión de lo principal del vecindario, y como tengo el propósito de apoyar al Ejecutivo en el des-

arrollo de su plan administrativo y de continuar prestando públicamente mi aplauso y aprobación á los actos del Gobierno, como lo he hecho hasta ahora en privado, vengo, señor Ministro, conocedor de su poder y de su influencia (esto era de mi cosecha), á solicitar el apoyo oficial para que se patrocine mi candidatura.

El Ministro sonrió levemente. Fué su sonrisa más bien de los ojos que de los labios y repuso con calma y seguridad.

— El Gobierno verá con agrado su candidatura; puesto que no existe respecto de U. ninguno de los motivos que privan del ejercicio de los derechos políticos conforme á nuestra Constitución. Es Ud. apto para elegir y para ser elegido. Si en la provincia de... existe un crecido número de partidarios suyos que hacen probable su triunfo, el Ministerio de mi cargo se felicita de ello, pues verá con placer la entrada de un joven de sus excelentes condiciones en el seno del H. Congreso Nacional. En cuanto á patrocinar su candidatura, es diferente. Ud. sabe que en Bolivia hay absoluta libertad de sufragio, de manera que la coacción del Gobierno para imponer

un candidato sería un abuso incalificable en nuestro democrático sistema de libertades. Son los partidos los que tienen que obrar. Al Ejecutivo sólo le toca vigilar la correcta realización de ese gran derecho y deber político de los pueblos modernos, que se llama sufragio... Será la mayoría y nada más que la mayoría la que le dé el triunfo.

El Exmo. Paredes volvió á sonreir de nuevo y quedó un momento silencioso.

— Crea Ud. que me satisface, — continuó, — el que los jóvenes se preocupen ya de tomar parte activa en política y sobre todo de ingresar á los Congresos. Las Asambleas deliberantes necesitan siempre dos elementos : el conservador y el innovador ; el primero lo representan los que hemos vencido la mitad del camino de la existencia, el segundo, lo constituyen los jóvenes que abandonan las aulas con el cerebro lleno de ideas nuevas y de doctrinas revolucionarias. El primer elemento es numeroso en nuestras corporaciones legislativas y políticas, es necesario dar paso al segundo, pero con cautela, con mucha cautela...

Una sombra pasó por los ojos del Ministro.

que volvió á sonreir y profirió con poca seguridad algunas palabras corteses :

— Ojalá salga victorioso en las futuras elecciones; deseo sinceramente su triunfo ; — y como se volviera á hojear un expediente, comprendí que debía tocar retirada.

Si fué dificultosa mi entrada, resultó rápida mi salida. Mordíame con furia las guías de mi naciente bigote. En las calles iba amontonando toda mi ira concentrada contra Paredes y el Gobierno, en tanto que acariciaba mi triunfo desde las filas de la oposición. Mis interpelaciones á los Ministros iban á hacer época. Traería abajo á todo el Ministerio.

Dirigíme con paso apresurado á la casa del Dr. Menéndez, y cuando pisé los umbrales de la misma, exclamé enarbolando mi bastoncillo con puño de plata vieja :

¡ Viva la oposición !...

*
* *

El Dr. Menéndez, como si adivinara mi fracaso, apenas entré á su bufete, exclamó :

— ¿Conque nos vamos á la oposición?

— Sí doctor, — repuse. — El Ministro de Gobierno se ha atrevido á decirme que el Gobierno no puede patrocinar una candidatura...

— Tendrán compromiso con alguno en quien confían más que en ti. Eso es todo.

— Pero les ha de costar caro, — exclamé. — Cada semana echo un Ministro abajo. No pediré informes ni explicaciones ilustrativas, formularé interpelaciones, y quizá ese mismo Paredes caiga merced á una moción del día motivada, gracias á un discurso mío. El sistema de los porqués es admirable: ¿por qué se hizo esto y por qué se hizo lo otro? Saldrá á lucir todo el derecho público y en teorías que abrumarán á los honorables Representantes, derribaré más Secretarios de Estado que...

— Tienen para eso la mayoría, — respondió el viejo. — Hablas como muchacho. Es preciso ver las cosas con calma. Si procedieras de semejante manera, que no lo harás, con separarte del seno de la Cámara, te aplastaban. Lo importante es que salgas

diputado. Dentro de algunos días un periódico conservador publicará tu nombre como candidato de la oposición y un amigo mío se encargará de presentarte á los clubs del Centro Católico.

*
* *

La Disciplina, órgano del partido conservador, publicaba, una semana más tarde, mi nombre, en gruesas letras de molde, y decía, entre otras cosas :

« En vista de la popularidad de que goza en la provincia de... el Dr. don Enrique Rojas y Castilla, uno de los jóvenes más ilustrados de nuestro país, el Directorio del Partido Constitucional, de acuerdo con las opiniones manifestadas por los principales vecinos de dicha provincia, ha resuelto designarlo candidato á la diputación, confiando en que, dadas sus ideas cristianas y su sólida cultura jurídica, sabrá defender con brillo los intereses de su religión, de su partido y de la provincia que representa... »

La noticia fue recibida por mis amigos con harta mala gana. ¿Cómo un joven de ideas

liberales iba á marchar á la lucha electoral en calidad de candidato del partido conservador? Todos ellos deseaban que el elemento nuevo se iniciara en las luchas políticas, pero no en condiciones, que cuando menos imponían el apoyo de los viejos intereses, la defensa de las añejas doctrinas. ¿Qué clase de reforma se quería si se caminaba á la representación con una especie de mandato imperativo, impuesto por las congregaciones, por las cofradías y las sindicaturas?

Federico Jiménez, condiscípulo mío, muchacho de lengua viperina, me dijo, en un salón de billares, cierto día que bebíamos cerveza:

— ¿Tu eres el liberal, el partidario de la separación de la Iglesia y del Estado, de la libertad de cultos, de la instrucción laica, del divorcio absoluto, del matrimonio civil? ¿tú?

Un diario de la prensa local gobiernista expresó, en un artículo anónimo, que era de lamentar el que la juventud estudiosa é intelectual, encargada de llevar á la práctica las teorías de los grandes pensadores, se acogiera á la bandera ultramontana con un espíritu

que á cien leguas tenía olor de hipocresía y de incienso regado con Agua de Colonia.

Fué, por lo demás, lo único que se dijo y en cambio noté la mayor amabilidad de las señoras, sobre todo de aquellas que pertenecían á alguna congregación, y de los papás, especialmente de los que tenían hijas casaderas y no mal parecidas.

Mercedes Silva me envió una elegante postal de estilo modernista, en la cual, un cupido pescaba, en un remanso poblado de lotos azules, un pez gordo. La letra pequeña, delgada y sinuosa, letra de mujer coqueta, decía con ortografía auténtica :

« Deceo que ovtenga usted muchos triunfos una vez que salga diputado, que pronuncie muy buenos discursos y que haga rabiar vastante á sus cólegas. Mercedes Silva. »

Resolví, pues, á fin de no perder tiempo, preparar mis maletas é iniciar una larga serie de visitas de despedida.

La víspera de mi marcha tuve dos agradables sorpresas; una esquela perfumada de Mercedes Silva anunciándome que me esperaba á tomar el te en su compañía, y la invitación á una comida íntima de despedida con

que iban á obsequiarme los amigos de bohemia y los camaradas de amores pasajeros.

Aquel día me compuse con más esmero que de costumbre, retorcí cuidadosamente mis bigotes y llevé á cabo un artístico nudo de corbata, capaz de cansar con sus inextricables circunvoluciones la privilegiada imaginación de la más hábil modista. Nunca tuvieron mis cabellos tan aromático vinagre, ni mi pañuelo de seda un perfume más suave, ni jamás la levita envolvió mi cuerpo juvenil con mayor elegancia. Mis zapatos de charol lustroso y terso tenían un sonido particular de calzado nuevo y ceñían rigurosamente mis pies, casi tan bien como calaban mis manos los guantes de piel de Suecia, gris perla. Mi sombrero de copa tenía el pelo asentado como el cabello del más lamido gomoso y mi bastón delgado, flexible, especie de caña y de junquillo, giraba cogido por el puño modernista de plata vieja, con la flexibilidad señoril de un florete y á veces con la gravedad rítmica de una batuta.

Mercedes Silva me recibió sola, vestida de rojo, como un diablillo que era. Hicimos juntos los honores á un te que supo servir con

la gravedad de un ama de casa. Sus ojos reían cuando se encontraban con los míos y sus dientes pequeños, agudos y blancos desfloraban la dulce crema de las galletas con cierto placer. Comimos un par de éstas á medias, es decir, yo una y ella otra mitad. aunque en un comienzo hiciera muchos aspavientos de semejante cosa.

Nos despedimos riendo como nos habíamos saludado, porque no eramos gente romántica, ni aficionada á los adioses de primer acto de drama, con lágrimas y juramentos.

Hízome el honor de acompañarme hasta la escalera y cuando salvé el último tramo de ésta, me envió una amable sonrisa y gritó :

— ¡No se olvide de escribirme postales!

*
* *

Á las siete de la noche, con el abrigo forrado en seda al brazo, penetraba en el principal comedor del Hotel Central, en el que una atmósfera de humo aromático, procedente de cigarrillos y de habanos y el ruido de múltiples conversaciones y carcajadas, daban

á conocer que allí se hallaba reunida gente joven y alegre.

Saludóse mi entrada con una salva de aplausos. Alguien gritó entre risas y palmadas :

— Señores : el H. Representante va á pronunciar su primer discurso.

Sirvióse un coktail champagne de primera fuerza, y luego cada cual ocupó el asiento que le correspondía.

Hallábame en el centro de la mesa, sitio de honor, como obsequiado que era, y desde él podía apreciar el agradable aspecto que presentaba el comedor arreglado con gusto por el dueño del hotel.

El menú, impreso en cartulinas *art nouveau*, cada una de las cuales llevaba en el centro un medallón en el que se destacaban cabezas modernistas, prometía lo siguiente :

Supernumerario de *canapés*

SOPAS

Bisque de cangrejos sietemesinos
Sopa de tortugas artificiales ó Senadores fritos

RELEVO

Bacalao a la suegra

ENTRADAS

Pechuga de polla en salsa morena
Solomillos de buey á lo diputado

INTERMEDIOS

Torta de confitura á la *maîtresse*
Cuarto trasero de jamona
Criadillas en Champagne

ASADOS

Lenguados revueltos á la orador del siglo
Plum Puk

POSTRES

Medias naranjas en almíbar
Fruta de la estación

VINOS

Saint-Amour. — Nuits. — Borgoña
Vinos tintos de pupilas de morena
Vinos blondos de cabellos de rubia

Los manifestantes eran once, todos muchachos espirituales : Luis Cobarrubias, flamante ingeniero y hombre de mundo que de lo que menos hablaba era de planos y de obras públicas ó privadas; Juan Valcárcel, poeta alegre y decidor, humorista, enamorado y gastrónomo y cuyos versos eran sin embargo tristes ; Vicente Miranda, bibliófilo, filósofo,

ocultista y literato. Hallábase entonces dedicado á estudiar el esperanto y no desperdiciaba ocasión para buscarse colegas de aprendizaje y echar un largo párrafo sobre su correspondencia en ese idioma universal con el mundo entero, desde la Laponia hasta el África central; Narciso López, músico (chopinista decidido y panegirista de Puccini, de Leoncavallo y de Mascagni, para quien el super-hombre había sido Wagner), que usaba melena, una barba descuidada que calificábamos de hirsuta y cierta capa española, envuelto en la cual y con el embozo alzado gritaba á las muchachas de medio pelo en las retretas: terroncito de azúcar, cielo de mayo; Augusto Falcón, poeta simbolista, que llevaba un roba corazón en la frente y una flor en el ojal del saqué y recitaba sus versos con la dulzura de una oración, cerrando los ojos y aflautando la voz; Justo Salom, farmacéutico eximio, hombre de ideas avanzadas, cuya florida barba castaño oscuro le daba singular aire de gravedad; José Tejerina, comerciante de talento, una verdadera promesa financiera, Manuel Echeverría, Carlos Ureta, Enrique Vargas, Primitivo Fernandez y Arturo Mar-

tínez; abogados, estudiantes de medicina ó simplemente jugadores de rocambor.

Á medida que se iban llenando las copas crecía la animación. El vino tinto, oscuro como los ojos de las criollas y el vino blanco, blondo como los cabellos de las rubias, hacían de las suyas. Solamente López no quería beber por ser enemigo del alcoholismo en cualquiera de sus fases. Había colmado todas las copas que tenía delante, de agua. La única que se salvó de la inundación fué la copa de champagne.

Luis Cobarrubias hablaba de literatura. Gustábale sobre todo la literatura francesa. Había devorado una biblioteca entera de autores modernos, pero fuera de Gabriel D'Annunzio y del conde León Tolstoy, no encontraba nada bueno más allá de Francia. — Aquella literatura sí que valía, para cada escuela una docena de poetas de primer orden, un centenar de novelistas egregios, dramuturgos, críticos, etc.

Narciso López le interrumpió :

— Es una literatura de adulterios y de horizontales.

Carlos Ureta, prorrumpió en un : — ¡ oh

las horizontales! ¡oh las *demi-mondaines!* Él las había conocido en París de Francia. (Al referirse á aquella gran ciudad, decía siempre así, París de Francia.) — El *Montmartre*, el *Quartier Latin*, el *Folies Bergère*, el *Moulin Rouge*. Había tratado una chica que comentaba á Nietzsche con una *naïveté charmante* y que luego practicaba el amor con una ciencia exquisita. En París de Francia el amor *es bien*.

Juan Valcárcel escuchaba aquella jerigonza franco española, sonriendo socarronamente.

José Tejerina había logrado atraer la atención general.

— Entiendo, — decía, — que las riquezas minerales de Bolivia alcanzan para garantizar cien mil kilómetros de ferrocarriles. Solamente la propiedad de estaño tiene un valor de doscientos millones de libras esterlinas.

— ¿Doscientos millones de libras esterlinas? ¡Oh es bien!

Habíanse llenado por segunda ó tercera vez las copas de vino tinto, cuando Vicente Miranda comenzó á hacer la apología del pueblo japonés : la raza mas interesante del

globo según su parecer. Bastaba el hecho de haberse asimilado una civilización en el espacio de treinta años. No habían sido jamás vencidos. La derrota de los rusos era segura (entonces comenzaban las hostilidades). Poseían los nipones un cerebro privilegiado y una constancia á prueba. Eran los mejores obreros y los mejores soldados. Los artefactos japoneses acusaban maravillosa paciencia y los planos de batalla maravillosa ciencia. Las ciudades del imperio del sol naciente debían ser bellísimas y los jardines de los parques, deliciosos, con la profusión de flores exóticas y de aves raras. El se hallaba orgulloso de sostener correspondencia en esperanto con muchísimos esperantistas del Japón.

Saltaron estrepitosamente los tapones de las botellas de champagne Cliquot, que cayó espumoso y alegre en anchas copas de cáliz abierto, y entonces Arturo Martínez, abogado de grandes esperanzas, me ofreció la comida :

— Querido Enrique, caballeros :

Nada más dulce que las expansiones de la amistad, nada más revelador en la vida de un pueblo que avanza, que la unión de su

juventud inteligente. Es por eso que nosotros, ligados á nuestro querido colega Enrique Rojas, por los vínculos del pensamiento y los lazos de la amistad, hemos querido, como prueba de aprecio y en señal de regocijo, porque va á ocupar un puesto honroso entre las avanzadas de nuestro grupo, ofrecerle esta modesta comida.

— Querido Enrique, los amigos que rodean esta mesa, me han discernido el honor de ofrecerte la primera copa de champagne. Lo hago con verdadero placer, manifestándote lo mucho que esperamos de tu próxima labor camaral, así como que continuarás siendo fiel intérprete de nuestras ideas, pues aunque marches al Congreso como candidato del partido conservador, las doctrinas que sostengas han de ser las doctrinas nuevas, las doctrinas de D'Aguano, Tarde, Gumplovicz, Fiore, Ferri, Lombroso, Sighele, Pérez Oliva y Posada. Esperamos asimismo, que continuarás formando en nuestras filas, de las que sin duda han de surgir los hombres que gobiernen la Bolivia futura.

La despedida es triste, tiene cierto dejo de melancolía, pero tu ausencia será corta, ape-

nas el tiempo necesario para prepararte al combate.

Señores : ! por Enrique y por el triunfo de nuestros principios !

— ¡ Hurra ! — gritó Narciso López, vaciando la copa de champagne de un solo trago.

El rumor de las conversaciones, las risas, las copas que chocaban levantaron tal ruido, que Luis Salom, tuvo que gritar mucho para hacerse oír.

— Señores,... atención, señores, Juan Valcárcel va á pronunciar un discurso decadente.

Paróse Juan Valcárcel, serio y majestuoso. Sus lentes engastados en oro recogían toda aquella luz y tenían efectos hipnóticos. Se hubiera creído que iba á pronunciar una alocución mirabeauyana.

Y comenzó :

— Dormían las hamadriadas en brazos de los hipocampos, bufaban los megaterios parnasianos y los tiernos mastodontes lloraban en las ramas de los cipreses, cuando llegó una noticia hermética y exótica : Enrique Rojas iba á ser representante nacional ; Enrique Rojas iba á contraer matrimonio civil con un sillón giratorio en el ambiente filarmónico

de la cancha augusta de los gallos gastronómicos; Enrique Rojas iba á beberse el Reglamento de Debates como se bebe un cassis con soda é iba á trinchar la Constitución como se trincha un cerdo del sexo femenino, relleno de palabras suculentas, de aceitunas elocuentes y de tomates sarcásticos.

Nadie creía en la verdad de tal mentira, nadie hubiera creído, si los turiferarios de saco y chistera no lo hubieran proclamado á voz en corbata desde las hojas de los sauces periódicos, desde la prensa de los quesos literarios y de la lana poética.

No cabe duda, señores, Enrique Rojas convertido en un grillo hebdomadario, propondrá en el jardín de aclimatación de las palabras vacías una moción natural: cambiar de sexo á los diputados, transformar á los gallipavos en pavigallos, introducir núbiles intocadas de ojos más elocuentes que un exordio y más dulces que un merengue en el *five ó clock tea* de la oratoria diaria, en tanto que Judas Iscariote, médico homeópata, tiende un andarivel antiséptico desde el más alto campanario de Cochabamba, hasta el más bajo rayo de la luna.

Pero es preciso que antes de gustar de los placeres ciceronianos, Enrique Rojas engurjite estoicamente un vaso de falerno de Macamaca, ese vino que vende en su taberna doña Pepita Primavera, cónyuge de D. José Pan.

Y en medio de las carcajadas de los asistentes, finalizó Valcárcel su discurso.

— Por el día en que abracadabrante representante circunflejo de las multitudes pálidas, prestes el juramento de amor eterno á las dietas y á los viáticos!

¡He dicho!

Las risas y los aplausos se prolongaron largo tiempo.

Ureta pronunció la conocida frase de aprobación, *es bien*, y con general admiración de los circunstantes, notóse que Narciso López había llenado de vino las copas antes repletas de agua, al mismo tiempo que contaba á Ureta una interesante historia que comenzaba con énfasis largos:

— Érase un hombre de malísima catadura...

Á pesar de ciertos helados de fresa que sirvieron en hojas de parra de cristal de roca,

el entusiasmo era tal á los postres, que nadie podía hacerse oír con su interlocutor dos minutos seguidos. Á la hora del *pousse* café, cuando los mozos de hotel ofrecieron cigarros puros á los manifestantes, se hablaba en voz alta de todo lo imaginable : de literatura, de política, de jurispuudencia, de medicina y de amor ; nombres de grandes hombres se escuchaban unidos á apodos de guerra de mujeres de la baja galantería...

Miranda procuraba explicar el mecanismo de la motocicleta Biraud y Salón decía pestes de los microbios, esos enemigos implacables de los leucocitos.

Terminada la comida, hizo su entrada una pequeña orquesta, para contratar á la cual se había comisionado á López. El maestro director de la *troupe* complaciente con nosotros, ejecutó casi exclusivamente fragmentos de *Tosca* y de la *Bohème* de Puccini, que entonces estaban en boga.

Narciso López, apenas podía moderar su entusiasmo y al final, casi ebrio, cantaba, con su profunda voz de bajo, el solo de tenor del tercer acto de *Tosca* :

E moio disperato
E non amato mai tanto la vita,
Tanto la vita...

Vaciamos una docena de botellas de cerveza y á las doce de la noche, después del abrazo de despedida, abandonamos el hotel, llenando la calle con nuestros gritos y con nuestros hurras.

II

Á las seis de la mañana, un magnífico día, emprendí marcha cabalgado en un mulo pardo que me envió don Pedro Rojas. Mi indumentaria era pintoresca: mi cabeza encontrábase cubierta por un *panamá* de enormes proporciones; llevaba al hombro un poncho de lana de vicuña y de alpaca; en el indispensable cinturón de viaje, lucía la culata de cierto revólver Smith-Weson calibre 32 y un puñal con empuñadura en forma de cruz ajustábase amenazador en el lado opuesto; calzaba grandes botas de crujiente material y elevados tacones y ceñía espuelas de estrellas roncadoras, esas estrellas que no conocen el sueño y que se clavan, ¡horribles acicates!

en los ijares de las pobres bestias. El ensillado que llevaba el mulo era tan criollo como mi indumentaria : caronas de jerga, apero alto con enchapaduras y gruesos clavos de cabeza dorada, pellones de cuero de perico y un sinchón ancho maravillosamente bordado ; los estribos de madera de nogal de una sola pieza, artísticamente labrados, que parecían llevar dos escudos de heráldica gauchesca, se hallaban anchos para mis pies y fueron en un principio bastante incómodos. Por lo demás, apero, caronas, pellones y alforjas formaban sobre la acémila tan elevado promontorio que me fué difícil montar y temí que el viaje resultara insoportable, á pesar de las protestas de Bartolomé, un zambo de la propiedad de mi tío, que iba á acompañarme.

El primer día el camino no ofreció interés alguno. Era el mismo paisaje de las sierras que poco á poco va trepando hasta la cordillera. La perspectiva hacíase más triste, la tierra se tornaba más desnuda, el viento arreciaba, agitábanse levemente los alambres del telégrafo, los yerbajos del yermo oscilaban como si entre ellos jugaran animales invisibles y

las nubes iban amontonándose sobre las crestas rojizas de la cordillera.

Temí que nos tomara la lluvia y así fué. Á las diez, una manga de agua obligábame á echar sobre los hombros un poncho de goma. Desatóse la tempestad. Los relámpagos sucedíanse con cortos lapsos. Se hubiera podido creer que dos gigantescas baterías tronaban arriba empeñadas mutuamente en reducirse al silencio. Los truenos agigantados por las condiciones acústicas de las gargantas de granito, retumbaban con horroroso fragor. Dos rayos que cayeron en las proximidades del sitio en que me hallaba, obligáronme á echar pie á tierra, pues habría sido imprudencia el avanzar.

Pocas veces en mi vida he pasado un susto igual. El espectáculo podía ser todo lo sublime que se quisiera; pero esas chispas eléctricas que descendían como luminosos árboles invertidos sobre los conos de piedra, sobre las agujas de oscuro color pizarra, semejantes á cruces derruídas de tumbas gigantescas, no eran para tranquilizar á nadie. Hubiera preferido en ese instante menos sublimidad y más certeza de mi propia conservación.

Por fin calmó la tormenta, los truenos fueron perdiéndose como en ciertos efectismos escénicos de ópera, y los animales, que habían permanecido con la cola entre las piernas y la cabeza gacha, pusiéronse alegremente á comer pasto.

Continuamos la marcha. Algo más tarde la niebla impedíanos ver los objetos. Por veces desgarrábase y detrás de sus gasas, á medio descorrer, veíanse partidas de indígenas viajeros y de asnos, que descansaban ó que también subían.

Á las seis de la tarde llegamos á la posta : un caserón viejo con techo de paja. Destináronme una habitación cuyo amoblado consistía en un solo catre y una mesa patizamba.

Á las ocho sirviéronme una sopa á medio cocer, *beefsteack* y huevos fritos y un café tres veces detestable. Pasé mal la noche, en la que dormí con los miembros adoloridos por la *macurka* del viaje y el duro movimiento del animal, bajo unas gruesísimas frazadas de lana.

*
* *

El segundo día comenzamos á descender. El paisaje resultó variado y agreste. Veíanse trozos de monte enredados como la cabeza desgreñada de una mendiga adolescente. Gocé de soberbios cuadros de naturaleza salvaje; viajé distraído y bien, sin sentir *macurka* ni fatiga, pero las emociones de naturaleza bella, hallábanse reservadas para el tercer día.

Recuerdo el final de mi jornada, á las cuatro de la tarde.

Frente á mí la montaña vírgen parecía sonreir con una magnífica sonrisa de verdura. Las innumerables copas de los árboles se confundían, se entrelazaban; por veces causábanme el efecto de ramilletes de flores inmensas y de centenares de cabezas melenudas inclinadas en actitud contemplativa sobre las ondas transparentes y murmuradoras de un río.

Detrás del primer monte de curvas graciosas veía uno de color verde vivo y claro, luego, más allá, otro azulado verde esmeralda.

Á mi derecha un abismo lleno de flores, de paraguas de helechos, de arcos de enredaderas, de penachos se abría como una promesa. Más abajo veíanse enormes troncos vestidos de yerbas parásitas, los cuales semejaban gigantescas tarántulas inmovilizadas sobre la red de las lianas; simulaban otras veces las extendidas ramas, pletóricas de flores, amadriadas misteriosas que enseñaran al viajero desconocido camino. Caer desde el lugar en que me encontraba sobre esa muelle verdura habría sido un suplicio. Todas las ramas tienen una astilla que clavar, todas las zarzas hieren, las flores mismas besan el rostro y lastiman con algo de feminismo. Las enredaderas enlazan como pulpos, desgarrando las carnes. Hay mil aguijones, mil ponzoñas de insectos para el cuerpo martirizado como en uno de los círculos del infierno del Dante.

Un río corría en el fondo con alboroto de caídas y saltos, con lujo de espumas y de irisaciones. Á veces se adormía á la sombra de alguna arboleda. Allí el remanso reflejaba el cielo azul entre los claros de follaje y luego, más allá, continuaba su labor y tejía el encaje

de su espuma y el raso transparente de su onda verde.

En torno á mi se agitaban enjambres de mariposas azules, blancas y negras, semejantes á dijes chinos con incrustaciones de nácar en las alas; las avispas doradas balanceábanse sobre las flores con cierto ritmo, centenares de moscardones azules, como una turquesa ó como un jacinto, jugaban en los rayos de sol.

Caminaba lentamente el animal á su entera voluntad, mientras yo gozaba de esa naturaleza que vive y que ama, que se renueva sin cesar y que evoluciona misteriosamente entre el amor y la muerte; que tiene coqueterías de mujer y cantos traidores de sirena; que es cruel y mimosa, que hiere y arrulla, que acaricia y mata. Nada hay artificial allá : todo es espontáneo y salvaje. El amor y el odio brotan naturalmente con la rusticidad nativa del instinto que aun no se ha transformado en inteligencia.

Á veces pasaban como seres de cuatro alas parejas acopladas de insectos ; especies efímeras, mueren apenas terminan sus bodas aéreas. Viven sólo para el amor y la especie. Aduérmense en el espasmo y no despiertan ya. Los

dos extremos de la vida : el amor y la muerte están en ellos en más íntima relación. Se muere porque se ama y se ama porque se muere. Arturo Schopenhauer estableció ya esa ley.

La calígine de la estación, ese terreno caldeado que irradia todo su fuego amodorrábanme; el perfume de las flores, el acre olor de la recina, íbanme emborrachando poco á poco.

La naturaleza en celo despertaba mis sentidos y mi sed de amar.

Amar...

Y pensé que allá. en la montaña virgen, bajo las frondas de esos árboles añosos, á orillas de esos alegres riachuelos, junto al abanico de blondas de espuma de las cascadas se puede amar, sí, se puede amar.

La sombra comenzaba á trepar por las faldas de los cerros vecinos. Extendíase lentamente y allí donde ella se proyectaba disminuía el movimiento, vibraban las ondas sonoras y luminosas con más lentitud, apagábanse los rumores y los cantos.

Á las seis de la tarde, á mucha distancia aún, divisé un caserío que se recortaba con-

fusamente sobre el verde de la vegetación, entre nogales y álamos. Díjome Bartolomé que aquel era el fundo de D. Pedro Rojas.

Las casa pintada de blanco, rodeada de corredores en sus cuatro fachadas, levantábase alegremente sobre una colina enseñando su rojizo tejado. Una rambla de vegetación descendía y poblaba un montículo situado entre dos ríos que formaban un delta : era de ver cuán pintoresca resultaba la perspectiva desde el punto en que yo la descubría.

Mi tío abuelo materno vegetaba allí desde hacía varios años.

— ¿Es Ud. el Dr. Enrique? — oí que decía una persona á mi espalda. Hice girar la bestia en que cabalgaba y me encontré frente á frente con un negro de elevada estatura, cabellos grises, achacoso ya y vestido con un pantalón de casinete, una blusa de franela encarnada y un sombrero de paja. Iba descalzo y me contemplaba con esa franca sonrisa de los negros, mostrándome su blanca dentadura.

— Si, soy el Dr. Enrique, ¿por qué me lo preguntas?

— El patrón me ha dicho que lo aguarde en el camino y que lo guíe hasta la finca.

— ¡Ah! ¿eres colono de « La Huerta »?

— Sí, señor. Máximo Gómez, para servir á Ud.

— Vamos pues, condúceme.

El negro tomó la delantera y comenzamos á descender por un senderillo estrecho y lleno de maleza. Con un cuchillo de monte cortaba el negro las ramas bajas que podían interceptarme el camino. Pasábamos entre arbustos de café, cuyas flores acariciábanme el rostro.

Cantaban las cigarras. Su concierto melancólico anunciábanos el fin de la primavera. Subía el tono de su música de una manera uniforme y luego comenzaba á apagarse lentamente.

— Dime, Máximo, y ¿cómo está el caballero?

— Bien de salud, patrón, ¡gracias á Dios!

— ¿Y la señorita Inés?

— Sanita, patrón, y muy *güena* moza.

La sombra había invadido la quebrada en toda su extensión. El crepúsculo es allí breve. Sobre la cimas de los cerros los cúmulos dorados por los últimos rayos del sol se destacaban gloriosamente entre la pálida transparencia del cielo. Poco á poco iba calmándose

la vida del paisaje en una como somnolencia dulce y suave. Esfumábanse los contornos, las sombras pulían y redondeaban, la luz iba apagándose sin estremecimientos, con un deliquio de mujer que se abandona; el púrpura y el añil decolorábanse, el amarillo palidecía, el verde lejano tornábase clarísimo, con transparencia de menta y parecía subir hacia el azul del infinito, como una aspiración jamás satisfecha.

— Máximo, ¿nos sorprenderá la noche antes de que lleguemos?

— No, patrón, ya estamos cerca.

Una lucecilla encendióse de pronto en el aire, pero se apagó luego. Momentos después percibí el fulgor raudo de otra. Alternativamente comenzaban á aparecer y desaparecer esos fuegos alados. Se les veía sobre una flor, sobre una hoja, en la parte más alta de un árbol. La vista podía apenas seguir sus movimientos y no acertaba á calcular, dónde volvería á brillar esa lucecilla blanca y fugaz. Á veces confundíanse luminosamente en el aire. El amor en pleno vuelo resulta sublime. Entre estos coleópteros dícese que la hembra solamente es luminosa y enciende

su lamparilla cuando se halla en celo y va así de flor en flor, de hoja en hoja, esperando á su macho, como las vírgenes del Cantar esperan con las lámparas encendidas, al esposo.

Los puntos luminosos, iban surgiendo en mil partes, aumentaban en número y en brillo á medida que la noche descendía.

Subíamos por la rambla. En todo el camino había setos y empalizadas.

El aire estaba deliciosamente perfumado. Las luciérnagas continuaban surgiendo. Algunas de luz fija atravesaban lentamente la floresta semejantes á pétalos de azahar que se quemaran en el aire, desprendidos de naranjos incendiados.

De pronto distinguí la casa pintada de blanco, un gran rosal en la entrada y en una rosa un gusano de luz, como el pensamiento de un poeta que se hubiera detenido en los labios de una hermosa...

*
* *

Esperábanme en el comedor ancho á manera de terrado, á cuya altura se abrían las magnolias; don Pedro, viejo enjuto de tipo

aristocrático, angulosas líneas y cejas gruesas é imperativas; su hija Inés, joven, alta, morena, de grandes ojos que parecían preguntar sin tregua ¿me quieres? y doña Brígida, especie de ama de llaves.

— ¡Mi querido sobrino! El viejo estrechóme largo rato entre sus brazos con la ternura de un padre, luego me contempló un momento y añadió :

— Cómo te pareces á tu madre, *ñato*.

La palabra *ñato* merece una digresión. No me llamaba así don Pedro porque yo no fuese narigón sino que los antiguos usaban de este término en señal de cariño hacia los jóvenes con quienes trataban, aunque estos tuvieran una nariz mayor que la de Ovidio Nazón ó que la del conde duque de Olivares.

Y añadió mi tío :

— Ven á descansar, porque supongo, ¡cañafístola! que estarás molido. ¡Ah, me distraía!... ¿Conoces á tu prima Inés? porque hace tantos años que no la has visto, que creo la habrás olvidado.

Abracé á la muchacha y la dije :

— Ya sabía que eras bonita, pero confieso que la realidad supera á mis esperanzas.

Ruborizóse, la joven, bajó los ojos y presentóme á doña Brígida Corrales.

Pasamos á una especie de sala de recibo, que como ocurre siempre en aquellos climas, se encontraba desnuda de alfombrado. Los tacones de mis botas, armados de espuelas, golpeaban estrepitosamente el maderámen de la pieza alumbrada por una gruesa lámpara de kerosene y dos viejos candelabros de plaqué, con prismas de cristal blanco, atestados de bujías. El amoblado de la habitación era perfectamente antiguo : altas mesas rinconeras con espejos opacos por la acción del tiempo, en la parte inferior hacia el fondo, y cuadros de berenguela engastados en el marco de madera de la superficie; sofaes elevados, espaciosos y muelles, cuyas patas imitaban la garra de un león que sujetara una bola; sillones de respaldos enormes y pesadas sillas, cuyo forro de cretona moderna, causaba el mismo efecto que una anciana vestida como una niña de quince años. Sobre una de las mesas rinconeras veíase una urna ó fanal asentada sobre base de madera, en cuyo interior un niño Jesús alzaba las manos entre San José y la Virgen, junto al histórico

burro y al no menos histórico toro, mientras los tres reyes del Oriente llegaban montados en caballos de cera. En las paredes colgaban dos antiguos retratos bastante deteriorados: un señor de azules ojos, gigantesco cuello y alto corbatín, con las manos entre el segundo y tercer botón de la casaca y una dama de largos rizos que llevaba ceñida al cuello luenga cadena y apoyaba una mano en el indispensable libro de misa; eran don Gaspar de Rojas y Salado y su consorte, abuelos de don Pedro Rojas y tatarabuelos míos.

Invitóme mi tío asiento en un gran sofá, y los demás lo buscaron en torno á nosotros.

— Yo estaba temiendo, — dijo don Pedro, — que no te atrevieras á venir y que como otros tantos, quisieras ser diputado sin conocer la provincia que representarás.

— No, querido tío — repuse, — en ningún caso hubiera renunciado al placer de hacerle una visita y de conocer á Inés.

Mi prima examinábame con aquella curiosidad que en las mujeres despiertan los hombres jóvenes, sobre todo cuando van á ser diputados. Ambos sonreímos, mientras mi tío abuelo continuaba con su cascada voz:

— ¡Cañafístola! Hubiera sido triste, ñato, el que me muera sin verte, porque al fin y al cabo ya estoy á las puertas del sepulcro. Has hecho muy bien en venir. No te pesará. En cuanto á la diputación, me parece que la tenemos asegurada. ¿Quieres una copa de coñac ó prefieres una de coktail?

— Una de coñac, tío.

— Bueno, pues, doña Brígida, sirva Ud. coktail para este buen mozo y para mí coñac.

— Acá — prosiguió el viejo Rojas, — hago una vida tranquila, vegeto dulcemente cuidado por Inesita y doña Brígida. Los climas cálidos son buenos para los viejos, pero malos para los jóvenes; en ellos los ancianos rejuvenecen y los jóvenes se avejentan. Afortunadamente tú no estarás mucho tiempo y lo que es ésta (refiriéndose á Inés), pronto me cerrará los ojos y podrá ir á gozar aires más benignos y temperamento más saludable.

— Abuelito, no diga Ud. esas cosas, — dijo Inés.

— ¡Cañafístola, esa es la vida! — y don Pedro encendió un cigarro que había torcido largo tiempo, sirviéndose de eslabón y yesca, á la antigua usanza.

Brígida, entretanto, trajo los coktails que había servido para Inés y para mí y ofreció la copa de coñac á mi tío.

— ¡Qué cansado estará Ud.! — exclamó Inés dirigiéndose á mí.

— ¡Qué cansado estarás! — interrumpió mi tío. — El tratamiento de usted está demás entre primos.

Un sirviente anunció que la mesa estaba puesta.

— Vayan á comer, — dijo don Pedro dirigiéndose á mí; — tú debes tener una hambre atroz.

— Sí tío, canina.

— Es natural. Yo no los acompaño porque.... ya sabes nuestras viejas costumbres. Desayuno muy temprano, almuerzo á las nueve, comida á las cuatro y cena á las ocho. Eso es saludable y es como se llega á viejo. Vosotros almorzáis á las doce del día y coméis á las siete ú ocho de la noche y por eso os morís jóvenes, ¡cañafístola! ... Ahora mismo, si no fuera por el reumatismo á una pierna, aun podría buscar una abuela para esta muchacha.

— Ese no es un inconveniente tío, — inte-

rrumpió, riendo, Inés — doña Mercedes, la dueña de « Los Naranjos » es coja del pie izquierdo, Ud. está mal del derecho. Ya pueden entenderse perfectamente y apoyarse el uno en el otro.

— ¿Has visto una insolentilla igual? — repuso mi tío, mirando cariñosamente á Inés.

*
* *

El comedor se encontraba en una vasta galería cerrada de vidrios. Á la hora de comer acostumbraban á abrir las ventanillas para que penetrara el aire fresco, y el perfume de los jazmines del Cabo que crecían en el jardín.

Inés y yo nos sentamos frente á frente. — Un colosal florero de porcelana antigua, repleto de rosas, interceptaba nuestras miradas. Lo aparté, pues deseaba ver la graciosa carita de mi prima y ésta, al notarlo, sonrió ligeramente.

— Nos habían dicho que te casabas, — murmuró la joven, mirándome con cierta malicia.

— ¿Yo casarme?

— ¿Por qué no? ¿Odias tanto á las mujeres?

— Por lo mucho que las quiero es que no amo el matrimonio, porque la idea de renunciar á todas, para darme por satisfecho con una, me parece detestable.

— ¡Jesús, qué hombre!

La comida sencilla, un tanto española y un tanto criolla, quizá algo pesada, el queso blando, el vino áspero, pareciéronme, sin duda á causa de mi apetito, deliciosos.

Cuando acabamos de beber un café aromático producido en « La Huerta » ví al través de las ventanillas abiertas, una hoz luminosa que parecía segar los árboles : era la luna. Se elevaba majestuosamente, su luz pálida ponía una pincelada de zinc sobre los relieves de las cosas.

— Mira, — dije á Inés, — la luna.

Nos dirijimos hacia las ventanas y ambos nos apoyamos en el antepecho de una de ellas.

La noche tenía una quietud soberbia, una paz infinita. Redes de luz iban extendiéndose en gasas luminosas; las azucenas adquirían coloraciones metálicas.

Ese dulce ensueño de la naturaleza, esa mujer á mi lado, que en aquel instante me parecía bella, con el cabello suelto, con los ojos adormidos y cuyo perfume sentía mezclado á la fragancia de los jazmines, llenaban mi imaginación de quimeras.

Acá podría ser feliz, pensé, al lado de esta mujer y dueño de ella, sin temores y sin rivalidades, en esta casa antigua rodeada de jardines, por cuyos senderos floridos de azahares, pasearíamos nuestro amor.

Ella interrumpió mi silencio y mi abstracción, diciéndome :

— ¡Cuán pensativo has quedado! ¿Recuerdas algo?

— No, Inés — repuse, — sueño algo...

III

Desperté tarde. La luz invadía alegremente el dormitorio que me habían destinado. Dirigí una mirada escrutadora á la habitación. Como todas las de la casa era grande y clara: el papel de las paredes de pésimo gusto, blanco con flores azules; el catre en que dormí, alto y ancho; mi cama muy limpia; en la cabecera de esta un pequeño almohadón con labores de crochet y encima de él, una docena de oleografías de santos. Un estante con libros, seis sillas, una mesa y un lavabo completaban el mobiliario.

Hacía tanto calor, que á pesar de mi inveterada costumbre de permanecer en el lecho, abandoné este de un salto y me vestí.

Un cuarto de hora más tarde abrí la única ventana de la habitación, hasta la cual trepaban las ramas de un rosal.

Escuché una voz en el jardín : era la de Inés. Luego distinguí su esbelta figura al través de las ramas.

— Inés, — grité, — espérame, que bajo.

— Buenos días, Enrique, — respondióme, — ¿ qué tal noche?

— Buena. He dormido como un lirón.

— Como no puede menos de ser, después de un largo viaje.

— Además, he tenido un sueño encantador, ¿ Á qué no adivinas con quién?

— Con doña Brígida, — contestó, riendo.

Amenazéla con un dedo. Arranqué una rosa y le dije al echársela :

— Toma esa rosa para tus cabellos.

Recibióla y se la puso bajo el sombrero de paja de Italia.

— ¿ Está bien así? — preguntóme.

— Deliciosamente — repuse, — parecéis hermanas.

Un momento después nos reunimos en la huerta.

Algunas mariposas negras voltejeaban en

torno nuestro. Dibujaban sus manchas fugaces sobre la vegetación, ó se posaban sobre el claro vestido de Inés como si no atinaran á distinguir entre la mujer y la flor.

Inés caminaba cortando rosas, las cuales caían en un pequeño canasto que llevaba colgado al brazo.

Tan pronto como mirábamos un bonito ejemplar, discutíamos sobre si debería cortarse ó no.

— Déjala, — decíala yo, — ¿no ves cuán linda está ahí?

— Puesto que le gustas á mi primo, — respondía ella, — ¡muere! y la cortaba sin piedad.

El ejercicio físico ponía un suave sonrosado en las mejillas de la joven.

— Inés, — la pregunté, — ¿no hay en las propiedades vecinas algún muchacho que cante serenatas al pie de tu ventana, suspirando por los ojos negros de una niña que conozco?

— ¡Qué ha de haber!.. y aunque lo hubiera, ¡me importaría tan poco!

— ¡Quién sabe! á tu edad se quiere muchas veces al primero que llega...

— ¡Qué seriedad, Dios mío! Cualquiera diría que tratas de predicarme un sermón.

— Puede que sí, pero, oye, el que te quiera, tiene que entenderse primero conmigo.

— ¡Pues no faltaba más! El que me quiera sólo se entenderá conmigo y con mi corazón ¿estás?

— Olvidas un tercero, Inés.

— ¿Un tercero? ¿quién?

— Tu abuelo D. Pedro Rojas, y, un cuarto ó mejor dicho, una cuarta, ¿no me preguntas su nombre?

— ¿Pues...?

— Doña Brígida.

Ella fingió enojarse, y como en aquel momento D. Pedro Rojas apareciera en el otro extremo del jardín, nos dirigimos á saludarlo.

*
* *

Los primeros días los pasé combinando programas en compañía de mi tío abuelo, para obtener el triunfo en las elecciones.

— Tenemos sobrado tiempo — me dijo este, — pero no está demás que compongamos nuestro plan de ataque y defensa, mientras

permaneces aquí algunos días descansando de la vida de La Paz.

Cuando vayas á la capital de la Provincia, te alojarás en casa de D. Eleuterio Montes de Oca, uno de los principales vecinos, buen hombre que me debe algunos favores. Él sabe perfectamente que deberá presentarte como candidato, pues hace tiempo que estamos de acuerdo, y si te ayuda, ha de ser por propia conveniencia, pues tiene interés en que no represente la provincia, un verdadero enemigo suyo, el Dr. Garabito, mequetrefe de la peor calaña, que, según lo que me han dicho, será problablemente apoyado por el Gobierno. ¡En qué tiempos estamos! ¡cañasfístola!

Conviene que hagas una jira política en regla ; que pronuncies muchos discursos ; que prometas caminos de herradura, caminos carreteros y vías férreas, si es preciso ; que hables de poner puentes y calzadas en los ríos, de mejorar el alumbrado y de colocar redes telegráficas entre todos los villorrios ; que manifiestes el propósito de conseguir una disminución en los impuestos. Tus electores, que hoy caminan por senderos de lo más escarpados, que tienen que vadear los ríos, que

andan á topatolondros en las noches, rompiéndose el alma, y que pagan crecidas contribuciones, cobrarán alguna esperanza. Por lo demás, ya sabes que el prometer no cuesta mucho, ¡cañafístola!

Yo gastaré algo, no mucho, porque sin dinero no se hace nada.

Y como yo le respondiera : — eso corre de mi cuenta, — repuso :

— No, ¡cañafístola! quien te va á sacar diputado he de ser yo. Tú no tendrás más trabajo que la jira política y achisparte con todo el aguardiente que te hagan beber estos bárbaros, á lo que hay que someterse de buena ó mala gana porque sino lo tomarían á mal.

Discursos como éste escuchaba todos los días y á pesar de que los ojos de Inés distraían mis interminables ocios, el tiempo comenzó á parecerme demasiado largo.

Había escudriñado las huertas, trepado á los naranjos pletóricos de frutos, despoblado limoneros, descabezado plátanos y arrancado de los papayos sabrosas papayas de carne amarilla y suave que se hacían almíbar en la boca, había caminado horas enteras con la escopeta rastrillada sin matar ni palomas, ni

cernícalos, ni loros, ni pavas del monte, ni *bilocos* (especie de faisanes), sin embargo de que puse en práctica los conocidos medios de esconderme, de agazaparme y aun de imitar el canto; había dormido largas siestas y jugado al oráculo con Inés, haciendo las conocidas preguntas : ¿Me quiere mi novia? ¿Tendré muchos hijos? ¿Llegaré á ser rico? había, en fin, leído una novela de Escrich y por consiguiente agotado todos los recursos y el aburrimiento llegaba á grandes pasos, cuando vino á salvar la situación don Remigio Paredes, cura párroco del pueblo vecino.

Era éste un hombre de cuarenta años, gordo, ancho de espaldas, de estatura elevada, de rostro risueño, un tanto encendido de color, alegre y bonachón.

Algún tiempo antes había dado mucho que decir con una muchacha provinciana, en un beneficio escondido en el corazón de la tierra. Decíase que en aquella había tenido dos hijos y que periódicamente enviaba sumas de dinero con misterioso destino. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que don Remigio Paredes era un buen cura, nada intransigente ni aficionado á discusiones teológicas, que

llevaba su jovialidad hasta decir galanterías á una mujer bonita y hasta tocar admirablemente la guitarra.

En casa de don Pedro Rojas era muy estimado. Una ó dos veces por semana iba á « La Huerta », á jugar rocambor, en el que tomaban parte mi tío, Inés y doña Brígida. Llegaba montado en una hermosa mula negra y sosteniendo en la mano izquierda un paraguas de colosales dimensiones, que protegía al señor párroco contra las inclemencias del sol.

Á fines de la semana fué el buen hombre á empeñar la partida de rocambor, en la que casi siempre salía perdidoso, lo cual no era obstáculo para que cada vez volviera con nuevos bríos y esperanzas de salir triunfante.

La partida la organizamos en la noche el cura, mi tío, Inés y yo.

Las fichas de marfil eran blancas, azules, encarnadas y amarillas. La joven tenía las azules, yo las encarnadas.

Inés llevaba sobre los hombros una *primavera* de seda rosa, especie de mantilla, sobre la cual caía la madeja negra de sus cabellos, Su boca parecía mas roja que de ordinario.

Un deseo mudo y tenaz cruzaba mi imaginación : ¡ cómo quisiera besar esos labios!

Los ojos de ella esquivaban los míos.

Durante la primera partida jugué distraídamente, embargado por las ideas que me sugería la proximidad de Inés.

— ¡ Cómo es eso ! — oí de improviso que me decía el cura, — Ud. favorece al jugador en lugar de prestarme apoyo para hacer la contra. Ha tomado Ud. esa baza que debía dejarme y ahora nos endosamos.

Debí ponerme rojo como una granada y no respondí. En tal situación, las miradas de Inés y las mías se encontraron y ambos sonreímos.

Desde ese momento, resolví jugar con trampas á fin de que la joven y yo nos divirtiéramos. Pasaba los triunfos que tenía en mi juego á Inés, la que se hallaba sentada junto á mí. Noté que la risa le rebasaba en los labios. Más de una vez, para disimular, tuvo que taparse la cara con las cartas que, en su posición radiada, formaban una especie de abanico. Por veces mirábame de soslayo poniéndolas á un lado, sobre la mejilla. Esta actitud resultaba de una coquetería encanta-

dora. Si hubiéramos estado solos, la hubiera dicho : mírame siempre así.

Mi tío y el cura hallábanse admirados. — ¡Qué suerte la de esta niña, decía á cada momento el segundo, — en mi vida he visto cosa igual !

Don Pedro nos miró un momento de singular manera. Debió sospechar algo, pero creyó prudente no decirlo.

Cuando nos retiramos á descansar, Inés y yo, apenas pudimos contener la risa.

— Desde ahora jugamos todas las noches, la dije en voz baja.

— Con mucho gusto, repuso. Y su mirada sostuvo la mía.

*
* *

Dos días después, apenas levantado de cama, oí unos golpecitos en la puerta de mi dormitorio y una voz de dulce timbre, la de Inés, que me decía :

— Enrique, ¿quieres ir á pasear?

Abrí la puerta. Allí estaba ella vestida de claro, con un sombrero alón en la cabeza y con un velo de motas oscuras en el rostro, motas que proyectábanse en su tez como otros

tantos lunares. Llevaba una antigua sombrilla en las manos que calaban guantes de hilo. Otelo, un perro esbelto y largo, hallábase junto á ella y meneaba la cola.

Tan pronto como me vió, la joven dió una patadita en el suelo y exclamó:

— ¿Sabes que me has hecho esperar. tardón?

En seguida nos pusimos en marcha. Otelo, fiel guardián de ella, nos seguía.

— ¿Por dónde prefieres ir? — preguntóme la nieta de don Pedro, indicando la dirección, — ¿por aquellos desmontes ó por el caserío de los morenos?

— Por donde tú quieras, — repuse.

— Bueno, vamos al caserío, en cuyo extremo hay una cascada.

Ella marchaba con la sombrilla abierta, sobre cuyo fondo amarillo claro su cabeza morena resaltaba vivamente.

Caminábamos de prisa alzando bandadas de mariposas.

— Hermosa mañana ¿no es cierto? — la dije quedamente.

— Muy hermosa, — repuso, mirándome con coquetería.

— Sin embargo, — añadí, — hay algo más lindo que la mañana.

— ¿ Qué ? — contestóme, vacilante.

— Tú, — respondí.

— ¡ Qué hombre tan zalamero !

Otelo corría de aquí para allá, internándose en la espesura. Perdíase de vista y de improviso lo veíamos en un montículo ó en una hoyada, con los ojos pardos fijos en nosotros.

— Tienes un buen guardián, Inés.

— Sí, Otelo se dejaría matar por mí.

— Pero eso no tiene nada de particular. Yo también me dejaría matar por ti con mucho gusto.

— Hace días que te noto muy galante. Eso no está bien.

El camino comenzaba á serpear y á descender, tornándose escabroso. Las ramas de los arbustos y los cercos de café proyectaban su sombra, de suerte que la joven se vió obligada á cerrar su sombrilla y apoyarse en ella, usándola á manera de bastón.

— ¿ No quieres apoyarte en mi brazo ?

— Gracias, me basta la sombrilla.

Poco después llegábamos á la cascada del

abanico llamada así porque afectaba esa forma.

Sentóse ella sobre una piedra musgosa hasta la cual no llegaba el polvillo del agua. Encima de nosotros, sobre la roca viva, crecían musgos, helechos y flores parásitas de las rocas, formando á manera de dosel pomposo y perfumado. La cascada poseía todas las coqueterías de una caída de encajes y bajo aquel abrigo umbroso, su rumor parecía un canto.

— ¿Sabes qué llamaré á este lugar?

— ¿Qué?

— La cascada del hada.

— Bonito nombre.

— Y sabes ¿qué te llamaré á tí?

— ¿Qué me llamarás?

— El hada de la cascada.

Sonrió ella y dijo, quizá para ocultar su turbación:

— Vamos más allá, es todavía temprano.

Á nuestra vista pequeñas planicies de pasto verde claro iban á morir en el nacimiento del monte alto ó hallábanse limitadas por el añil claro del cielo. Las capillas de los fundos vecinos mirábanse muy blancas y muy

risueñas disparando hacia arriba la flecha de sus campanarios, entre huertos de naranjos y de plátanos.

Caminamos más de un cuarto de legua hasta las proximidades de los pastales. Junto á una rústica casita contecho de paja, veíanse tres hermosas vacas de lustrosa piel.

Yo sentía mucha sed; el sol hallábase implacable.

— Quisiera beber algo, ¿no deseas lo mismo? — pregunté á Inés.

— Sí, ¿pero qué tomamos?

— Compremos naranjas, — y al decir esto, entré resueltamente en la casita, seguido por la joven. Una negra corpulenta salió acompañada por un perrillo, que puso pies en polvorosa tan pronto como vió á Otelo.

— Buenos días, morena, ¿quieres venderme unas naranjas?

— ¡Cómo no, patrón! — repuso la negra. — Pasen Ud. y la señorita. También tengo nísperos. Y extendió, al mismo tiempo que decía esto, una frazada de lana en un poyo.

Inés y yo nos sentamos.

Un cocotero enorme descolgaba sus raci-

mos ópimos y se balanceaba con gentileza. Los nísperos hallábanse colmados de frutos. Algunos gallos ensayaban posturas entre grupos de gallinas.

— ¿Sabes que esta rusticidad me gusta? — dije á Inés.

— Es agradable; pero nada más que por la variedad.

— ¿Quién sabe? esta gente me parece más feliz.

Mientras la joven y yo filosofábamos, una negrita adolescente habíase subido á un níspero, luego de saludarnos según su costumbre:

— Buenos días les dé Dios.

La negrilla atendía más á mirarnos que á arrancar nísperos. Al fin, cogiendo dos ramas cargadas de apetitosos frutos, los arrojó, al mismo tiempo que decía riendo y en voz alta:

— Para la niña Inés.

— Para Ud. patroncito.

— ¡Anda bribona!

— *Velay* patrón y que se casen pronto.

Inés se puso roja, yo reí de buena gana.

Cuando llevaron las naranjas, habíamos

comido tantos nísperos, que aquellas resultaron inútiles.

*
* *

Entre paseos y rocambores pasó una quincena sin que diera yo señales de aburrimiento, antes bien, encontrábame divertido con las coqueterías de Inés. Había en cierto modo olvidado la diputación. No me faltaban deseos de candidatear, más bien, en el corazón de mi prima, una plaza de enamorado, en la que me bastaría la elocuencia de los ojos y en la que recibiría, allá de vez en cuando, el viático de un beso. El asunto en mesa sería siempre una conversación amorosa y así pasarían las semanas y las sesiones con la orden del día pura y simple : yo te quiero y yo te adoro, sometida al dictamen de la comisión de juramentos... el corazón.

Desgraciadamente, don Pedro Rojas vino á sacarme de mis ensueños.

— Amigo mío, — me dijo. — Ya has descansado bastante. Conoces « La Huerta » de extremo á extremo. Te has familiarizado con las sabandijas y bichos. Ya es tiempo, pues,

¡cañafístola! de que conozcas la capital de la provincia que vas á representar y que inicies la jira política. Comprendo que aquí estés distraído con Inesita, pero antes que todo están los trabajos políticos.

Es preciso que te pongas en camino. Si no tienes inconveniente, el jueves. Bartolomé te acompañará hasta la casa de don Eleuterio Montes de Oca. Después de que logres el triunfo, tienes mi casa á tu disposición, ¡cañafístola! y si encuentras divertido el pasar algún tiempo más, acá, puedes hacerlo, que tendré en ello muchísimo gusto.

IV

Sobre una elevada colina de graciosas ondulaciones y hasta la cual no alcanzan á subir las fiebres palúdicas que infestan las vegas próximas, elévase la capital de la Provincia.

Vista de lejos parece un rayo de sol por lo alegre y brillante de sus colores, otras, semeja un colosal pañuelo de Madrás, tendido sobre césped salpicado de grandes flores.

Á medida que se sube, los relieves se destacan, las sinuosidades tórnanse perceptibles, los lugares que parecieron planos por un engaño de perspectiva, resultan escarpados, las manchas de tupida vegetación trócanse en bosquecillos y donde las pupilas engañadas creyeron descubrir un pobre riachuelo, se

abren vallecitos y alegres encañadas, con un río alborotador y revolucionario en tiempo de aguas.

Por la misma razón, el camino, ó mejor dicho, la cuesta, que se presentaba como sendero relativamente corto, resulta ancho é interminable, bajo un sol de plomo que ocasiona tabardillos y congestiones. Sécanse las fauces, la sed apremia sin que se pueda satisfacer, pues el agua se precipita lejos, en un despeñadero, y la cuesta sigue encaramándose por encima de los sembrados, como una enorme serpiente que no acabara de ascender.

Al fin, entre huertos de plátanos y setos de café, el viajero descubre las primeras casas contrahechas, desteñidas por el agua y el tiempo, y, á la vuelta de un recodo, la primera calle, tan empinada que sólo los mulos pueden trepar por ella y tan tortuosa que se creyera el comienzo de un dédalo. Suenan fuertemente sobre las piedras los herrados cascos de las bestias y entre resbalón y resbalón y descanso y descanso, porque para que el animal camine allí de prisa, no son suficientes ni el látigo ni las espuelas, se va des-

cubriendo nuevas casas asimétricas con ventanas diminutas y puertas enanas, sin orden y sin gusto, que lo mismo se alzan sobre una escalera de piedras en bruto, que se abren á medio metro bajo el nivel del suelo. Los balcones á veces dan á un corredorcillo estrecho, débilmente sostenido por vigas desnudas que se apolillan ó se pudren y otros lucen balaustres toscos en la testera de ventanas afaroladas, á las que les faltan la mitad de los vidrios, estando la otra mitad poco menos que opacos por la suciedad y las huellas de enjambres innúmeros de moscas.

Al ruido de las pisadas de las acémilas comienzan á asomar caras curiosas, generalmente mujeres pálidas y mal peinadas y hombres bigotudos con el sombrero doblado sobre la oreja. Puéblase en un momento la calle de vecinos, y lo que en cualquier parte sería una cosa ordinaria, se convierte allí en acontecimiento; muy afortunado ha de ser el viajero, si no escucha frases zumbonas y alguna que otra vez, silbidos.

Aquel servir de espectáculo público no es agradable. Cuéntase de un francés á quien el azar llevó á ese riñón del mundo y que impa-

ciente por esa curiosidad socarrona y fastidiado de que lo mirasen como á un ente ridículo, así como de que el animal extenuado por el largo camino no pudiera caminar de prisa, prorrumpió en una exclamación, y enarbolando la luenga rienda con que fustigaba á la bestia, comenzó á sacudir latigazos á diestra y siniestra, con lo cual se armó poco menos que una corrida de toros, con cierre de puertas, porrazos, silbidos y palmadas.

Vencida la dificultad de la pendientísima calle de entrada, desembocamos en otra larga y relativamente ancha con algunas casas de dos pisos pintadas al óleo. Multitud de gallos atados á las puertas de las tiendas, ensayaban posturas y cantaban el reducido número de variaciones de su *leit motiv* gallístico.

Algunos chiquillos jugaban á los toros sobre la vereda de la casa municipal, en uno de cuyos balcones veíase un escudo boliviano bastante venido á menos por la acción de los años. Al lado mismo, un gran letrero, poco legible por hallarse pintado de rojo y con caracteres góticos, indicaba la Sub Administración de Correos. Más allá, dos puertas con rejillas, de cuyo interior exalábanse nausea-

bundos miasmas, daban á conocer la cárcel al viajero.

La calle de Catacora, desembocaba en la plaza, cuadrilongo irregular, en cuyo frente principal alzábase la Iglesia. En la torre de la misma algunos enjambres de abejas habían construído colmenas, que resaltaban á manera de escoriaciones y enormes pústulas. Junto á la Iglesia, veíase un edificio de dos pisos que resultaba mediano y que Bartolomé me dijo pertenecía al señor cura. En el frente opuesto un rico propietario habría construído la mejor casa de la población.

En el centro de la plaza, encerrada en un círculo de altas rejas de hierro negruzco y sucio y rodeada de yerba rastrera, alzábase una pila de piedra, groseramente labrada, de cuyas valvas surgía el surtidor que, en rarísimas ocasiones, solía hacer alarde de cierto jueguillo de aguas y lavar la pila de pies á cabeza.

Atravesé transversalmente la plaza y, después de caminar un par de calles, más ó menos parecidas á las primeras, Bartolomé detúvose delante de una casa de dos pisos, que parecía relativamente buena al lado de los

barracones y casuchas que la rodeaban : era la mansión caciquesca del célebre Eleuterio Montes de Oca.

Penetramos á un vasto patio pintado de blanco, silencioso, casi conventual. Bartolomé golpeó las puertas sin que dieran señal de oírnos. Una chicuela asomó la desgreñada cabeza por un callejón del fondo, se puso á mirarnos con el dedo en la boca, y, volviendo al cabo de un momento la espalda, metióse como había salido, dando saltos.

Luego crujió una puerta, abrióse con dificultad y en sus umbrales distinguí una cara pálida, unos ojos castaño oscuro inyectados en sangre y una boca con los dientes ennegrecidos, desde la cual, cierta vocecilla aguda, como un clarín de combate, nos indicaba que pasáramos.

— ¿Será Ud. el doctor Rojas, sobrino de don Pedro?

— El mismo, señora, y yo ¿tengo el placer de hablar con la esposa de don Eleuterio Montes de Oca?

— Para servir á Ud.

Un momento después el cacique estaba en mi presencia. Era un hombre muy moreno,

casi cobrizo, de cabello y largos bigotes canos; hablaba con calma, como si estuviera muy seguro de sí mismo y empleaba en la conversación términos alambicados que debían parecerle cultos. Buscaba actitudes de grande hombre, cruzábase de brazos, y enderezaba el torso. Tenía el grado de Mayor, así que al ser presentado á una persona decía infaltablemente: « Eleuterio Montes de Oca, Mayor retirado, que ha dejado la espada del guerrero por las máquinas del agricultor. »

La señora, que en un comienzo habíanos dejado solos, hizo una nueva salida en traje de recibo y ya con cierto jersey de punto que ceñía y dibujaba dos opulentísimos senos, capaces á juzgar por su volumen, de nutrir media docena de robustos mamones.

No tardaron en honrarnos con su presencia las hijas del matrimonio.

Comprendí que la familia comenzaba á desfilar por orden de edades y así fué, poco rato después penetraba un jovenzuelo, luego otra chiquilla, y, al fin, un rapaz de seis ú ocho años con la cara sucia y la camisa salida.

Don Eleuterio ofrecióme un vaso de cerveza y anuncióme que en obsequio mío había

invitado á comer á algunos amigos, lo mejor de la población, en tanto que su esposa que deseaba lucir las habilidades de sus hijas, dijo á éstas :

— Toquen algo para que oiga el doctor.

Pararonse las dos muchachas como movidas por un resorte y dirigiéndose á un pequeño piano de teclas trigueñas y de voces metálicas y sentándose una al lado de otra, comenzaron á ejecutar un vals que estuvo en boga. Llámase *Vida vienense* y es más bien una feliz combinación de armonías imitativas que otra cosa. Alternan en él silbidos y palmadas que las hijas de don Eleuterio no olvidaban ejecutar fielmente.

Terminóse el vals y declaro que tuve la conciencia artística tan ancha, que pronuncié un « muy bien », capaz de ruborizar á un octogenario. Las niñas, halagadas por mi alabanza, dieron curso á su vasto repertorio : valses gemebundos, schotischs saltarines y polkas imposibles ; y yo habría seguido sujeto á aquel lento suplicio filarmónico, si no hubiesen comenzado á entrar los invitados.

Llegó primero el novio de Concepción, la hija mayor de don Eleuterio. Vestía saqué

de largos faldones, pantalón escrupulosamente rayado, alto cuello de dobladas puntas, corbata opulenta, prendedor que figuraba una mano negra sobre un diamante, y chistera de lustrosa y flamante felpa. Llevaba en los ojos un par de lentes ahumados y peinaba cerquillo un tanto frailesco. Sentóse al lado de Concepción, tan pronto como hubo terminado la larga serie de ofrecimientos que me hizo, poniéndose á mis órdenes como atento criado.

Cual si hubieran estado convenidos de antemano, invadieron á un tiempo la modesta sala de recibo, el doctor Camargo y su esposa doña Manuela Escobedo, gruesa señora que hablaba por los codos; la maestra de escuela, señorita bastante madura, cuyos ojos tenían tanta miel para el sexo masculino, como una colmena la tiene en luna nueva; el juez de Partido, hombre de muchas libras y cuya justicia se aseguraba era tan pródiga en favores como la maestra de escuela; el médico boticario, al que llamaban por sobrenombre el doctor quinina, pues la administraba para todo. Sus remedios y sus drogas asegurábase que estaban pasados, razón por la cual

los antisépticos no desinfectaban, los estimulantes no estimulaban, los venenos no obraban ni tampoco los antídotos. Su farmacopea era por demás sencilla: sudoríficos, emplastos, sinapismos, baños y purgantes. Curaba la terciana administrando te de San Germán, que hacía echar los hígados al paciente, luego recetaba dosis fuertes de quinina. Curaba las mordeduras de las serpientes de cascabel, según se decía, por dos sistemas: el uno prendiendo pólvora en la herida del infeliz mordido, y el otro, más moderno, haciendo inyecciones de permanganato de potasa. Cuando se le llamaba, solía indicar concretamente el remedio eficaz. Si el enfermo lo estaba de los pulmones, decía: yodo mucho yodo; si del corazón, aire mucho aire: reposo mucho reposo. Era devoto de dos tratadistas terapéuticos, Raspail, el Dr. Alcanforodo y Kune, el del sistema hidroterápico.

Pasado un corto lapso de tiempo, otro grupo se presentó con gran algazara: eran el cura, don Remigio Paredes y la familia de doña Gavina Meruvia, compuesta de tres niñas casaderas. Hallábanse las jóvenes vestidas de telas delgadas y claras, llevaban sombrerillos

de paja y eran á decir verdad, no mal parecidas. La mayor, morena de ardientes ojos, estrechóme ligeramente la mano, cuando la mamá, mujer seca, enjuta, pero cuyas pupilas conservaban aún el hábito de sonreir y de mirar picarescamente, le dijo que había conocido á los míos y que allá en sus mocedades bailó bastante con un hermano de mi padre. La nueva irrupción puso en movimiento á la gente de la casa, pues se habían agotado los asientos. Restablecióse el orden, el elemento femenino joven se agrupó á un extremo y parecía ocuparse de mi persona, en tanto que el juez hablaba en voz baja con don Eleuterio y que las señoras cuchicheaban entre sí los chismes del vecindario.

Doña Carmen Meruvia, después de informarse por medio de don Remigio de mi permanencia en « La Huerta », díjome con cierta sonrisilla :

— La primita debe haber quedado muy triste.

— No creo, señora — repuse, — Inés es alegre como una pascua...

Entonces la hija mayor, aquella de los ojos de fuego, dijo poniéndolos casi en blanco :

— Nos han dicho que ustedes son prometidos.

— La única promesa que nos hemos hecho, contesté, es la de ser buenos primos. Además, Ud. sabe que el parentesco no permite...

— Eso es, — interrumpió el cura, — un impedimento impediente. No creo, doña Carmen, que Enrique é Inesita... Yo he estado en « La Huerta » con frecuencia y no he notado nada. Por lo demás, tendría muchísimo gusto en echarles las bendiciones.

Comenzaban á causarme las bromas de esa gente suspicaz, cuando la entrada de nuevos personajes vino á distraer la atención. Una muchacha acababa de aparecer; morena, pálida, delgada; su busto soberbio alzábase turgente y mórbido. Se llamaba Isabel Trigo, presentáronmela y correspondió á mi saludo con desenvoltura y gracia. Acompañábala un mocetón de grandes bigotes y ojos verdes, cuya indumentaria criolla : ancho sombrero, botas altas, cinturón de cuero y camisa de lana, resultaba pintoresca; era hermano de la joven y ambos pertenecían á la familia más rica de la Sección. Hiciéronles lugar preferente y la mayor de las Meruvia, que hasta

aquel momento había permanecido pendiente de mi persona, pareció olvidarme.

Oyóse un vozarrón formidable y unos pasos fuertes hirieron el desnudo pavimento; era el dueño del Bar 16 de Julio, un andaluz, que llegaba en compañía del telegrafista y peroraba á voz en cuello:

— ¡Vamos, que esto es insoportable! Impuestos por aquí, impuestos por allá. Timbres para todo, hasta para la cerveza. Ya lo ve Ud., las botellas tienen que llevarlo en el gollete y si no, las decomisan. Es un escándalo. ¡No basta con el tabaco, que al fin y al cabo es nocivo, sino que también gravan una bebida tan sana como la cerveza! Es demasiado, ¡vamos! pronto van á exigir que llevemos timbre en salva sea la parte, — y perorando, don Elesván Martínez encontróse en media sala, ante un auditorio que se reía. Rióse también él de buena gana y al saludarme, ponerse á mis órdenes y tener noticia de mi candidatura, díjome:

— Ojalá Ud. remedie esas cosas. Ya ve Ud. ¡timbres á la cerveza!

Alguien pidió que don Remigio tocara la guitarra y el novio de Concepción alcanzósela.

El cura no se hizo de rogar y se arrancó con un vals.

El telegrafista, un muchacho alto y delgado ofreció su brazo á la mayor de las Meruvia, Manuel Trigo, el hermano de Isabel, tomó el de la menor, el novio de Concepción invitó á ésta y así, poco á poco, se improvisó el baile.

Yo aproveché la oportunidad para entablar conversación con Isabel y sentarme á su lado, como en efecto lo hice. Agradecióme ella la atención y entre compás y compás y coda y coda cambiamos frases, ideas y miradas.

Don Eleuterio Montes de Oca ofreciónos un par de vasos de cerveza que bebimos á nuestra recíproca salud, cuando de improviso un perrazo se lanzó á los pies de Isabel, la que, echándose ligeramente hacía atrás, derramó gran parte de su cerveza.

— Es Silver, D. Otto Silver.

— ¡Ah, Silver! — murmuró Felicidad, sonrojándose ligeramente.

— Pero no se ponga Ud. coloradita — añadió D. Eleuterio, mientras la joven hacía un mohín.

Silver era un alemán cuadrado de espal-

das, de cabello rubio claro, pletórico y de encendido color; sus enormes manos sujetaban un latiguillo, especie de vara maestra con que educaba á Mein Freund, su perro, y sus no menos enormes pies calzaban gigantescas botas. Jamás logró hablar bien el español, sin embargo de que hacía un lustro se hallaba radicado en la capital de la Provincia, donde tenía una tienda almacén de trapos y abarrotes en la que vendía por mayor y menor, aunque importara directamente, contra lo establecido por el código mercantil. Llamábase aquella tienda « El Guacamayo », palabra que no pronunciaba bien don Otto y á la que daba cierta cacofonía detestable. Murmurábase que estaba enamoradísimo de Isabel Trigo y que el padre de ésta no miraba con malos ojos tal enlace. Fuere lo que fuere, lo cierto es que no agradaba á la joven, que sentía por el alemán y sus brusquedades tanta repulsión como por el perro y sus caricias.

Hallábanse reunidos todos los invitados y comenzaba á oscurecer, cuando sirvieron un coktail á guisa de aperitivo. Don Eleuterio indicóme que ofreciera el brazo á una señorita

para pasar al comedor. Hícelo así, invitando á Isabel Trigo.

*
* *

La mesa hallábase tendida en una larga habitación, especie de galería estrecha y baja. Las paredes encontrábanse atestadas de cromolitografías y oleografías. En los ángulos colgaban nidos de bayás (uchis) y en un especie de aparador ó chinero, grandes ramas, de las que pendían farolillos, se alzaban hasta el tumbado.

Con la primera copa de vino paróse don Eleuterio Montes de Oca y manifestó á sus oyentes que aquella comida era en honor del más conspicuo candidato que hasta entonces había pretendido representar la Provincia. Enrique Rojas y Castilla no era un candidato oficial que quisiera imponer la subprefectura presionada por el Gobierno, no, era un hombre de principios, íntegro y *fidedigno*, un estadista que iba hacia el sufragio, esa *cúpula grandiosa de la libertad, ese torneo del derecho*, con el corazón abierto de par en par y ofrecía á sus electores ferrocarriles, caminos

y telégrafos, en cambio de sus votos; iba en nombre del comercio decaído con los subidos derechos aduaneros y con la injusticia de los aranceles, iba en nombre de la libertad burlada miserablemente por los *mandarines* de provincia.

Aplaudiéronse las elocuentes palabras de Montes de Oca.

Don Elesván Martínez manifestó su opinión en el sentido de que era absolutamente necesario quitar el impuesto á la cerveza, en cambio de lo cual, él se obligaba á que votaran por mí sus dependientes, dos andaluces, siempre que me comprometiera á hacer abolir tan odiosa gavela.

Silver le interrumpió con aire volteriano : Este don Elesván, — dijo, — es una *asquerosidad* (cuando Silver quería decir curiosidad, decía asquerosidad), lo cual afortunadamente no fue oído por el español.

El médico refirió á doña Gavina Meruvia y á doña Manuela Escobedo que en el hospital, tenía ocho casos de variolosis, una cosa atroz, y como la última de estas no pareciera darse cuenta de qué se trataba, añadió :

— Viruela negra, señora, viruela negra.

La mayor de las Meruvia, exclamó haciendo un mohín :

— ¡Qué cosa tan horrible la viruela! Yo prefiriera morir...

— Ya lo creo, con ese par de ojos que usted lleva, — interrumpió don Elesván.

— Gracias, — murmuró la joven, en tanto que el médico añadía detalles horripilantes : — las flictenas y las fístulas llegaban hasta los ojos, sobre todo en las personas no vacunadas.

— Pero la vacuna es peor en ciertos casos, — dijo el cura. — ¡Cuando está de Dios!...

— Eso mismo digo, añadió doña Eladia. — Todos mis hijos han pasado por la viruela. Lo mejor es que pasen pronto. Cuando todavía no tienen más que uno ó dos años, yo los llevo donde hay el *mal* para que les dé y pasen de una vez.

El juez, luego de toser y arreglarse los lentes, comenzó una historia :

— Eso no es nada. El año ochenta y seis, hallándome jovencito...

Interrumpió su narración un grito de la maestra de escuela :

— ¡Ay Jesús, una araña, una araña!...

Todas las muchachas se levantaron como si se tratara de un oso.

— No es nada, señorita, —decía el médico: — las arañas domésticas no son peligrosas.

— Pero si es una *apasanca*, doctor...

— No, las *apasancas*, que pertenecen al género de las saltadoras, viven como los escorpiones que nosotros llamamos alacranes, dentro de las piedras. No es nada. El mismo escorpión no es acá peligroso. Los únicos animales verdaderamente peligrosos son el crótalo, la víbora ciega y el coral.

— ¡Cómo! ¿existen acá el coral y la víbora ciega? — pregunté al médico.

— Sí, señor, — repuso éste, — y también la cobra y los trigonocéfalos y otras especies que sería preciso clasificar. Pero, en fin, sabemos ya el remedio: permanganato de potasa, mucho permanganato de potasa.

Yo sentía en la sangre calor extraño. La cerveza que bebí en la tarde, el coktail que me sirvieron antes de comer y el vino que me obligaron á apurar en la comida comenzaban á hacer sus efectos.

Frente á mí, cuchicheaban la mayor de las

Meruvia y Manuel Trigo. La primera no había cesado de mirarme con sus volcánicas pupilas. Nuestros pies se encontraron debajo de la mesa y hasta me vi en aprietos, cuando gritaron los circunstantes : ¡que hable el doctor Rojas! porque la muchacha tenía un pie sobre otro mío, sin duda para poner coto á las audacias de éste.

Mas, como en ese momento tenía humos para todo, levanté la copa colmada de un vinillo claro y dulzón :

— Sí voy á hablar, voy á hablar de la hospitalidad cariñosa que saben ofrecer los habitantes de esta simpática ciudad, de los hermosos ojos de sus muchachas y del magnífico panorama de su campiña. Gratas muy gratas han de ser las impresiones que lleve, especialmente las de este banquete, con que mi querido amigo D. Eleuterio Montes de Oca, ha querido obsequiarme.

Salud, caballeros, por él y por su simpática familia.

— ¡Bravo! — gritó el telegrafista, y luego siguióse una serie no interrumpida de brindis.

— Salud, doctor Rojas.

— Doctor Rojas, salud.

— Doctor Rojas, por su candidatura.

Isabel Trigo, sonriendo, chocó su copa con la mía y la mayor de las Meruvia, para no ser menos, apuró la suya por nuestra amistad, al mismo tiempo que su pequeño pie me aplastaba un callo.

Oyóse un : chist, va á hablar el Dr. Camargo.

El Dr. Camargo, presidente casi vitalicio de la Junta Municipal, paróse de un salto. Sus ojillos negros brillaban más que de ordinario y sus bigotes un tanto caídos tenían cierta oscilación rítmica :

— Acabo de escuchar frases gratas, palabras cariñosas que denotan afectos recíprocos, acabo de oír las elocuentes oraciones de un joven de talento que viene desde lejos, muy lejos, desde la capital del departamento, para dar una digna representación á nuestra querida tierra, acabo de tomar una copa á la salud de todos ustedes.

— Acabe Ud., amigo, acabe Ud., de una vez, — exclamó Martínez.

Irritóse el edil y contestó de mala manera.

— ¡ No, señor, no acabo porque no me da la gana !

— ¡ Que continúe el presidente ! — gritó á

voz en cuello el novio de Concepción, mirando con ira á don Elesván.

Camargo, sin hacerse de rogar, siguió :

— Muy honrada está nuestra sociedad con albergar en su seno á un intelectual, digno representante del foro paceño, que haciendo caso omiso de las idiosincrasias de los mercachifles,... — y al decir esto, el vitalicio presidente miró á Martínez, el que dando un puñetazo en la mesa, — exclamó rudamente :

— ¡ Yo no hago negocio con la plata del tesoro municipal !

Aquella fue la gorda. El Dr. Camargo iba á precipitarse sobre el español, cuando fué contenido por el cura que, con firme mano. lo sujetó á su asiento.

— Calma, doctor, calma.

— ¡Por Dios, don Elesván!

Reinaba nuevamente la paz, cuando el telegrafista anunció que don Serafín Rodríguez iba á recitar unos versos compuestos en honor mío y con motivo del onomástico de Concepción, que se había celebrado ocho días antes.

Don Serafín era un hombre de mediana estatura, moreno, de grandes y mortecinos ojos

negros, de bigotes caídos y humildes. Bueno hasta la tontería y exageradamente amable, encontraba dignos de cantarse todos los seres y todos los objetos.

Paróse vacilante y comenzó con voz temblona :

FLOR DE AMISTAD Y DE CARIÑO

Á un joven inteligente
y á una niña refulgente
canto hoy día con placer,
y los sueños de mi mente
llenan de luz de repente
el abismo de mi ser.

Él representa el talento,
la patria y el pensamiento,
el honor y la nación;
ella la flor del contento,
la virtud y el sentimiento,
el hogar y el corazón.

Él es la luz generosa,
es la ciencia esplendorosa,
el mancebo del pensil;
ella es la gacela hermosa,
es el carmín de la rosa,
la sonrisa del Abril.

Él es el astro que sube,
es el doncel que yo hube
visto en un sueño azul;
ella es arrebol y nube,
la sonrisa del querube
vestido de blanco tul...

El vate se detuvo; su voz meliflua sonaba apenas.

Don Elesván, al que se le había acabado la paciencia, interrumpió á don Serafín.

— ¿Para qué tanta hojarasca? Ya sabemos que él es un excelente caballero y ella una buena moza. ¿Á qué subirse hasta las nubes y hasta las estrellas?

Mientras don Elesván protestaba, conseguí levantar el pie de la mayor de las Meruvia que comenzaba á pesarme más de lo necesario...

La animación iba siempre en aumento. Las botellas estaban ya anémicas de vino, motivo por el cual se recurrió á cierto italia criollo, cuyas propiedades embriagadoras no se hicieron esperar mucho. El presidente vitalicio de la Junta Municipal resultó dormido con la cabeza inclinada hacia la izquierda, que poco á poco fué á caer sobre el hombro de don Elesván, el que formó un cucurucho de papel y se le puso en la boca abierta con general hilaridad de los circunstantes. Fué preciso que el telegrafista y el novio de Concepción lo llevaran á dormir la mona en el tálamo nupcial de los esposos Montes de Oca.

Al verlos marchar, Martínez dijo riendo :

— Ahí va el primer herido; doctor, prepare Ud. sus drogas.

Silver comento el hecho con su conocida muletilla :

— ¡ Qué asquerosidad !

Doña Manuela Escobedo de Camargo habíase soltado á hablar á lengua desbocada. No había quien la contuviera. Decía pestes de los alemanes y de los españoles :

— Los gringos son unos patanes, unos cabezones, unos...

— Señora, — interrumpió Martínez, — aprenda Ud. á hablar el español, la lengua más rica del globo, que está Ud. ultrajando.

— La lengua más rica es la de cordero, — decía el cura, que estaba un poco entusiasta.

— *El idioma más rica ser el alemán*, — interrumpió Silver. — *No ha visto Ud. un diccionario publicado en alemán. Es el idioma que en Oropa tener más palabras.*

— Amigo mío. Es que Ud. no ha oído hablar á Castelar. Eso si que era bueno. El alemán es... una asquerosidad.

Isabel Trigo parecía alarmada con el vocerío reinante á la sazón y miraba á su her-

mano con un mirar que muy claramente expresaba : ¿cómo acabará esto?

Afortunadamente, la interminable serie de platos había concluído y comenzábase á derribar las pirámides de fruta : plátanos guineos, islas, seda, enanos; la mar de bananas, como decía Martínez; naranjas mandarinas pequeñas y perfumadas, chirimoyas jugosas de carne dulce y blanca como carne de núbil, limas de persia pálidas y suaves, piñas espinosas por fuera y sabrosas por dentro, papayas de amarilla pulpa, paltas blandas y sandías opulentas y redondas.

— ¡Qué fruta la de nuestra tierra! — decía don Remigio, — es una tentación de Dios.

— Pero es causa de muchas dolencias, — exclamó el médico. — Gran parte de las enfermedades cutáneas de carácter leve y las lombrices...

— Basta de medicina, por Dios, doctor, — interrumpió la mayor de las Meruvia, que se había comido un promontorio de plátanos. — Me pone Ud. aprensiva.

El juez de Partido contaba una historia horripilante :

— El cadáver hallábase horriblemente destrozado, rotos los brazos, quebradas las piernas, hecha añicos la cabeza, y los malhechores, los asesinos, se encontraban impunes merced á la influencia de un rico que compró con su dinero á los testigos.

Suspendió su narración al oír un ronquido que como voz de ultratumba del cadáver destrozado se dilató por el comedor y puso los pelos de punta á los circunstantes. Era el médico que, á su vez, acababa de desplomarse dormido sobre la mesa.

V

La Voz del Pueblo, periódico quincenal y único que se publicaba en la Provincia, me saludó amablemente, llamándome, entre otras cosas, distinguido intelectual y abogado de nota. Lo que más se estimaba en el país de los doctores era mi título de doctor, porque bueno es hacer constar, que en la Provincia existía plétora de doctores: abogados venidos á menos y tinterillos; que todos los empleados de la administración si no coroneles eran doctores, desde el subprefecto hasta los corregidores de vice-cantón, así como los miembros de la Junta Municipal, los principales vecinos y aun los propietarios de las fincas rurales, que buscaban un

pleito por quítame estas pajas. Algo más; no había hombre regularmente parecido al que no se le llamara doctor, aunque el tal no hubiera cursado ni instrucción secundaria. Era una simple suposición la que se hacía al acordar tal título, porque era lógicamente presumible que, no existiendo en Bolivia muchas carreras á que dedicarse, un hombre de buenas trazas era doctor ó coronel. Coroneles y doctores primaban en calles y plazas, saludábanse con la dignidad que el caso requería y miraban por encima del hombro al resto de la humanidad. Cuando llegaba á la capital algun caballero de marcial actitud, voz gruesa y mirada imperiosa, la gente no trepidaba y llamábalo « mi coronel » ; más si, por el contrario, resultaba un señor obeso, con lentes engastados en oro y palabra fácil, no cabía duda que era preciso saludarlo con un sonoro: doctor.

El saludo de *La Voz del Pueblo* era de pura cortesía, porque la imprenta en que se imprimiera el periodiquillo quincenal pertenecía á la familia Garabito, mi contrincante, pues tan pronto como estuviese éste enconado con alguien, requería el revólver y la espada,

pero oportunamente colgábalos en una percha y valiéndose de la péñola, ponía de oro y azul á sus enemigos en las angostas y poco legibles columnas de *La Voz del Pueblo*. El saludo con que me obsequiaba reflejaba la amabilidad provinciana, algo así, como si se reconociera en mí un digno adversario, cuya tarjeta de desafío se acepta ó cuyo guante se recoge.

La Voz del Pueblo tenía cuatro secciones: editorial, crónica, avisos y remitidos. En la primera tratábase generalmente asuntos de vialidad. Unas veces eran los ferrocarriles eléctricos los que bajando por formidables planos inclinados, cual si caminaran conducidos por fuerzas diabólicas, llevaban la civilización á un pueblo floreciente; otras, eran automóviles que apoyados en robustos neumáticos, pasaban como una exhalación, conduciendo centenares de viajeros hacia una nueva tierra prometida; otras eran sencillamente el sobrio asno y el resistente mulo, los que debían trepar las abruptas sendas que recibían pomposamente el nombre de caminos de herradura. Las fluctuaciones del precio en las producciones agrícolas y las orde-

nanzas municipales, vigentes en el año, también solían ocupar la atención de los redactores de *La Voz del Pueblo* y estos tres temas, unidos al de la fundación de la heroica ciudad por el licenciado Nuño Perez, en el año de gracia de 1560, que solía publicarse el 22 de Abril, constituían el tema editorialesco obligado en los números quincenales de *La Voz del Pueblo*. En la crónica solía darse cuenta de las enfermedades de los vecinos importantes, de los matrimonios, bautizos, velorios, saraos, *aptapis*, onomásticos y comilonas.

Llamábase, por ese espíritu criollo exagerado y mistificador, á las comidas, banquetes, á las reuniones íntimas, saraos. Inútil decir que el anfitrión siempre era amable en los primeros y la cultura de los dueños de casa siempre proverbial, en los segundos. Describíase el local en que se celebraba la fiesta, como si estuviera alumbrado por la lámpara de Aladino y en seguida, enumerábase á los concurrentes por orden de sexos y de estados, anteponiendo á cada nombre un adjetivo.

Juntamente con las noticias sociales insertábanse los avisos : « Julio Garabito abogado.

Despacho calle Junín. Horas de consulta, de 1 á 4 p. m. »; « Carlos Garabito, sastre. Taller, calle de... »; « Roberto Garabito, compone relojes y recorta el pelo por treinta centavos; también pinta carteles y retoca imágenes ».

La sección más importante de *La Voz del Pueblo*, componíanla los remitidos. Insultábase en ella sin reparo alguno y se decía enormidades, sin que ningún velo caritativo cayera oportunamente para tapar ciertas crudezas. El honor de los hombres y el de las mujeres salían á lucir con igual facilidad, causando perjuicios irreparables, muchas veces, y aterrorizando al vecindario que temía ver su nombre estampado en letras de molde, en alguno de los libelos que firmaban « los hijos del Guaina-pata » ó « los amigos de la Justicia ».

La sección remitidos era la que daba vida á *La Voz del Pueblo*, una vez que los suscritores no solían pagar y que el resto de la población leía de prestado. Lo mismo, más ó menos, pasaba con los avisos, ó éstos se ceñían exclusivamente á la tribu de los Garabito, como graciosamente la llamaba don Eleuterio Montes de Oca. Eran, pues, los remi-

tidos, y nada más que los remitidos, los que nutrían *La Voz del Pueblo* é iban dándole cuatro años de vida famélica y nerviosa, ya que la tal *Voz del Pueblo* parecía una mujerzuela histérica, de esas de rompe y rasga, que lo mismo prodiga favores, que descarga botellazos ó se arranca con una puñalada.

El primer domingo que pasé en la heroica villa, don Eleuterio Montes de Oca me manifestó que su salón se encontraba á disposición mía y que me preparara para recibir las visitas de los principales vecinos de la capital.

En consecuencia, á la una del día encontrábame ya instalado en la espaciosa habitación que conocemos, y á la que don Eleuterio daba enfáticamente el nombre de salón.

Hacía poco tiempo que estaba instalado allí, cuando comenzó el desfile de gente estirada y ceremoniosa, que llevaba la ropa con esa poca gracia y poca soltura de quienes acostumbraban vestir bien sólo los domingos. Los cuellos resultaban muy tiesos y muy altos, los puños de la camisa muy salidos, las corbatas tendían á treparse por encima de los botones y los prendedores de brillantes

falsos iban saliendo poco á poco de las flamantes corbatas de vistosos colores.

La conversación giraba en un círculo vicioso : el mal camino, el excesivo calor, las condiciones dañinas del clima y la próxima fiesta, á la cual yo tendría la suerte de asistir.

El subprefecto de la Provincia, un comandante herido en una batalla perdida en las tinieblas de la historia de nuestras guerras civiles, entró en compañía de cinco ó seis individuos, todos los cuales pertenecían al servicio administrativo. D. Eleuterio, con quien no hacía muy buenas migas, presentómelo ceremoniosamente y el suprefecto, á su vez, hizo lo mismo con los demás : — don Enrique Garabito, subadministrador de correos; don Pedro Garabito, juez instructor; don Plácido Garabito, corregidor; don Manuel Garabito, candidato del partido liberal á la diputación de la Provincia.

*
* *

La tribu de los Garabito tenía una historia más ó menos parecida á la de la generalidad de los cacicazgos criollos de provincia.

Ignacio Garabito, hijo natural de una mujer del pueblo y nacido en la altiplanicie de La Paz, llevó, durante su niñez, vida de privaciones y raterías. Su madre, aficionada á empinar el codo y á divertirse, propinábale palos y exigía robos. Cansado de tal vida, sentó plaza el muchacho en un cuerpo del Ejército. Enseñáronle á tocar el tambor y como tambor asistió á la batalla de Yamparaez en que triunfaron las tropas de Belzu. Su vida, desde entonces, fué una no interrumpida serie de aventuras. Tomó parte en los combates de Mojo, Pucarani y Leque, en el que fué deshecho el cuerpo en que servía. No se desanimó el mozo. Siguió la carrera y pronto, merced á su arrojo, obtuvo los galones de teniente. El teniente Garabito fué un corpulento mocetón de tez cobriza y barba rala é inculta, que no temía ni á Dios ni al diablo. Peleó en las faldas del Calvario de La Paz, tomó parte en la batalla ganada por el general Pérez á Canelos, combatió en San Juan en las filas de aquél y fué hecho prisionero y herido. Logró fugar y escondióse en la Provincia, cuyas montañas y villorrios le prestaron hospitalidad. Estaba escrito que el ex-capitán haría fortuna. Poseía

una audacia á toda prueba y no conocía reparos. Entrevisto el fin, poco le importaban los medios. Su moral era la de su madre, una mujerzuela, y la de la gente de tropa en aquellos tiempos en que todo era permitido á los militares: robar, saquear, matar y después del combate, ultrajar á las mujeres en el yermo altiplano y desflorar indias, cuando el jefe ordenaba el rebusque.

En la tarea de hacer dinero, bien ó mal, ayudóle mucho Juana Noriega, su esposa, que antes había sido su querida simplemente. El decir: Dios los cría y ellos se juntan, no tenía mejor expresión que la pareja, por múltiples motivos interesante, de Garabito y su mujer. Él, un criminal de ocasión y ella una hembra de vida airada.

Ignacio Garabito tenía un hermano que, llamado por él, fué también á la heroica villa á probar su estrella. Casóse á su vez y como Juana Noriega diera á su esposo ocho vástagos varones: dos bastardos y seis legítimos y la mujer de Lucas (así se llamaba el hermano menor), no fuese menos fecunda y pronta en ir arrojando al mundo varones y mujeres, poblóse en poco tiempo de Garabitos la Provin-

cia. Pero como Ignacio, más vivo y emprendedor, y también más ladrón, hiciese fortuna y Lucas no, hubo pronto una aristocracia y una burguesía de Garabitos. Manuel María y José Garabito, militares; Enrique, Patricio y Manuel, abogados; Justo, cura; y Víctor, holgazán, hijos de Ignacio Garabito, adueñáronse pronto de los destinos públicos y de las mejores mozas de la Provincia, en tanto que seis mujeres y cuatro varones habidos en el matrimonio de Lucas, que formaban la otra banda, bien que bajo la protección de los primeros y á pesar de quisquillas, suceptibilidades y envidias, se contentaban con una existencia mezquina y monótona en tenduchas de pulpería ó en talleres de artesano. Estos últimos contribuían al poder de los primeros y aquellos, en cambio, dábanles migajas en la administración y favorcillos en la justicia que un Garabito dispensaba con omnímoda arbitrariedad.

José y Víctor Garabito, sindicados por raptos de muchachas menores de edad y por numerosos estupros, anduvieron algún tiempo á salto de mata y fueron el terror de la Provincia. Asesorados por otros dos Garabitos de

la rama proletaria no respetaban ni la propiedad, ni la vida, ni el honor. Entraban durante la noche, montados y con el rifle á la grupa, en los sembradíos, echaban sus bestias á que destruyeran las plantaciones, robaban el maíz maduro, las patatas tiernas, los plátanos que en opulentas cabezas incitaban al paladar, y con el botín, marchábanse al rayar el día, sin que les importara un ardite el que los vieran, el que ladraran los anémicos mastines de los indígenas, ni el que los damnificados los llenasen de maldiciones. Por lo demás, nadie se atrevía á inquietarlos, pues de lo contrario habría expuesto el pellejo. Tal temor era legítimo. Sucediéronse asesinatos sospechosos. Indios opulentos fueron robados y victimados de la manera más cruel. Los asesinos que habían penetrado á las casas de éstos, armados hasta los dientes, marcháronse con el dinero del labrador indígena, ahorrado durante muchísimos años de trabajo, real por real, dejando á los hombres muertos y á las mujeres horriblemente ultrajadas. El clamor público que suele ser certero, señaló á los Garabito como á autores de los crímenes en cuestión; mas éstos no se

intimadaron por tal causa, sino que dieron muerte al juez instructor que organizó el sumario en que se hallaban comprometidos é hicieron desaparecer todas las pruebas. Dos ó tres asesinatos más bastaron para que los Garabitos reinaran por el terror. No había abogado que quisiera aceptar un juzgado en la Provincia, por falta de garantías, de suerte que, como lógica consecuencia de esto, la justicia en primera instancia vino á parar á manos de un Garabito. La impunidad de la tribu quedó asegurada, los procesos que se organizaron contra José y Víctor desaparecieron del archivo del juzgado, la parte civil creyó prudente callar y los Garabito delincuentes volvieron á la ciudad, con más arrogancia que nunca, á propinar palizas á los hombres y á deshonrar á las mujeres...

Los subprefectos, cuando no eran dominados por el terror y hacían la vista gorda, veíanse obligados á renunciar por las hostilidades de que eran objeto.

Apenas se nombraba uno y marchaba á tomar posesión de su cargo, era recibido por los Garabito en las afueras de la villa, conducido á casa de Ignacio, donde se le esperaba

con cerveza y aguardiente. Una vez allí, obligábasele á beber á destajo. Debía pagar á los circunstantes su cariño. Este pago se hacía bebiendo en la misma copa. Cada Garabito vaciaba una copita por el subprefecto, acompañando el acto de un brindis. El subprefecto recibía igual dosis de licor en la misma copa, con la cual pagaba al invitador, bebiendo á la salud de otro Garabito, so pena de ser condenado á beber de nuevo. Sucesivamente todos los Garabito bebían una copita, brindaban y recibían idéntico pago. Concluía el círculo y volvía á empezar, hasta que el subprefecto, después de este largo suplicio, resultaba más borracho que una uva...

Si algún subprefecto se excusaba de beber, cualquiera de los Garabito pronunciaba la frase terrible : — Ud. me desprecia ; y entonces, el funcionario, so pena de cargar con los furores de toda la dinastía, veíase obligado á apurar el repugnante aguardiente ó el áspero *pisco*. En cierta ocasión un viejo militar tuvo la firmeza de negarse á beber. El primer Garabito vació el contenido de la copa y los demás priváronse de brindar ; pero aquel buen coronel no pudo sostenerse largo

tiempo en su cargo, por la cruda guerra que le hicieron los Garabito, que llevaron su resentimiento hasta intentar asesinarlo varias veces...

Mudó la provincia de subprefectos como de paños calientes. Salían éstos á espeta perros y con las manos en la cabeza, pues tan pronto les daban cencerradas y disparaban balazos á las ventanas de la subprefectura, en medio de atronadores mueras, como invitábanlos á reuniones y jolgorios, jaranas y *aptapis*, de los cuales tenían que salir borrachos y con muchísimas probabilidades de recibir una descomunal paliza y quizá de ser asesinados. Los Garabito valíanse muchas veces de hembras de rompe y rasga, si notaban que el subprefecto era mujeriego. Así la cosa resultaba más fácil y la paliza más segura. La hija de Eva tentaba al funcionario con promesas paradisíacas, y cada promesa tenía á manera de estribillo una copita, que la flamante Dalila se daba maña para derramar en el suelo al tocarle el turno de beber; y cuando había cortado los cabellos á Sansón, es decir, cuando había dormido las fuerzas del subprefecto por la acción del alcohol, entraban dos ó tres ban-

didos con los sombreros en la nuca y el garrote en la mano y en menos de cinco minutos, ponían hecho un nazareno al funcionario indefenso, mientras la mujerzuela armaba un escándalo y llamaba á la vecindad para salvar responsabilidades... Después de esto, los subprefectos callaban por vergüenza y se marchaban tan pronto como se lo permitieran las heridas...

Aquella extraordinaria mudanza de subprefectos no dejó de llamar la atención del Gobierno. Pronto, así como no se podía encontrar jueces que administraran justicia en la heroica villa, tampoco se halló subprefectos que quisieran empuñar en ella las riendas del poder.

Presentóse entonces, como candidato, Manuel María Garabito que había pedido su licencia final. El Gobierno resolvió extender el nombramiento en favor suyo y desde entonces desempeñaba aquél las funciones de la Provincia, como solía decir don Eleuterio Montes de Oca.

La justicia y el poder estaban pues en manos de los Garabito, faltaba únicamente la religión, el curato, para que allí se estable-

ciera por los Garabito un gobierno aristocrático despótico, que ningún tradadista de derecho público ha clasificado nunca.

El curato era necesario y los Garabito hicieron un cura, pero esta es otra historia.

Justo fué el tercer hijo de Ignacio Garabito. Educado en el Seminario Conciliar de la Paz, obtuvo en sus exámenes regulares calificaciones; pero dió mucho que hacer sin embargo de su disimulo, por faltas contra la moral. El muchacho era un tratado humano de vicios de la peor especie.

Había heredado de su padre la falta de honradez y el espíritu de latrocinio y de su madre la lujuria.

Durante el año de curso enflaquecía á ojos vistas, poníase torvo y susceptible, confesaba con frecuencia, disciplinábase con frenesí y lloraba, pero todo era inútil; el sexo invencible triunfaba en él.

Logró graduarse de bachiller con un número mediano y con una tesis sobre la inmortalidad del alma que había copiado servilmente de Ginebra.

El padre y los hermanos que reconocían la superioridad intelectual del mozalbete, su es-

píritu pacato, su manera de ser reposada en apariencia, su astucia y su hipocresía, pensaron que en tela de tal especie bien podía cortarse un cura... ¡Era tan excelente el *oficio* de cura, producía tan pingües entradas un curato! Justo dudó, su sexualidad poderosa le preocupaba, pero acabó por ceder.

Ingresó á estudiar teología, graduóse de licenciado y de doctor, tonsuráronle la rapona cabeza y cantó la primera misa con una voz de macho cabrío, que fué un primor.

Merced á las influencias de su padre y á infinitos empeños, fué nombrado cura de la heroica villa. Llegó allí con mucho ruído y admiración de las muchachas alegres, que no pudieron menos que admirar el aire santurrón del flamante sacerdote y la mirada humilde del antes atrevido don Juan de las jaranas y de las trastiendas.

Sentó sus reales el párroco en una casita de mala muerte, próxima á la iglesia, y como la doctrina manda practicar la caridad cristiana, púsola en acción, llamando junto á sí á dos sobrinas suyas, hijas de uno de los Garabito del tronco de Lucas, que había muerto poco antes.

Sin embargo de la mala reputación que tienen los curas de provincia, nadie puso reparo al asunto de las sobrinas y más bien, admiróse el espíritu filantrópico del santo varón.

Entre tanto, éste enriquecíase explotando á los indígenas. Casaba diez y doce parejas en una sola bendición, pero, eso sí, cobraba los derechos parroquiales por separado. En cuanto á los *entierros*, ya podían permanecer los cádaveres insepultos cuatro ó cinco días, si los deudos no pagaban cinco bolivianos sesenta centavos, importe de los funerales rezados, suma que sencillamente solían no tener aquéllos. Los derechos de fábrica, alferados, etc., fiestas con muchísimas libaciones, pirotécnica y campaneo, y los bautizos cantados, dábanle ocasión, asimismo, de cosechar pingües utilidades. Cada alferado llenaba la casa : terneros de dos años, cabritillos, corderos garañones, pollos tiernos, conejos gordos, cerdos obesos, perdices y pavos ; canastones pletóricos de huevos, haces enormes de verduras, cargas y más cargas de raíces y de frutas sabrosísimas : limas de persia, naranjas mandarinas, paltas grandes como botijos, chirimoyas que parecían senos de negras

núbiles, papayas apetitosas como mulatas de carne ambarina; plátanos suaves y dulces, plátanos rollizos y de sabor fuerte, guineos blancos y oscuros, enanos regordetes; plátanos manzanos, capaces de tentar como la histórica fruta del árbol del bien y del mal y en fin, tributo de lo mejor y de lo más escogido.

Al par que engordaban los bolsillos de cura, éste se divertía. Las dos sobrinas resultaron en estado interesante y por más que se buscó padre para los frutos de sus entrañas, no se le pudo hallar, hasta que el pueblo acabó por convenir en que el señor cura y nada más que el señor cura era el autor de aquellos raros sobrinos que se habían venido al mundo de repente y á un tiempo. La indignación fué general. Las sobrinas viéronse obligadas á abandonar el caritativo asilo y el cura, con harto dolor de los Garabito, que perdían una de sus más sólidas columnas de poder, tuvo que dejar el curato.

El sucesor fué don Remigio Paredes, á quien conocemos.

Repuestos los Garabito de aquel fracaso, resolvieron sacar un diputado y por unani-

midad de votos fué elegido para tal, Manuel Garabito, que después del cura era el más instruído; y como necesitaban prestigiar tal candidatura, fundaron, luego de comprar una imprenta de tres al cuarto, el periodiquillo que conocemos, que salió de punta en blanco y vestido con tinta azul, el día que vió la luz pública.

*
* *

Poco tiempo de conversación bastó para que me diera cuenta de las bellas cualidades que adornaban á los miembros salientes de la familia Garabito. Mi contrincante había permanecido mudo durante todo el tiempo que duró la visita, así que juzgué desempeñaría muy bien, en caso de salir victorioso, las funciones de representante nacional. El subprefecto, en cambio, parecióme bastante tratable. Al despedirse, llenóme de cumplidos y me manifestó que tenía á mi disposición las ventanas de la subprefectura para mirar las corridas de toros que deberían tener lugar el día de la fiesta en la plaza principal, y además, dos butacas para las comedias que se

representarían en la noche por lo más granado de la gente joven.

Apenas se retiraron, don Eleuterio contóme detalladamente la vida de los Garabito hasta el cuarto grado inclusive. Su narración era interrumpida por la entrada de otros personajes, pero volvía á continuar su relato tan pronto como éstos se retiraban. De esta suerte, narrando á él y escuchando á mí, sorprendiónos la noche, y como al final, yo me permitiera manifestar que el subprefecto me había parecido un hombre agradable, contestóme Montes de Oca, con su enfática manera :

— Tiene trato, pero es más malo que un ornitorinco... porque para don Eleuterio, yo no sé por qué error de zoología, era el ornitorinco, aunque no le hubiera hecho daño alguno, el animal más perverso de la creación.

VI

Hacía ocho días que me encontraba en la capital de la Provincia y aunque la variedad de impresiones allí recibidas debiera haber contribuído á distraer mi imaginación y á borrar, un tanto, en mi memoria los recuerdos de « La Huerta », aquejábame cierta tristeza vaga, cierto malestar indefinible. Sentía la obsesión de la música y la letra de un vals que tocaban bastante mal las hijas de don Eleuterio. Se llamaba : « Lejos del bien amado ». Á manera de estribillo repetían mis labios durante el día y durante la noche, marcando el compás 3 por 4 : *lejos del bien amado no puedo vivir...*

Y aunque el vals aquel siempre me había

parecido cursi, y siempre había sabido á mis oídos como una pieza de mal gusto, recreábame entonces en evocar sus motivos y hallaba cierta dulzura sensual y lánguida en su cadencia y su inspiración.

Lejos del bien amado no puedo vivir...

Más, ¿quién era el bien amado, entonces? Yo me lo pregunté, como cualquiera de los lectores, y obtuve infinitas respuestas.

Respondiéronme mis sueños. Cada noche, ya bajo la sombra de magníficas arboledas, de doseles de follaje fresco y murmurador, en las riberas exhuberantes y perfumadas de un río lleno de remansos, en los que se reflejaban unos ojos y un cabello negro, una tez pálida, un vestido claro, creía barruntar una linda muchacha que soñaba en mí, y esa muchacha era Inés.

En la vasta sala de « La Huerta », veía sentada en un gran sillón antiguo una joven que me miraba y cuyos labios plegaba una sonrisa.

Y esa joven era Inés.

En los corredores que abrazaban los cuatro frentes de la casa, veía pasearse junto á mí, apoyada en mi brazo con abandono, mirán-

dose largamente en mis pupilas y suspirando, una mujer pálida y esbelta.

Y esa mujer era Inés.

Pregunté á mi corazón y entre la larga lista de nombres femeninos sólo uno lo hizo latir : el nombre de Inés.

Pregunté á mis ojos, y éstos me respondieron que gustaban acariciar unas pupilas negras y dulces, unos labios finos y desdeñosos, unas manos blancas y largas, un busto de escorzos gentiles, un seno opulento.

Y esas pupilas, esos labios, esas manos, ese busto y ese seno eran los de Inés.

Pregunté á mis manos.

Y me repondieron : deseamos hundirnos en los cabellos negros y lacios de Inés ; anhelamos estrechar las manos de Inés, y oprimir el talle de Inés.

El vals decíame : el bien amado es Inés y hasta el eco, cuando yo le preguntaba ¿quién es ella?

Contestábame : Inés.

Inés en todas partes. Inés en las mañanas, Inés en los crepúsculos, Inés en las noches, Inés en los ramos de flores, Inés en la luz amarillenta de los quinqués. Inés en mis ale-

grías, Inés en mis tristezas, Inés en mis ensueños...

¿Por qué me gustaba aquella niña que ni era bella, ni era bien educada, ni era viva? Y fué la única cosa para la que no obtuve respuesta. Me gustaba no se sabe por qué: por que me gustaba...

Cuando escribí todas estas cosas en mi libro de apuntes y no digo de memorias, porque en él sólo figuraban algunas de las impresiones de viaje, pensé que estaba á punto de volverme poeta. En mi vida compuse un párrafo tan lírico. Había en él cierta exageración, ¿quién lo duda? pero no podía negar que también muchísimo de verdad, puesto que la graciosa figura de mi prima me seguía á todas partes como un ángel de la guarda.

Ahora bien, la idea de convertirme en poeta me horrorizaba y la de resultar enamorado, más todavía. Aceptaba cualquiera de estas cosas separadas: ser poeta ó ser enamorado, pero ser ambas á un tiempo, parecíame la mayor de las desventuras, el peor de los suplicios por que pueden pasar un espíritu y un cuerpo en el mundo.

¿Ser poeta y ser enamorado? ¡No, por Dios!

Y tenía razón para estar alarmado, ¡vaya si la tenía! Fuera de la impresión dulzona y triste que me causaba el célebre vals de las hijas de don Eleuterio : *Lejos del bien amado* y de aquel trozo de prosa poética que escribí en mi libro de apuntes, en el mismo libro en que había hecho el cálculo de los gastos de viaje y en el que, por tanto, se alineaban simétricamente burgueses números y largas tiradas de antipáticas cifras, fuera de todo eso, pasaba las horas muertas tirado en un sofá, forjándome ilusiones, especie de pastorales y de églogas, bucolismos ardientes, en cuyos cantos vividos tomaba parte la naturaleza entera : la primavera, el cielo, los campos verdes y apacibles, el sol risueño, el trinar de los pájaros, el toque de las campanas, el rumor del río, el zumbido de los insectos y el susurro de los follajes en la umbrosa majestad de la montaña, pletórica de árboles.

Ascendía gallardamente el humo de mi cigarro y pintaba caracteres azules en el tumbado de mi dormitorio, cuya palidez amarillenta de tela vieja, exornaban, entonces,

cálices de flores multiformes, espirales fugaces y arabescos caprichosos, que por veces parecían frases cabalísticas y se perdían misteriosamente, en tanto que se sucedían otras, simulando penachos, construyendo caracoles, ligando sortijas, despeinando fántásticas cabelleras violadas, esfumándose y desvaneciéndose con la tristeza de un suspiro y con la suavidad de un ensueño.

Y así, mientras fumaba lentamente un cigarro, paseábamos de noche cogidos del brazo, Inés y yo, bajo las frondosas copas de naranjos y limoneros, cuya fragancia perfumaba el aire. Las copas de los árboles prolongaban su sombra sobre el suelo iluminado por la luz lívida de la luna y las ramas llenas de azahares oscilaban lentamente sobre nuestras cabezas, susurrando con dulzura. Inés vestía de blanco, y su traje claro se recortaba sobre la vegetación, como un lirio recorta su blancura entre la oscuridad de un matorral.

Las sombras de nuestros cuerpos se confundían por momentos ó perdíanse en las tenebrosidades de un sendero, cuando las ramas del café tejían bóvedas leves y mumuradoras, para reaparecer de nuevo nítidas é

inquietas sobre la tierra argentada, brillante, casi fosforescente.

Las grandes hojas de los plátanos movíanse como brazos que nos llamaran las luciérnagas volaban y se prendían en los cabellos de Inés, las estrellas pálidas nos sonreían allá lejos, cual pupilas moribundas.

En la noche llena de silencio se dilataba un inmenso suspiro, y allá, detrás de las ramas más altas, como una blanca careta colgada á las ramas ó como la enharinada faz de Pierrot que atisbara, la luna alzaba su cara redonda, pálida y triste.

Otras veces, Inés con un chiquillo en los brazos, hallábase junto á mí, en el terrado de « La Huerta ». El día era caluroso, el viento tibio y cargado de emanaciones aromáticas. Ella cantaba una canción para dormir al niño, que, aunque sus padres eran morenos, ostentaba cabellos rubios. Una enredadera de yedra extendía festones copiosos de hojas y se enroscaba amorosamente á los soportes que sostenían el techo. Una libélula ó una avispa pasaban volando trémulamente.

Abajo, cloqueaban las gallinas; chillaban los polluelos; cantaban los gallos; graznaban

corpulentos patos, en pos de los cuales caminaban pesadamente bandadas de patitos; los pavos dejaban escuchar su glúglú, desplegando pretenciosamente la cola, en tanto que se les enrojecía el moco y que perseguían formando círculos y haciendo la rueda á las pavas blancas y delgadas como inglesas.

En el pesebre, tres ó cuatro mulas gordas y nerviosas devoraban á conciencia el forraje, y más allá, veíase un torazo Holstein, robusto y musculoso, que rumiaba pacientemente, mientras el sol abrillantaba su lustrosa piel de terciopelo negro y pulía sus dos pequeños cuernos; y echada en tierra, sujeta la sólida jáquima á un macizo poste, una grande vaca lechera color de flor de haba y de ópima ubre, parecía soñar melancólicamente con los ojos cerrados, ó evocar plácidos recuerdos, junto á un ternerillo de hocico plano y húmedo.

Desarrollábase en ocasiones ante mi vista un paisaje sereno. Un enorme tapiz de verdura extendía su terciopelo entre arenosa tierra de aluviones. Un río de mansa corriente, deslizábase callado, casi á la altura de la orillas y hasta él, llegaban melancólicas teorías

de sauces cenceños, entre los cuales tendían sus ramas rosales del campo repletos de rosas.

Una casita alegre y coquetona, como construída para cobijar el amor, descubríase entre la arboleda y en ella, apoyada en el alféizar de una ventana espaciosa, festoneada de madreselvas, Inés, que llevaba un blanco peinador, sonreía mirando á un chiquillo travieso, el que, encaramado á un ciruelo, comía con gula y en silencio ciruelas blancas.

Yo me hallaba un poco más lejos, echado de bruces sobre la yerba, leyendo mis autores favoritos : José María de Pereda y Armando Palacio Valdés.

El río nos arrullaba con el ritmo dulce de su eterna melopea...

Desvanecíase el humo del cigarro y los bellos cuadros que forjara mi imaginación, los maravillosos países de mis ensueños se borraban de un golpe, como un castillo de naipes que se derrumba súbitamente.

El hada fantasía me había conducido largo tiempo por un país encantado, en que todo era bueno y bello, pero de improviso volvía á la realidad y encontrábame sólo y aburrido,

en el desmantelado dormitorio en que había dormido Concepción Montes de Oca y en el cual pasaba yo mis cálidas noches y mis interminables ocios.

Estaba pues enamorado... Enrique Rojas y Castilla estaba enamorado como un colegial, de una señorita criada en el campo, de una muchacha agreste, cuyos ojos parecían preguntar siempre : ¿ me quieres?...

El candidato á la diputación por la Provincia, había ido á prendarse como un majadero y á encontrar agradable el vals *Lejos del bien amado*.

¡ Qué tontería!

Mi porvenir no podía ser el de un labriego, el de un rústico que se contenta con las fruiciones campestres y con los trabajos materiales; yo no había estudiado quince años, hasta graduarme de abogado, para resultar al fin del cuento un pacífico agricultor, casado con una mujer cuyos ojos decían eternamente ¿ me quieres? — no.

Yo tenía otro campo en que ejercitar mis energías : el campo de la política; yo tenía que sembrar ideas en lugar de sembrar patatas; yo tenía que cosechar aplausos en lugar

de cosechar hortalizas, yo tenía que plantar en la calle á mi contrincante Garabito en lugar de plantar árboles...

Para matar aquel naciente idilio, para ahogar el cariño que sentía por aquella prima fresca como un durazno y dulce como la miel morena, era preciso hacer el amor á otras mujeres, porque el único remedio contra la mujer es la mujer. En ninguna enfermedad tiene más justa aplicación el sistema homeopático que en la enfermedad de amor. *Similia similibus curantur*. Esto es, para curar el amor de una mujer se requiere el amor de otra mujer.

En la heroica villa, había plétora de muchachas, que me miraban con buenos ojos. Hubiera sido una estupidez no aprovechar de tales miradas y de tales muchachas.

Y así fue cómo comencé á divertirme en la capital de la Provincia.

VII

Cuando me beses, besa
con toda tu alma,
y luego, dame un beso
que sea la YAPA.

Nunca respondas niña
que ya no me amas,
quiéreme mucho y luego
dame la YAPA.

No me digas trigüeña
que estás cansada,
pues siempre tendrás fuerzas
para la...

— Eusebio *tomáa* esta cerveza, — y al decir esto, el novio de Concepción alcanzó un vaso al entusiasta cantor.

La bulla calmó un poco, pero no tardó la

orquesta en arrancar con un nuevo bailecito meloso y dulzón como miel de avejas morenas y alegre como un cascabel. Formáronse las parejas. Yo tomé el brazo de Milagros Moreira que estaba tentadora, vestida de clara y leve tela, ceñido el talle con cinturón de cuero, con un ramo de jazmines en el seno y el peinado un poco deshecho. Bajo los altos y umbrosos ceibos, bajo los cedros corpulentos, junto á los naranjos cargados de frutos, sobre el suelo pavimentado con pétalos de flores y con mistura, el baile resultaba de una perspectiva pintoresca. Movíanse doce parejas agitando los pañuelos y quebrando el cuerpo. Estallaban las palmadas al entrar en las vueltas y el bailecito seguía arrastrándose como una serpiente melómana.

El día luminoso, pletórico de perfume y de color, día de celo en que los animales andaban buscándose en la montaña y en que hasta las nubes parecían perseguirse en el azul infinito, yo me hallaba invitado á un *aptapi* en que tomaban parte las Moreira. Pero, ¿qué es un aptapi? y ¿quiénes eran las Moreira?

Concepción, Perpetua, Soledad y Milagros Moreira, que me habían sido presentadas la

víspera, eran cuatro buenas mozas aficionadas al amor y al baile, é hijas de una mujer que había gastado su fortuna haciendo pasar buena vida al prójimo.

Fué la vida de las cuatro hembras una perpetua aventura. No necesitaron ellas de bendición nupcial para amar, ni de profesor de baile para resultar insignes bailadoras. Fruto de tales aficiones habían sido dos chiquillas y un niño repartidos entre las tres primeras y un desmejoramiento considerable en su ya mermadísima fortuna.

Concepción fué la primera víctima. Después de una tempestuosa pasión, desapareció de la noche á la mañana su galán dejándola madre y abandonada. No por eso se desconcertó la moza, ni se deshizo en lágrimas como día nublado, sino que crió á su hija y continuó bailando, aunque su cuerpo fuera menos esbelto y sus ojos menos brilladores que antes.

Perpetua, lejos de consagrarse á los amores eternos y románticos que han hecho célebres á tantas enamoradas parejas, amó cortas temporadas á todos los buenos mozos que tuvieron la suerte de caerle en gracia, hasta

que al fin topó con uno á quien quizo de veras y que, en pago á su cariño, casóse con otra, á pesar de que Perpetua le había dado dos bellas chiquillas rubias, de las cuales una murió.

Á Soledad, un *bien plantado*, dióle con acompañamiento de concertina y de guitarras, *gallos*, en que se le cantaban tristes de una tristeza capaz de hacer llorar las rocas. La muchacha siguió el ejemplo de sus hermanas; fué caritativa con aquel pobre mozo que andaba cabizbajo y pensativo y al fin, como á las otras, nacióle un chico precioso.

La casa comenzaba á llenarse mucho y la madre previno á sus hijas que tan exagerado aumento de población era peligroso. Las niñas prometieron enmendarse, pero continuaron bailando.

La única que permaneció indemne fué pues Milagros, y á fe que merecía tal nombre, quien como ella llevaba un par de ojos negros como el fruto de la *mora* y unos labios rojos como el fruto del café.

La vida de las Moreira tan sólo era turbada por el padre, dipsómano y camorrero, que vivía en una propiedad pequeña situada en

las faldas de una montaña aislada y salvaje, y el cual se presentaba en la casa cada seis meses, emborrachábase y daba una paliza á madre é hijas; á aquella, por ser madre de tales hijas y á éstas, por ser hijas de tal madre.

Los *aptapis* son días de campo que pasan varias familias, cada una de las cuales lleva algo de lo que se ha de beber ó de lo que se ha de comer.

En aquella ocasión, las Moreira habían llevado los picantes; las Meruvia el costillar; dos hermanas solteronas, Carmen y Trinidad Quevedo, la chicha; la mujer del juez de Partido, un puchero y la maestra de escuela unas nuevas peteneras que cantó detestablemente, acompañada por la guitarra de Eusebio Toro. D. Eleuterio, que se dignó acompañarme solo, pues su familia menospreciaba á gente tan alegre, puso en compañía de los hombres la cerveza y un aguardiente que juraba ser de una uva purísima.

Partimos á la una del día á la chacarilla del presidente de la Municipalidad, llamada pomposamente « la Quinta de los nogales », sin embargo de que no tenía sino un sólo ejemplar de tales árboles. Marchábamos bullicio-

sos y alegres; ellas vestidas de quimón floreado ó de satén blanco, ellos de claro, con sombreros alones y una flor en el ojal de la americana. Los hombres de la orquesta caminaban detrás con los instrumentos bajo del brazo: el pistón yacía en una funda gruesa, el violín dormía en su negro ataúd y las guitarras enseñaban alegremente sus caderas, sin pizca de pudor.

Apenas abandonamos la villa, púsose la gente joven á recoger romaza; llenáronse los pañuelos con ella y bien pronto muchachas y galanes corrían persiguiéndose por senderos y caminos, jadeando y riendo...

Yo permanecía serio, pero Milagros Moreira dió al traste con mi gravedad, arrojándome un puñado de romaza. Perseguíla,... corrimos largo tiempo saltando zanjas, salvando setos é internándonos por senderos, hasta que, al fin, la cogí, le robé el resto de romaza que llevaba, y luego de sofocarla á mi sabor y de llenarle el cuello de granillos, mientras ella pedía misericordia, le di un par de sonoros besos en las frescas mejillas, sin que ella se ofendiera por tal cosa.

Un cuarto de hora después llegábamos á

la quinta, con gran alboroto, en tanto que la orquesta ejecutaba un bolero.

Guardaban la entrada de la *chacarilla*, dos enormes cactus, cuyas hojas verdes festoneadas de amarillo se doblaban con elegancia y enseñaban sus negras y aceradas garras como otras tantas amenazas.

La casa tenía dos pisos y un ancho corredor con pavimento de madera. Pintada de gris perla, colmada de enredaderas que así trepaban por las paredes serpenteando, ó parásitas á un tronco ó enroscadas á una columna caían con donaire; amorosamente enlazada por una luenga parra de pálidos racimos, resultaba la casa, sin embargo de hallarse bastante deteriorada, pintoresca y agradable á la vista.

Habíase terraplenado un claro en la huerta para facilitar el baile y entre naranjo y naranjo y limonero y limonero, tendido cadenillas de polícromo papel.

El costillar crepitaba en la ancha parrilla, los picantes de pollo y de conejo yacían en grandes fuentes oblongas. Veíanse extremidades gordas que incitaban el diente : piernas y doradas alas, con piel surcada de

granitos, pechugas color de marfil entre ensaladas pletóricas de cebollas y de *locotos* picados. Los conejos amontonábanse sobre las fuentes, y cierto vaporcillo se alzaba de sus calientes cuerpos á manera de un largo suspiro; la *chicha*, pálida como anémica criolla y ardiente como una jamona, burbujeaba en obesos cántaros; el *pisco* y el vino locupletaban damajuanas ventrudas; y una formidable batería de cerveza alineábase en triple hilera sobre una mesa arrimada á la pared de la casa.

En un comienzo bailáronse valses que la orquesta interpretaba á su manera, con cierto dejo de danza criolla y cierta melancolía. *Al pie de la cruz del valle*, *Risa y llanto*, *La última mirada*, quejábanse en los violines, suspiraban en las guitarras y sollozaban en el contrabajo. Dábaseles cierta pereza, cierta languidez que permitía á la maestra de escuela moverse sensualmente y á Milagros Moreira balancear las caderas...

Sirviéronse los picantes y escancióse la *chicha*. La orquesta paró un momento y cada cual se dedicó á trinchar filamentos exquisitos de pollo ó gordas extremidades de conejo.

Lloraban algunas niñas al saborear el *locoto*, picante é incitador á un tiempo, así como lloran en los amores prohibidos, pero luego la *chicha* apagaba la llama que los ajíes habían puesto en las rosáceas lenguas y en los turgentes labios.

El telegrafista y Carlos Artero con su mujer llegaron oportunamente, cuando se servían los primeros platos de picantes. Venían, según dijeron, con un hambre canina y no se habían reunido antes con el resto del concurso por razón de un bautismo pobre sin campaneo, sin música y sin libaciones; un verdadero fastidio, pero del cual era imposible excusarse.

Carlos Artero había sido el amante de Perpetua Moreira. Cuando entró, mirólo aquélla fijamente, y sus grandes ojos verdes é inexpresivos reflejaron durante un momento una dureza de que no les hubiera creído capaces. Artero, un buen mozo en la extensión de la palabra, había casado por interés con una mujercilla insignificante en extremo. Llamábanla *polvorilla* y se la sindicaba como autora de las calumnias y de las tres cuartas partes de los chismes que corrían en la villa.

Artero se dió maña para no saludar á las Moreira, pero su mujer, al pasar por delante de Perpetua, hizo un mohín de soberano desprecio.

Los picantes resultaron espléndidos. Enormes patatas cubiertas de salsas naufragaban en un caldo oleoso y aromático. Huevos duros, limones cortados en rajillas, aceitunas y panza cocida hasta tornarse en suavísima, hacinábanse junto á ruedecillas de cebollas. Los platos hallábanse rebosantes y aquella gente de estómago sano, daba cuenta de su contenido con placer gastronómico. La *chicha* colmaba los vasos y apagaba deliciosamente la picazón de los ajíes.

Todo el mundo bebía á mi salud.

— Por Ud, Dr. Rojas.

Milagros me decía sacudiendo el vaso :

— Salud, pues.

Y la maestra de escuela exclamaba :

— Con *usteps*.

Y entre salud y salud, animábanse los ojos, encendíanse las mejillas, la lengua decía lo que sin la acción del licor amarillo no se hubiera atrevido á proferir, las manos se busca-

ban. Sobre el suelo vestido de hojas frescas y secas, los pies giraban, se sacudían sin cesar, vacilaban, trazaban en el aire un caracol ó herían la tierra con taconeos y golpes de plantas.

Agitábanse los pañuelos, los violines, entre pizzicattos y vibraciones sentimentales de las cuerdas primas, quejábanse como una mujer que gusta de amores dolorosos, y las guitarras llevaban el acompañamiento alegre, mientras la voz gruesa de Eusebio Toro cantaba :

Cuando me beses, besa
con toda tu alma,
y luego, dame un beso
que sea la YAPA.

* * *

Milagros me sonreía dulcemente y yo sentía por ella cierta sospechosa ternura, que ponía mil deseos en mis ojos, en mis labios, y en mis manos. La muchacha, que no se pasaba de bonita, llegaba á parecerme hermosa y allí, bajo los árboles frondosos, tentadora... Fué mi pareja obligada, bien que

pesara á más de uno de los tenorios lugareños, que me miraban con malos ojos. Ella por su parte no se demostraba esquiva á mis galanteos. Pasábame el perfumado pañuelito por la cara, cuando girábamos en las bailecitos de tierra y estrechábame la mano en los cambios, en tanto que aquellos señores, gritaban á voz en cuello : ¡ tres, tres !

Su vestido claro y ligero dibujaba contornos y morbideces encantadoras y apetitosas como fruta de la estación, sus cabellos crespos y un tanto alborotados por nuestros juegos anteriores rozábanme la cara con roces de seda perfumada que me estremecían y me incitaban. Milagros bailaba, además, con tanta gracia, quebraba el cuerpo con tantísimo garbo esencialmente criollo, que yo me sentía dominado y capaz de renunciar candidaturas á todas las diputaciones de mundo, por estarme allí haciendo la rueda á aquella buena moza.

Por momentos descansábamos y sosteníamos íntimas conversaciones en tanto que la música de los bailecitos, poníanos alegres.

— ¿Sabe Ud. que estoy mas enamorado que...?

— ¡Ah, sí! de la Trigo, de la Montes de Oca, de Carmen Meruvia.

— Nada de eso, de usted...

— ¡Ay, Jesús! ¡Cómo mienten los hombres!

— Las que mienten son las mujeres. Un candidato á la diputación dice siempre la verdad. ¡Estoy enamorado de Ud., atrozmente enamorado!

— ¿Si? ¿quién lo creería?

— Ud. lo va á creer. ¡Soy capaz de jurárselo!

— No perjure.

— Necesito saber si Ud. me quiere un poquito, nada más que un poquito.

— *Antojo*, no faltaba más, ¿qué ha hecho, para hacerse querer?

— Pues, estarme muriendo con las ganas de darle un abrazo y un beso más fuerte que ese otro que le dí.

— Le va mal donde vuelva á hacerlo.

— ¡Qué mala es Ud., pero no me importa! Si Ud. no me autoriza para ello, la beso aunque no quiera.

— ¡Á que no!

— ¡Á que sí!

— Bueno, pero no delante de tanta gente.

— Es que nos vamos á un rinconcito de la huerta, á un bosquecito donde nadie nos vea.

— ¡Ay, por Dios! ¿y si alguien nos mira?

— No, ya verá que no.

— Bueno, pero...

— Vamos, vamos Milagros, Milagritos, y á pesar de sus protestas, la conduje á una glorieta cercada de arbustos y allí me la comí á besos, en tanto que ella languidecía los ojos color de vino añejo.

No me digas trigueña
que estás cansada,
pues siempre tendrás fuerzas
para la YAPA.

*
* *

Las mujeres quebraban el cuerpo y los hombres *talaqueaban*. Es el talaqueo un zapateado fuerte semejante al de la cueca, en el cual ponen los don Juanes de provincia especial esmero, en tanto que la gentil pareja se mueve con escorzos de todo el busto, inclinaciones de cabeza y vaivén de caderas.

Perpetua atraía algunas veces mi atención.

No perdía de vista á Carlos Artero. Sentada junto á una mesa, vaciaba copa tras copa de aguardiente; subíasele el color á la cara y sus manos nerviosas iban poco á poco desarreglando su peinado. Se lo hice notar á Milagros.

— Mire como está su hermana.

— Pobrecita, quiere olvidar que el canalla de Artero la engañó; pero no puede. ¿Sabe Ud. cómo fué eso?

— Sí, me lo han contado.

— Así son ustedes los hombres, mentirosos, traidores...

— Y yo ¿qué le he hecho á usted, para que me incluya en el común de mártires?

— Me ha dicho que me quiere y es mentira.

— La quiero á Ud., la...

— Calle, calle, no diga lo que no es cierto... Podría lastimarme el corazón y si luego resultase falso todo eso, yo no sé lo que haría.

— Pues, ¿que haría usted?

— Lo mataría.

Eusebio Toro cantaba á voz en cuello:

No me pagues mal,
¡Ay, amor del alma!

Carmen Meruvia me miraba, como si dijera : Oye ese canto, ingrato...

Milagros contemplábala con aire de desafío y exclamó con vehemencia :

— Se ha fijado ¿qué ridícula es la presumida de la Meruvia?

— No me parece. Es una muchacha simpática.

— Ah, ya comprendo, ustedes están en grandes amores... ¿Por qué no se va á bailar con ella?

— Pues, porque quiero bailar con usted.

Milagros, entretanto, como si quisiera vengarse de mí, alzó un vaso colmado de cerveza y dirigiéndose á un joven bien parecido gritóle :

— Con Ud. Arturo, — y apuró todo el vaso de cerveza.

Cosa extraña, sentí celos... Yo que estaba enamorado de Inés, yo que sentía compasión por esas pobres muchachas, que apenas les concedía belleza prestada por el hermoso día y por la juventud, experimenté un rapto de cólera. Tuve ganas de pegará aquella tonta que pretendía darme por rival á un palurdo de esos, y como la revancha es

agradable, dejé el asiento que ocupaba junto á Milagros y fuí á sacar á Carmen Meruvia.

El Dr. Sarmiento, que no gustaba del baile, permanecía junto á una mesa locupletada de botellas vacías, discutiendo con don Eleuterio sobre la fecundidad de los insectos y otros temas no menos interesantes, pero al fin la gente entusiasta obligólo á que bailara. El doctor ofreció el brazó á la mujer de Camargo, y, saludado por una salva de aplausos, marcó el paso de un bailecito despertando la hilaridad general, pues bailaba tieso, serio, casi sin batir el pañuelo.

Tan pronto como hubimos terminado el bailecito, dirigióse á mí y me endilgó todo un discurso sobre las maravillas de aquella tierra.

— ¿Ha notado Ud. qué plétora de vida hay aquí? ¿Ve usted un pájaro? está trabajando su nido; ¿ve usted un venado? va en busca de su compañera, ¿encuentra una víbora?, es que está acosada por los machos. ¿No le parece admirable?

— Como en todas partes, amigo.

— No, señor, aquí hay vida, mucha vida.

Don Eleuterio me obligó á bailar de nuevo

con Milagros, que evitaba el mirarme y prodigaba sonrisas al buen mozo.

— Donde vuelva usted á mirar á ese imbécil...

— ¿Qué?

— La pego.

Trinidad Quevedo atravesó de un extremo á otro de la huerta para invitarme una copita de aguardiente. Bebíla á salud de Milagros para que ésta me pagara. Hízolo la muchacha y esta vez sus ojos húmedos y acariciadores no esquivaron huraños á los míos, sino que los envolvieron en larga mirada de desagravio.

— Eras capaz de *pagarme* bebiendo á la salud de ese...

— ¿Eras? ¡qué manera de tutearme!

— Puesto que nuestros ojos se tratan de tú, es mejor que los labios hagan lo mismo.

— Bueno, pero no seas celoso...

De pronto, oyóse un disparo y se desató una bulla infernal, y Milagros, deshaciéndose de mis brazos, exclamó convulsa: mi hermana... mira...

Una bala acababa de herir mortalmente á Carlos Artero, el cual yacía moribundo en

brazos de su mujer que chillaba como una loca.

La sangre de un rojo vivísimo manchaba la blanca camisola del buen mozo, que casi perdía el conocimiento de dolor. El médico, arrodillado al lado del herido, procuraba restañar la sangre con manos temblorosas.

Carmen Meruvia preguntaba á todo el mundo : pero, ¿cómo ha sido eso? y la maestra de escuela sollozaba estrepitosamente.

La mujer de Artero irguióse un momento y exclamó : ¿pero qué hacen que no toman á esa *grandísima...?* y aquí profirió la palabra más fea del diccionario español.

Perpetua, medio ebria, había arrojado el arma lejos de sí y rodeada por sus hermanas lloraba y se retorcía, en tanto que Milagros exclamaba — pero ¡ qué has hecho, por Dios !

Entre tanto, Artero se moría, en un charco de sangre.

La desgracia parecía casual. El Dr. Camargo había comprado durante su último viaje á La Paz un revólver Colt que enseñaba á los circunstantes y en cuyo mecanismo no se hallaba ejercitado. De manos del juez pasó á las de don Eleuterio, luego á las de

un joven, y, finalmente, á las de Perpetua que examinaba el arma con extraordinaria curiosidad. De improviso, oyóse el disparo, y una de las balas que contenía la caserina fué á herir á Artero el cual se desplomó llevándose las manos al pecho, en tanto que la homicida daba un grito.

Un momento después, los grandes ojos del criollo comenzaron á apagarse bajo aquel cielo azul claro que palidecía con desmayos de color violeta. Su rostro tornóse lívido, un estremecimiento prolongado agitó su cuerpo, breve estertor conmovió su pecho y su garganta, y sus grandes ojos quedaron inmóviles y fijos allá arriba, como si hubieran de reflejar eternamente la cerúlea agonía del infinito.

VIII

La muerte de Artero conmovió profundamente á la reducida sociedad de la villa. Para unos sólo un impulso criminal podía haber determinado á Perpetua Moreira á oprimir el resorte que debía dar sólida al proyectil. Para otros, eran el acaso, la casualidad, el destino; todas esas entidades abstractas creadas por la fantasía humana, á las cuales se atribuye una ingerencia más ó menos directa en la vida de las personas, las que misteriosamente, por un fatalista cúmplase de puño y letra de un autócrata invisible, habían encaminado aquel proyectil de acero á albergarse en el robusto pecho del buen mozo.

Algunos calificaban á la homicida como á

una criminal sin corazón y sin entrañas, otros la conmiseraban, creíanla pobre víctima de su mala estrella, ó, como decía el poeta Rodríguez, *inocente ejecutora de su negro sino.*

El entierro tuvo proporciones extraordinarias. En la imprenta de *La Voz del Pueblo* timbráronse con singular esmero las esquelas fúnebres con que el vecindario de la población debía ser invitado para concurrir á la traslación de los restos mortales del malogrado Artero, y á las cuatro de la tarde, hora en que debía partir el cortejo, toda la gente de valer, vestida de riguroso luto, se agrupaba junto á la casita alegre, con ventanas andaluzas de reja y enredaderas, en la cual veíase la colgadura negra balanceándose mecida por la fresca brisa de Abril.

Una anciana de cabellos blancos se despidió á gritos del grosero ataúd que de la cámara mortuoria sacaban los parientes del difunto, ataúd que debía ser llevado en brazos, por carecer la ciudad de carros funerarios, hasta la misma puerta del panteón, y digo panteón, porque panteón y no cementerio llaman los de la heroica villa al lugar en que

van á dormir el sueño eterno sus ilustres muertos.

Bajo el claro y riente sol de aquel día, partió el cortejo fúnebre en dos alas de dobles hileras. Á la derecha iban los hombres, en su mayoría de largas levitas y de altas chisteras. Á la izquieda las mujeres, con el clásico manto prendido en la espalda ó sobre el seno, el pañuelo enjugador del llanto en las manos, que lucían guantes de punto, y una lágrima sincera en los ojos, lágrima que caía silenciosamente levantando un surco de polvos en la tez de las pálidas mejillas.

Apenas había caminado el cortejo un par de cuadras, cuando el Dr. Sarmiento hizo señal de que éste se detuviera, y desplegando un legajo de papeles, comenzó un discurso fúnebre :

— « Señores :

« Nos encontramos ante el misterio de la muerte, ante ese arcano en el que se estrella la ciencia y ante el cual enmudece la razón. En vano la cirujía ha pretendido sorprender en las vísceras aun calientes de los cadáveres, en la última palpitación de las entrañas, el secreto de la vida. En vano la patología y la

terapéutica han indagado al través de los siglos la naturaleza de los males y buscado los remedios para los mismos. La muerte, burlando esos esfuerzos seculares de los mártires de la ciencia, continúa y continuará segando la vida humana con su hoz implacable.

« Ahí está ese hombre, señores, muerto en plena juventud, hundido en el seno del *nirvana* en plena virilidad, sin que la ciencia haya podido detener un instante á la eterna vencedora, sin que haya podido mitigar la dolorosa intensidad de los postreros estertores.

« Irá á fecundar la tierra, irá á germinar flores en el seno de la madre común, como dice el poeta, servirá de abono á la vegetación del cementerio, el que pudo haber servido largos años á su patria.

« ¡Ah, señores!

« El concurso había sentido un estremecimiento al oír aquella terrorífica pintura. Para él, el médico de la villa era un pozo de ciencia, y los términos técnicos que empleaba, daban mayor realce á su discurso.

El médico, luego de atusarse los largos bigotes, continuó :

« Extraño sarcasmo del acaso. Un pedazo de acero homicida, dirigido por la mano inconsciente de una mujer destrozando una existencia vigorosa, llenando de dolor y de luto el hogar respetable de una matrona.

« ¡Ah, señores! no tengo palabras para lamentar esta desgracia. Réstame únicamente el deplorarla!

« ¡Carlos! ¡querido amigo! ve á dormir el eterno sueño en el silencio imperturbable del camposanto; ve á nutrir la madre tierra con la vida evolutiva de los gérmenes que aun queda en la sangre de tus venas y en la carne de tus despojos, desfigurados por la rigidez cadavérica, y recibe, como postrimera ofrenda estas *dicotiledóneas* y estas *criptógamas* fraganciosas, que en simbólica guirnalda deposito sobre tus despojos »

Y al decir esto, el Dr. Sarmiento, dejó una pequeña corona de flores naturales sobre el ataúd de Artero.

Roto el silencio con aquella oración fúnebre inicial, sucediéronse discursos en cada esquina. El Foro, la Justicia, la Administración y la Municipalidad tenían constituídos sus representantes. Don Otto Silver habló en

nombre de la colonia alemana en tanto que « Mein Freund », aullaba lastimeramente. Don Elesván Martínez, con la manera que le era peculiar, exclamó ya cerca al panteón: — que puesto que casi todos los vecinos habían hablado, él también hablaba, porque era de lamentar que un jayán como Artero se hubiese muerto así de repente, pero que á lo hecho pecho, que lo único que restaba era castigar á la bribona que había causado su muerte, porque para él no habían casualidades ni cosa que se les pareciera. Aquello había sido intencionado, él metía su brazo al fuego, de que la balita iba dirigida con pésimas intenciones, y al decir esto, puso bruscamente una hermosa corona de jazmines, sobre el negro ataúd. — Son, — dijo, — estos jazmines de mi jardín, cultivados por mí y los dejo sobre la caja que encierra los restos del pobre Carlos, como una prueba de lo mucho que lo quise.

Continuó el cortejo ondulando por las callejas estrechas y tortuosas, castigado por el sol que se miraba en las chisteras de los hombres y ponía lustre en las sombrillas de las mujeres, hasta que, al fin, al extremo de una pe-

queña alameda, se distinguieron los negruzcos é irregulares muros del panteón, por sobre los cuales, se erguía con grandes pretensiones una torrecilla techada de rojizas tejas y en la cual dos pequeñas campanas doblaban dolorosamente.

Abrióse la maciza puerta de la última morada y en torno á la capilla distinguí pobrísimas tumbas fabricadas de ladrillo y estuco, que se prolongaban á manera de un banco, ó simples cruces podridas y apolilladas, que abrían sus míseros brazos entre yerbas rastreras, ávidas de prender sus bejucos sobre la madera seca.

Á trechos veíanse espigas balanceándose en la extremidad de sus tallos. Una mula flaca que enseñaba cierta horrible matadura sobre el anguloso lomo, y que se recreaba comiendo la cebada, crecida probablemente del estiércol de otras bestias, echó á correr, espantada, tan pronto como vió aquella procesión negra que avanzaba ceremoniosamente hacia la capilla.

tin, tin tin tin tan...
Tan, tan tan tan tin

Y cierta impresión dolorosa me aquejó al contemplar tal cuadro y al ver un buitre que alzaba el vuelo de un ángulo del cementerio.

No sé por qué pensé en la pobreza de tal enterratorio expuesto á las incursiones de los animales; comprendí la tristeza infinita de ese camposanto, en el que yacían los muertos de la villa después de haber llevado la trabajosísima y monótona vida de provincia, sin energías, sin amores, sin esperanzas; acostumbrados al tedio, habituados á la insignificancia y resignados á pesar de todo á su prosaica existencia, con cierto fatalismo y cierta estupidez.

Siendo como era tan fecunda la tierra en aquella región de naturaleza privilegiada, bien podía haberse cultivado un jardín en el cuadrilongo que guardaba los restos de los que habían habitado la ciudad. Bien pudieron los magnolios alzar sus robustos árboles en simétricas hileras, formando avenidas llenas de sombra y de frescura y los jazmines pálidos y tristes abrir sus corolas junto á las humildes tumbas, mientras que las enredaderas de florecillas blancas hubieran enlazado el cuerpo de las pobres cruces. Nada de eso

había. El suelo hallábase vestido de yerba y en torno á la capilla oscilaban las espigas brotadas del estiércol de las bestias.

*
* *

Cuando el juez, al organizar la sumaria, tomó la indagatoria á Perpetua, hallábanse reunidas muchísimas personas en el estrecho local del juzgado.

La mujer de Artero insultaba á boca llena á la joven, que guardaba silencio. Junto á la infeliz sólo se hallaban sus hermanas, pálidas y tristes como ella. El resto del concurso se agrupaba en torno á Polvorilla.

Era el Juzgado de Instrucción de la villa, una habitación blanqueada al temple, sucia y oscura, en cuyas paredes se extendían y prosperaban telas de araña y en cuyos ángulos y cornisas todos los insectos clasificados por la zoografía trabajaban sus viviendas en alto relieve ú horadaban el grueso adobe, abriendo galerías subterráneas. Tan pronto un escorpión (alacrán), levantaba la ponzoñosa cola en alto, como un escarabajo caía sonoramente sobre el maderamen de la pieza

y quedaba patas arriba, agitándose como si se hallara prisionero en su pesado caparazón.

En un antiquísimo estante dormía el sueño del polvo el archivo, compuesto de expedientes altos, cosidos con hilo negruzco y cuyo papel amarillo parecía pergamino en parte por su vejez y en parte por el agua de las goteras que se habían en el techo á flor de pared y que caían silenciosamente sobre el blanqueado de la pieza, como por las descarnadas mejillas de una vieja pintada se deslizan las lágrimas. Algunos de aquellos legajos de papeles ostentaban quemaduras en los bordes, otros, hallábanse como roídos por los ratones.

El juez de primera instancia era un hombrecillo obeso y calvo. Destacábanse en su cara pálida y flácida los poblados mostachos castaños que se descolgaban melancólicamente de una nariz gruesa é irregular y sombreaban la boca de labios gruesos y sensuales, y, las antiparras, que velaban perpetuamente sus ojos é impedían que los reos y los que demandaban justicia pudiesen darse cuenta de las impresiones de aquel ente original.

Vestía un largo jaquette, de aquellos con-

denados, á pesar de las protestas de los años que siempre recuerdan su acción, á una inmortalidad poco gloriosa y unos pantalones anchos, lustrosos como espejos de gastado azogue, y adornados, además, por orgullosas rodilleras. Su corbata negra, un tanto desflecada, encaramábase por encima del enano y sucio cuello de la camisa, y un botón con brillante falso y apagado pretendía ocultarse avergonzado en el amplio ojal de la misma.

Sus manos gruesas, blandas, grasientas, con las uñas de luto, acariciaban los expedientes como se acaricia una querida, y sus pies rechonchos, calzados por botines de grueso cuero se hundían en un felpudo rotoso.

Invitó á salir á la mujer de Artero y á la mayor parte de los circunstantes para comenzar la indagatoria.

Permanecimos, pues, en la calle, formando corros los hombres, y procurando escuchar lo que allí dentro se decía, las mujeres.

Poco tiempo había trascurrido, cuando oímos un grito y luego, detuvóse en los umbrales del Juzgado Perpetua Moreira, que nos llamaba á voz en cuello. Hallábase la pobre

uera de sí, sus grandes ojos verdes parecían querer saltársele de los ojos y su mantón de merino negro, habíase deslizado de la rubia cabeza y caía sobre los hombros.

— ¡Vengan ustedes, vengan!

Y tan pronto como hubimos entrado de nuevo á la habitación, exclamó dirigiéndose primero á Polvorilla y en seguida ó nosotros:

— Oiga Ud., señora, oigan ustedes ¿saben por qué lo maté á Carlos? porque lo mat éde intento, ¡lo maté de intento, sépanlo! ¡Lo maté por que era un canalla! Porque me abandonó, á mí que era su amor, por esa (y señaló á Polvorilla), que lo compró con los reales que habían hecho ella y su madre emborrachando á los hombres y robando.

Y usted, señora, que quería despreciarme porque no supe comprar hijos ridículos, como los suyos, no vuelva á ponérseme delante y no me vuelva á insultar con su lengua de víbora, porque puede usted seguir el mismo camino...

Polvorilla quiso precipitarse sobre Perpetua que la esperaba valerosamente, pero ambas fueron contenidas, mientras el juez

llamaba dos policiales y exclamaba, señalando á Perpetua :

— Llévenla al calabozo.

*
* *

Y así fué como Perpetua Moreira marchó á la cárcel.

La cárcel de la villa hallábase divida en dos compartimientos. En el de la derecha se hacinaban los hombres, y en el de la izquierda encerrábase á las mujeres criminales.

Allí tejían labores raras y bayetas las indias infanticidas ó uxoricidas ó las simplemente ladronas, aquellas que habían cometido un sencillo abigeato ó las que, sorprendidas *infraganti* en una sustracción de especies, se hallaban condenadas á una especie de prisión perpetua por no haber quien las sacara mediante la fianza de estilo, ó sencillamente, porque no podían pagar el valor de las cosas robadas. Los inconcebibles absurdos de las leyes españolas y coloniales, eran de esta suerte expiados por esas infelices. Muchas veces recibía el mismo castigo la que robó algunas cabezas de plátanos, que la que

asesinó á su marido, de acuerdo con su amante, en un sombrío drama pasional.

La mayor parte de esas mujeres, así como las mestizas, pasaban las horas muertas echadas al sol y espulgándose. La suciedad de todas ellas era espantosa. Sus largos cabellos lacios, casi grises por la tierra que llevaban adherida, enredábanse en la desgreñada cabeza y caían luego sobre el seno medio desnudo. Los andrajos que las cubrían habían perdido el color. Sus pies descalzos, ásperos y groseros presentaban en la mayor parte de ellas escoriaciones y úlceras atónicas ó fagedénicas que supuraban perpetuamente y que jamás se cerraban.

Algunas daban de mamar á chiquillos asquerosos, desfigurados por la viruela, con la cara poblada de carachas ó aquejados de una especie de sarna.

Las cholas, tan sucias como las indias, formaban un grupo, despotizaban á éstas y resultaban en conjunto más repugnantes. La mayor parte eran prostitutas y alchólicas. Agresivas é insolentes, por una nonada decíanse injurias horrorosas, insultos que hubieran hecho ruborizar á un sargento.

Entre ellas veíase á una jovencita medio rubia que se peinaba todos los días con un peine de hueso, mirándose en el agua con que colmaba una palangana de barro, rota por la mitad, que ella colocaba de cierta manera apoyándola en un trozo de ladrillo.

Mientras se peinaba, cantaba con voz nasal y monótona un triste lleno de ayes y luego quedábase silenciosa y comenzaba á tejer una *malla*, especie de labor de punto grande, hecha de hilo, y que semejaba vagamente la extremidad un tanto rala de ciertas telas de araña.

Hallábase allí por infanticida.

Continuamente, sentíase un olor nauseabundo en el recinto de la cárcel, sin que jamás las autoridades se preocuparan del aseo de tal foco de infección.

Y como no siempre había facilidades para la traslación de los delincuentes al Panóptico de La Paz, permanecían muchas veces años enteros en tal chiquero humano, ó morían diezmadas por las pestes y las enfermedades infecciosas.

Allí debía permanecer Perpetua, hasta su conducción á la capital del departamento.

Pero si bien su crimen había exitado indignación general, atenuada en parte por su confesión espontánea, todo el mundo convino en que la joven no podía permanecer mucho tiempo en aquella cárcel malsana.

El mismo subprefecto procuró dar de mano al asunto; el alcaide de cárcel fué cohechado y una noche Eusebio Toro acompañó á las Moreira camino de la montaña.

Momentos antes de que Perpetua se marchara, asistí á una cita que me había dado Milagros.

— Lo he citado, — me dijo, — para despedirme de Ud., porque me voy con mi hermana á la montaña.

— Pero Ud. ¿por qué motivo ha de ir á soterrarse en una finca aislada, cuando puede vivir perfectamente acá? Deje á Perpetua que vaya á olvidar su desgracia. Ud. quédese. Ya sabe que hay más de uno que la quiere.

— Por eso mismo me voy. Lo que acaba de pasar con mi pobre hermana me enseña á ser prudente.

Y la muchacha, que aquella noche estaba más atractiva que nunca, pálida y ojerosa y con las grandes pupilas negras llenas de me-

lancolías, añadió con firme y orgullosa arrogancia de sacrificio:

— Enrique: una joven provinciana tiene mucha tendencia á enamorarse de los de fuera; el aliciente de la novedad, la competencia entre las niñas cuando llega un forastero, todo eso contribuye á ello. Yo, para que voy á ocultárselo, puesto que me voy mañana muy temprano, yo estoy *aficionada* de Ud...

Pero Ud., no puede casarse conmigo, puesto que su posición y su alcurnia son muy superiores; Ud. me enamora, con el fin de hacerme su querida.

Y como yo protestara, ella continuó.

— Sí, ese es su objeto y le perdono la mala intención, porque sé que un matrimonio conmigo sería para Ud. la mayor de las calamidades. Nuestros amores no podían tener pues otro resultado que una unión ilegal, eso que aquí llaman casarse detrás de la Iglesia.

Después, vendrían los hijos y mi vida sería igual á la de mi pobres hermanas, que no solamente tienen que atender á su propia subsistencia, sino á la de sus hijos, porque

ustedes, después de que han hecho madre á una mujer, no vuelven á acordarse de ella.

Aunque lo quiero á Ud., yo prefiero ser honrada. Aquí no ha de faltar un joven modesto y trabajador que quiera casarse conmigo. Ud. no puede hacerlo, de manera que me voy á la montaña para olvidarlo.

Cuando lo haya olvidado, cuando Ud. no esté ya acá, volveré.

Ella había dicho cada palabra suave y lentamente, marcando los términos como para que se grabaran en mi memoria, dejando después de cada frase una pausa, á fin de darme tiempo à la reflexión.

Cuando terminó, permaneció aún en pie, lánguida, casi desfalleciente, mirándome á los ojos.

Yo estaba conmovido. Tanta sinceridad y tanta honradez en esa pobre niña que no había recibido sino malos ejemplos, me sorprendían.

— Milagros, — repuse, — es Ud. digna de la mayor estimación. Yo no le puedo decir que haya tenido malas intenciones; pero indudablemente el final de nuestro idilio habría sido el que dice. Respeto sus razones. Viva

tan honrada como ahora y sea muy dichosa.

Entonces ella, me extendió ambas manos, diciendo en voz baja y con los ojos ligeramente humedecidos:

— ¡ Adiós, Enrique!

Yo la atraje violentamente hacia mí y la besé en los labios. Ella cerró un instante los ojos, como saboreando la voluptuosidad de aquel beso. Luego, me abrazó, y con su último adiós yo me alejé, profundamente conmovido, al través del jardín silencioso y alumbrado por la luna en cuarto creciente.

IX

Fué en el « Bar 16 de Julio », centro de la aristocracia masculina de la Provincia, donde para ponerse de acuerdo acerca de los trabajos de mi candidatura y renovar su directorio, desfilaron, uno por uno, los miembros de la « Sociedad cívica filantrópica, popular, científica y artística ».

Aquella noche, el local parecía más grande, pues el billar que ocupaba el centro del salón había sido llevado á otra parte. En una especie de testera formada *ad hoc* y haciendo *pendant* con el mostrador, detrás del cual se alineaban en grandes armazones centenares de botellas, veíase una pequeña mesa con recado de escribir. Doble hilera de silletas

cuadraba la habitación. Colgada del *tumbado* una lámpara de kerosene, oscilaba bajo una bomba blanca de cristal con labores policromas, que le daban el aspecto de un gran sombrero chino. En las paredes, lloraban sus lágrimas blancas y opacas, bujías colocadas en candelabros de bronce.

Don Elesván Martínez, sentado cerca del mostrador, me contemplaba con aire satisfecho, como si pensara : gracias á tus bolsillos, esta noche tendré pingües utilidades.

En el asiento de la testera, hallábase altivamente reclinado don Eleuterio, presidente de la « *Sociedad cívica, filantrópica, popular, científica y artística* », á la izquierda se hallaba el secretario, y á la derecha encontrábame yo.

Á las nueve de la noche, estaban reunidas allí todas las escalas sociales de la capital.

Veíanse cabezas sudorosas, cabelludas, crespas ó de pelo lacio, pegado por veces á las sienes; otras por el contrario, como la del novio de Concepción, escrupulosamente peinadas con lociones aceitosas, reflejaban la luz de la lámpara y de las bujías; junto á cuellos sucios, en torno de los cuales, se anudaban un pañuelo de Madrás ó de seda, er-

guíanse orgullosamente cuellos almidonados, que martirizaban con sus agudas puntas la indócil epidermis provinciana. En las rodillas de algunos, en una pequeña percha ó en el suelo, yacían sombreros de todas clases : sombreros de jipijapa, sombreros alones de paño, tongos negros de alas recogidas, sombreros panamá, chisteras de elevada copa, sombreros blandos, sombreros duros y, como prenda de gran valor, encima de la mesa presidencial, un pretencioso *clac* de baile, lucía mesuradamente, como conviene á un aristócrata, la tersa suavidad de su seda. Pertenecía éste á la orgullosa cabeza de don Eleuterio, el que tan pronto como la concurrencia estuvo reunida, y sin duda á causa de haber observado que de aquella suerte, su amada prenda ocupaba mucho espacio, aplastó cuidadosamente la arrogante copa, con admiración de muchos de los circunstantes.

El sonido penetrante y argentino de una campanilla, anunció que la sesión comenzaba.

Don Eleuterio se puso en pie, el secretario apoyó una mano sobre el papel destinado al acta y humedeció la pluma en la tinta azul que llenaba un tintero de cristal blanco.

La voz de don Eleuterio se dilató sonoramente por el recinto :

« Señores :

« Pongámonos de pie para saludar á nuestro candidato. Aquí tienen Uds. al Dr. Rojas; el Dr. Rojas pertenece á esa brillante pléyade de jóvenes que en el trascurso de las *etapas* de nuestra historia ha de dar gloria á Bolivia.

« Muy joven todavía y ya miembro distinguido del foro nacional, va á llevar su palabra *conspicua*... (don Eleuterio trepidó un poco) va á llevar su palabra al Legislativo en pro de nuestros intereses.

« Digno sucesor de Cicerón, de Mirabeau, de Milton y de Castelar (don Eleuterio no dudaba que Milton hubiese sido orador) impondrá el convencimiento de nuestra causa en el ánimo de los Padres de la patria.

« La Patria, ¡señores! En no lejano día, nuestra patria ocupará el primer lugar en el concierto de las naciones, porque el sistema de las libertades y los *tópicos* de la democracia, mayormente, cuando se encuadran á la justicia y á la *sociología*, conducen el bajel del Estado á la *metrópoli* de la civilización. »

Don Eleuterio se detuvo. Jamás su meollo

había producido una pieza oratoria tan bordada de grandes términos. Él mismo se admiraba. Apoyó ambas manos en la pequeña mesa que dejó oir un alarmante crujido y continuó :

— La democracia, cuna de las libertades, tumba de los demagogos, abismo de los oligarcas. ¡ Señores! gracias á la democracia, nos hallamos en este instante reunidos para elegir un representante, y ese representante es el Dr. Rojas, que tiene el uso de la palabra.

Con el uso de la palabra concedido por Montes de Oca, pedí á don Elesván que hiciera servir cerveza á los circunstantes, y poniéndome de pie, tan luego como cada elector tuvo delante un vaso de cerveza espumosa, pronuncié una alocución, haciendo constar mis excelentes propósitos de contribuir en la medida de mis fuerzas al progreso de una provincia, en la que la naturaleza había sido tan pródiga en producciones de todo género, en materias primas que únicamente necesitaban brazos y vías de comunicación para alcanzar cifras fabulosas de rendimientos agrícolas.

Dije, que era necesario tender á través de

los incultos matorrales y de las montañas casi vírgenes dos clases de líneas : líneas férreas y líneas telegráficas y telefónicas; las primeras, para que los productos pudieran exportarse con rapidez y baratura y para poner en más inmediata relación la Provincia con la capital del departamento, y los segundos, para trasmitir nuestros deseos y nuestros pensamientos á la medida de las necesidades.

Les dije que sin esos elementos, la riqueza del suelo no podía llamarse tal, puesto que sus tesoros yacían guardados como los tesoros de un avaro; que riqueza era la que circulaba en las diferentes formas de trabajo, del capital invertido, de la producción, de la distribución y del comercio.

Terminé manifestando que ya que mis deseos eran inmejorables, esperaba que ellos me ayudarían cumplidamente.

Aunque hasta entonces no había pronunciado en mi vida un sólo discurso, parecióme descubrir en mi persona cualidades de orador. No sé si el que me sintiera superior al medio, bajo todos conceptos, dió soltura á mi lengua ó si fué algo de lo trabajosamente aprendido en las aulas, lo que se me vino á la

boca y resonó en el recinto del Bar, convertido en templo de las libertades, en forma de cláusulas casi tan fluidas como las de los discursos de mi padrino, el Dr. Menéndez.

Un hurra estruendoso acogió mis palabras; bebióse la cerveza y en seguida, se procedió á elegir la Mesa directiva que en adelante debía presidir las sesiones de la « Sociedad cívica, filantrópica, popular, científica y artística ».

Todos los circunstantes abandonaron sus asientos; formáronse grupos y camarillas para resolver el personal del nuevo directorio y un cuchicheo no interrumpido se dilató medrosamente por el Bar.

Iban de grupo en grupo los más activos conquistando votos y llevando el convencimiento al ánimo de los irresolutos, hablábanse muchos al oído, intrigábase, se accionaba, se amenazaba.

Algunos pretendían que la presidencia fuera ocupada por un abogado, de suerte que opinaban porque se eligiera al Dr. Martínez, un tinterillo de grandes pretensiones que había sabido imponerse; otros suponían que el candidato más á propósito sería un gran propie-

tario y como tal discernían su voto en favor de don Cosme Encinas, enorme mulato de grandes mostachos, que poseía tres ó cuatro propiedades rústicas de subido precio y que á pesar de ser casi analfabeto, se creía competente para desempeñar todos los cargos, aun aquellos que requerían conocimientos profesionales; finalmente, creían los más que la dignidad de la presidencia sólo podía caber dignamente en la personalidad de don Eleuterio Montes de Oca y prometían sufragar por él.

Terminado el cuarto intermedio volvieron perezosamente á sus asientos mis importantes electores, escuchóse de nuevo la voz metálica de la campanilla, y don Eleuterio anunció que se iba á proceder á la votación para presidente, en tanto que el secretario repartía papeletas en blanco á fin de que cada uno de los presentes escribiera un nombre.

Luego, el aristocrático *clac* de don Eleuterio con la copa levantada, sirvió para recoger los papelillos que contenían el voto y que cuidadosamente doblados cayeron con toda suavidad en el forro de seda de la elegante prenda.

El secretario leyó con voz grave y sonora el nombre de cada uno de los favorecidos.

Oíase alternativamente pronunciar los nombres de los tres candidatos : don Estanislao Martínez, don Cosme Encinas y don Eleuterio Montes de Oca. Hecho el cómputo, resultó victorioso don Eleuterio por simple mayoría relativa, de suerte que fué proclamado presidente en propiedad.

Posesionado solemnemente de su cargo, procedióse á las elecciones de secretario, y tesorero, que fueron llevadas á cabo con iguales formalidades.

Una vez constituída la mesa directiva, bebióse, en un nuevo cuarto intermedio, una copa de *pisco* y luego, abierta la sesión, se tomaron serios é importantes acuerdos, como eran : dar á cada uno de mis futuros electores la cantidad de dos bolivianos, de los fondos enviados por mi tío para los trabajos electorales ; evitar por todos los medios posibles el cohecho por parte del partido oficial (reservándose el derecho de cohechar á su antojo) ; oponerse, aun cuando fuera por la fuerza y á mano armada, á la coacción que ejerciera la subprefectura ; publicar un

largo manifiesto en el que se diría pestes de los gobiernistas y de los principios liberales, haciendo constar que el Gobierno tenía los *nefandos* propósitos de profanar y adulterar la Constitución Política del Estado, proclamando mediante su influencia en el Congreso la libertad de cultos, el matrimonio civil y otras *asquerosidades* por el estilo; pasar una circular á los curatos de la Provincia para que obligaran á su feligresía á sufragar por mí; ofrecer á los administradores de las propiedades rurales una prima de cincuenta centavos por cada indígena que lograran llevar á las ánforas; dar á luz un periódico manuscrito en el que se narrarían circunstanciadamente todas las oprobiosas acciones de Manuel Garabito y, finalmente, reunirse la víspera de las elecciones para lo que fuere preciso.

Nombróse, además, una comisión directiva de las elecciones, que se encargaría de todos los trabajos acordados y que debía presidir don Eleuterio, y á las diez de la noche, fué clausurada la sesión con general aplauso de los asistentes.

La cerveza comenzó á correr á torrentes, vaciadas las baterías que formaron á uno y

otro lado del mostrador ; el *pisco*, que en las botellas parecía una inmensa gema de una sola faceta que reflejara tentadoramente la luz del Bar, había colmado docenas y más docenas de copas.

Don Cosme Encinas que sin embargo de tener una cabeza muy grande, era débil y se emborrachaba fácilmente, decía dirigiéndose á un muchacho pálido y lleno de granos, presunto yerno suyo :

— Ché, dame ojén.

Y su futuro hijo político, cogía una botella blanca, de un blanco de leche, llenaba una copa hasta los bordes, en tanto que don Cosme miraba con delicia chispear el licor opalino. Vaciaba el contenido, inclinaba la cabeza, y pasado un rato, volvía á repetir la frase :

— Ché, dame ojén.

El abogado Martínez, que tenía el vino cariñoso, me abrazó varias veces y llegó en su entusiasmo hasta intentar besarme. Lo rechacé con fuerza, cayó cuan largo era y se puso á roncar tranquilamente con la cabeza metida bajo una mesa.

Don Serafín Rodríguez recitaba sus de-

testables versos, Montes de Oca bordaba comentarios alrededor de los *mandarines* del mundo entero y don Elesván Martínez contaba con lenguaje pintoresco chistes andaluces.

Muchos de los concurrentes habían abandonado sigilosamente el Bar, en tanto que otros se empeñaban en beber sin tregua.

Oíanse tristes cantados á *sotto vocce*. Algunos marcaban el compás de un *guaiñu* ó de un *bailecito* sobre las mesas del Bar, cuando, de pronto, la voz de Eusebio se dilató amorosamente :

— Vamos donde las *chacalaris*.

La proposición fué unánimemente aceptada.

Sentí que me cogían del brazo. Pusímonos en marcha.

Las calles oscuras y escuetas, que parecían bostezar perezosamente, en la noche tibia y llena de quietud, exhalaban á manera de hálito, ráfagas de niebla.

El silencio de la ciudad dormida era turbado por nuestros cantos y por los sendos golpes que se descargaban sobre las puertas de las tenduchas en que habitaban mujeres de vida alegre.

Por fin, llegamos á la tienda de las *chacalaris*. Cayeron sobre la madera de las puertas, puños y bastones, al mismo tiempo que tres ó cuatro voces aguardentosas gritaban:

— Abre, Manuela.

— *Abri*, Encarnación.

— Ó abren ó echamos abajo la puerta.

Oyóse al principio una voz débil, que contestaba apenas, sofocada al parecer por la cama.

— ¿Quién es? Ya estamos *durmiendo*.

Desatóse una serie de exclamaciones de lo más expresivo que tiene la lengua española; las puertas fueron estruendosamente golpeada y rechinaron como si fueran á abrirse, cediendo al empuje de Eusebio Toro.

Una lucecilla, cirnió un hilo luminoso por el ojo de la llave y la carcomida comisura del viejo portón; oyóse caer una pesada aldaba y las dos hojas se abrieron perezosamente para adentro, mientras una mujer en centros, toda desaliñada y soñolienta, nos hacía pasar.

Tomamos asiento en banquillos ó en poyos cubiertos por frazadas de lana unos, otros se sentaron en las camas tibias aún y medio

deshechas. Las *chacalaris :* tres cholas y una *birlocha* encendían bujías ó velas de sebo, las que, á falta de candeleros, eran colocadas en los cuellos de algunas botellas de cerveza.

Tan pronto como la habitación estuvo medianamente iluminada, pude darme cuenta, á pesar de los gases alcohólicos que llenaban mi cerebro, de la fisonomía especial de las hembras que allí vivían, así como de su casa habitación.

En las paredes pintadas al temple y llenas de manchas y nidos de insectos, veíanse, clavadas con tachuelas, colecciones de figurillas, reclamos de cigarrillos, estampas regaladas en las boticas, tarjetas postales, fotografías, ilustraciones, primas de año nuevo de las tiendas de trapos y almanaques exfoliadores. Al lado mismo de las bailarinas semidesnudas que alzaban el pie ó levantaban los brazos, veíanse oleografías de santos: San José, San Antonio, San Pedro; la Virgen de Copacabana, la Vírgen de los Dolores, y Nuestra Señora de las Nieves.

Una panzuda guitarra pendía orgullosamente de un clavo alcayata, cruelmente incrustado en la pared y un *charango* fabricado en una

concha de *quirquincho* hacía *pendant* con la guitarra, desde la pared de en frente.

En el suelo, agrupábanse ollas, silletas desvencijadas y canastas abiertas, rebosantes de *melcochas* y de bolitas semitraslúcidas de caramelo; más allá, alzábase un armazón de madera empapelado con papel rameado rosa subido, en el cual yacían, cubiertas de polvo, las botellas de cerveza nacional, de aguardiente, de vino tinto áspero y blanco dulce; la *chancaca*, las latas de sardinas y de salmón y un poco más abajo, en cajas el arroz, los fideos, el azúcar y el pan.

En los ángulos, veíanse gruesas tinajas de vientre obeso, en que fermentaba el *guarapo* ó la chicha de caña.

El cuadro resultaba canallesco en sumo grado. Experimenté una gran repugnancia de encontrarme allí, en medio de una atmósfera de alcohol, escuchando voces aguardentosas y mirando caras groseras.

¿Si Inés me hubiese visto? ¿si hubiese sospechado que su primo, el candidato á la diputación, había estado en una tenducha de cholas llamadas las *chacalaris*, si hubiese?...

Y ante tal idea no pude contenerme. De dos ó tres saltos me puse en la puerta de la tienda, derribé á algunos de mis electores que intentaron impedirme la salida y me encontré de nuevo en la angosta y tortuosa callejuela.

Medio borrosa, cercada de nubes, amarillenta, entre un claro de niebla, la luna parecía burlarse de mí.

Una vez en casa de don Eleuterio y en mi habitación, encontré sobre una mesa el correo que me había llegado de « La Huerta ».

Arranqué con manos temblorosas las envolturas de papel y los sobres y mis ojos recorrieron, mientras me palpitaba el corazón y mientras mi cabeza parecía girar, los renglones de letra un poco grande que me había escrito Inés, mandándome su retrato.

« Querido Enrique, decíame en la postal, sin embargo de que el escribir corresponde al que se ausenta, tú no lo has hecho hasta ahora. ¿Será que ya no te acuerdas de nosotros? ¿será que allá has encontrado alguna que ocupa todo tu tiempo?

« Para que no nos olvides tan pronto, mi abuelo te escribe, Brígida te manda muchos

afectos y una botella de rezacado y yo te envío mi retrato y esta postal. »

La platinotipia en que mi prima me sonreía era bastante mala. Habríala retratado sin duda alguno de esos fotógrafos ambulantes que recorren las fincas y se detienen en ellas uno ó dos días. Mas, sus hermosos ojos tiernos me miraban con la dulzura de siempre, preguntábame como tantas veces me había preguntado : ¿me quieres?

Inés, mi querida Inés. No, yo no la había olvidado, á pesar de mis amores con Milagros Moreira, yo no la había olvidado como olvidé á Mercedes Silva.

No, yo la quería más que nunca. Entonces que sentía en mis venas el calor del *pisco*, entonces que me creía encanallado por haber estado donde las *chacalaris*, comprendía que amaba á Inés, que me era necesario subir hasta ella, hacerme digno de su corazoncito de virgen y pedirla perdón.

Había renunciado, desde luego á toda curación homeopática del amor que me inspiró mi adorable prima. Me declaraba sencillamente vencido por el fuego de sus ojos tiernos y por el encanto de su personita.

Cubrí de besos su retrato, y lleno aún el cerebro de gases alcohólicos, con el vino un poco triste y los ojos un tanto humedecidos, me puse á escribir una carta de amor, después de haber pedido humildemente perdón á la graciosa imagen que me sonreía en la platinotipia, como un estudiante que se arrepiente de sus pecados ante la Inmaculada.

La carta decía :

« Inés,

« Te escribo casi embriagado de amor y embriagado por el aguardiente que me han hecho beber los salvajes de mis electores.

« ¡Ah Inés! tú no sabes lo que es hallarse embriagado, ni por el amor, ni por el zumo de la uva, ni por el zumo de la caña; pero yo si lo sé; yo que he recibido tu deliciosa postal y que además siento vagamente que la habitación en que duermo da vueltas de vals, que tu postal gira, que tu retrato se aleja y vuelve á aproximarse, que mi cabeza arde y que en mis venas parece que circulara fiebre líquida.

« ¡ Ah ! ¿ y la embriaguez del amor? Tu tampoco sabes lo que es eso, ¿ no es cierto? ¡ Qué has de saberlo !

« La embriaguez del amor es una borrachera muy suave y muy dulce ; una borrachera que á veces nos hace sufrir cruelmente y otras, pocas, nos hace gozar. Una borrachera que causa ese zumo de la gracia, que se llama mujer ; una borrachera que se bebe en los ojos negros y en los labios rojos y á veces en los ojos solamente. Yo la bebí en tus pupilas, en tus grandes pupilas de terciopelo ; en tus pupilas que acarician, que hieren, que besan, que ordenan, que obedecen, que siguen, que envuelven, que deslumbran, que entristecen, que alegran... En fin, no sé lo que digo, estoy embriagado...

« ¿ Verdad, que no me despreciarás por eso? Tu abuelo mismo me dijo que era preciso emborracharse con los electores. Yo no he hecho más que seguir su consejo... Tú ves, el consejo de un abuelo...

« No puedes imaginarte, cuanto me he aburrido acá, lejos de ti, condenado á la contemplación de las pálidas caras de las señoritas Montes de Oca, condenado á escuchar

Vida vienense y condenado á vivir de recuedos.

« ¿ Sabes tú lo que son los recuerdos ? Esto sí, lo sabes. Dicen que la luz de la luna es un recuerdo : es un recuerdo de la luz del sol ; el perfume es otro recuerdo : recuerda á una mujer ó á una flor ; el aguardiente es un recuerdo de la uva.

« Pues, mira, yo no hago mas que recordarte. Te recuerdo siempre y te recuerdo porque te amo, porque te adoro y porque te idolatro ; tres estados graduales de la borrachera de la pasión.

« No vayas á creer que tengo una botella de *guariflé* al lado. Acá al *pisco* le llaman *guariflé*. No, lo que tengo es tu imagen que no me abandona, tu imagen que parece desprenderse del papel en que está fotografiada y que se desprende al fin, y que viene á sentarse á mi lado. Ya ves si estaré embriagado cuando veo tantas cosas imposibles y cuando te escribo tantas tonterías, aunque sean la pura verdad, porque la verdad es muchas veces una tontería.

« Yo te he sido infiel, mi querida Inés. Te he sido infiel, perdónamelo. Quise olvidarte,

quise desterrar tu obsesionante imagen de mis pensamientos, quise curar la herida que tus ojos habían hecho en mi corazón. No es muy grande mi delito. Un enfermo tiene derecho á la curación, un enamorado sin esperanza tiene derecho al olvido y nn panegirista de los derechos del hombre tiene derecho á la libertad.

« ¡Qué diría tu abuelo si leyese todo esto, si supiera que escribo á su nieta de amor y de libertad!

« ¿Un diputado, hablando de amor y de libertad? ¿Has visto tú nunca algo más curioso? »

El sonoro canto de un gallo me hizo levantar la cabeza y por entre las junturas de las ventanillas vi cernirse la sonrosada luz del alba. Estaba amaneciendo.

La cabeza me pesaba enormemente, mis ideas se embrollaban.

Resolví terminar la carta al día siguiente y me acosté, después de haber cubierto de besos el retrato de Inés.

Aquella carta no marchó á su destino.

X

Oficialmente duraban las fiestas de la heroica villa tres días; pero tales tres días solían tener proyecciones alcohólicas que alcanzaban á quince y aun á veinte.

El 21 de Abril se iba á dar una corrida de toros durante el día y á quemar fuegos artificiales por la noche.

Alborótase con los toros la sangre española que llevan en las venas los criollos, las chicas provincianas, vestidas de rojo y de azul y grandes sombreros con plumas multicolores, miran correr las bestias en el perímetro de la plaza principal exhalando ligeros gritos, cuando aquellas van á coger á alguien y lle-

vándose los pañuelitos de seda mate ó rosa á los labios, si cualquier escena grotesca las obliga á reir.

Al quemarse los fuegos artificiales, algunos individuos sienten sangre guerrera en las venas, cuando revientan estruendosamente las *camaretas* y los cohetes, dando enormes saltos, se deshacen en un haz de chispas, no sin imitar descargas de fusilería y disparar de ametralladoras.

Una murga que se llama pomposamente banda, por cuestión de vanidad, pone alegría en los corazones y ligereza en los pies tocando bailecitos, *guaynus*, cuecas, tristes y boleros. La murga de seis á ocho aficionados, cuya indumentaria y fisonomía pintoresca serviría muy bien para un estudio pictórico de tipos vagabundos y melómanos, se compone ordinariamente de contrabajos, pistones, clarinetes, flautas y un bombo, cuyo vientre de badana posee tan profundos sonidos que repercuten en toda la extensión de la ciudad y despiertan la voz de los ecos. Espárcense en los aires las alegres notas de los bailecitos, se derraman sus compases como una lluvia de mistura, estallan el jaleo y los

gritos de entusiasmo, y las copas se colman de aguardiente.

En la mañana de aquel día habíase colocado tranquillas en las esquinas de la plaza principal, luego de encerrar al ganado en los corrales de la Municipalidad.

Á la una, hallábanse las ventanas atestadas de muchachas, en cuyos rostros morenos proyectábase la sombra de los quitasoles de raso y de seda, que se balanceaban á manera de exóticas flores.

Lo mejor de la población se había repartido en los balcones de la subprefectura y de la casa municipal. Encontrábame yo en la primera por especial invitación del subprefecto, en medio de bando opuesto á mi partido, gente que conocía poco.

Multitud de indígenas de ambos sexos, en su mayoría ebrios, agrupábanse junto á las tranquillas, y un policía armado de un rebenque espantaba á los pilluelos.

La banda de música arrancó con algo que parecía una marcha, pisaron la arena los que iban á torear, abrióse en seguida la puerta de la casa municipal y salió á la plaza un magnífico bruto de grande alzada, negra piel é

incalculables bríos, que no permitía ser humano á su vista.

Los valientes toreadores tuvieron á bien buscar refugio detrás de las tranquillas, de suerte que el enorme cornúpeto quedó dueño del campo. Recorrió la plaza al galope, echando fuego por las narices y el caldeado aliento en las caras de los espectadores. Llevaba una magnífica enjalma de seda con flecos de hilo de plata, á la cual habíase cosido monedas antiguas, medios bolivianos, pesetas y mediecillos que relucían al sol tentadoramente.

Largo tiempo permaneció la plaza escueta... No parecía sino que el torazo iba á conquistar la población entera con su poderosa cornamenta, luego de haberla espatando con sus bramidos.

Oyóse un vocerío general : se adelantaba hacia el animal un arriero que sujetaba el poncho con ambas manos, á la manera como cogen la capa los toreros de profesión. Estaba beodo y caminaba dando traspies.

Alguien gritó : ¡Está borracho! ¡Se va á hacer matar!

El hombre retó al animal que retrocedía

y arrojaba tierra con las poderosas pesuñas, hasta que al fin precipitóse como un rayo. Un grito brotó de los labios de los espectadores. La generalidad consideraba muerto al individuo; mas éste había logrado arrojar el poncho sobre el testuz de la bestia y emprendió la carrera con toda la agilidad de sus vacilantes piernas; entre tanto, el toro, roto el trapo que tenía delante, y distinguiendo el bulto del arriero, volvió á la embestida, logrando alcanzarlo cuando aquél se hallaba próximo á una de las tranquillas. Arrojólo á altura y cuando cayó inherte como un fardo, ensañóse con él y continuó hundiendo sus terribles cuernos en el cuerpo del infeliz.

— ¿Estará muerto? — decían las niñas poniendo los ojos en blanco. — Oíanse gritos, interjecciones y hasta risas... No faltaba quien sintiera un acceso de hilaridad al ver á un hombre despedazado por un toro.

Entre tanto, hacer que el bruto abandonara la plaza convertíase en un problema. ¿Quién iba á ser el valiente que la emprendiera á latigazos con semejante fiera?

El Dr. Camargo se veía en serios aprietos, sin embargo de su reconocido tino para todo

lo que tuviera relación con las fiestas locales.

Una lluvia de cáscaras de naranja, de pepitas de frutos y de guijarros caía sobre el negro cornúpeto, en cuya magnífica y aterciopelada piel, la enjalma repleta de monedas, nuevas unas y otras deslucidas, reflejaban el sol ardiente, en tanto que los ojos oscuros del toro, ojos que no tenían la blancura pacífica de la esclerótica, relampagueaban de ira.

Corría el cuadrúpedo casi enloquecido, como si el olor de la sangre humana hubiera despertado en él deseos feroces de destrucción, y mientras daba saltos de carnero y arañaba la tierra, y mientras el cuerpo del arriero muerto yacía en un extremo de la plaza, entre un charco de sangre, el subprefecto hacía servir á sus invitados sendas copas de claro aguardiente.

Sucedíanse gritos, y de vez en cuando, un chiste proferido á voz en cuello, alborotaba á los espectadores, que reían á mandíbula batiente.

— ¡Que se levante el *defunto* !...

De improviso, alguien gritó : ¡una vaca! y como una sucesión de innumerables ecos, cien bocas repitieron : ¡una vaca, una vaca!...

Pero, ¿cómo se iba á conducir una vaca hasta la plaza rodeada de tranquillas y dominada por el toro? La perplejidad de los espectadores manifestóse en un prolongado silencio, hasta que un grito anónimo hendió los aires y fué con un coro de risas á prestar una idea al presidente de la Municipalidad, que no acertaba á resolver el conflicto.

— ¡Que suelten la vaca de las Meruvia!

Las Meruvia que se hallaban en las ventanas de su casa, viéronse, bien que á pesar suyo, obligadas á ceder ante el clamoreo que se levantaba. Abriéronse con precaución las puertas de su casa y una hermosa y blanca vaca mocha adelantóse mansamente hacia el toro, que al mirarla quedó de muestra, erguido y arrogante.

Las muchachas seguían con mirada curiosa las peripecias del naciente idilio.

El celo de un macho es siempre interesante, pues simboliza la fuerza y es interesante la acogida que merecen sus deseos, cuando la hembra es dulce como aquella nevada vaca.

Por otra parte, un cuadro de amor es tan natural después de un cuadro de muerte...

Mas la vaca, luego de correr un poco por la plaza, al ver abierta la puerta por la que saliera, entróse de nuevo por ella, seguida de su fiero galán, dejando burlada la curiosidad de algunos espectadores.

Salió después á la plaza, un torete amigo de paz, que en vez de embestir, huía el bulto, y si antes, cuando reinaba en la plaza el otro, ni valientes ni beodos se atrevían con él, al hacerse cargo de las mansas trazas del segundo, salvaron las tranquillas y comenzaron á acosar á la bestia.

Sucediéronse otros toros, mansos unos, bravucones otros, y caía el sol poniendo tonos amarillentos en los tejados y dibujando fuertes sombras en los alares de las casas, dorando las copas de los árboles y obligando á las niñas que lo miraba descender á su ocaso, á poner una mano delante de los ojos, cuando terminó la corrida, de la cual salía un hombre al cementerio, varios al hospital y muchísimos á dormir la borrachera.

En la noche, como si siguiera el entusiasmo taurino, veíase, delante de la iglesia principal de la villa, una larga teoría de enormes figuras de papel, que representaban

toros enormes de largas cornamentas y gigantescos borregos de cuerpos deformes.

Habían sido llevados allí por los indios á cuyo cargo corrían los alferados, es decir, el costo de la fiesta en la parte relativa á las ceremonias de iglesia, corrida de toros, pirotécnica, campaneo y libaciones.

Á las ocho de la noche incendióse el primer toro embutido de cohetes, que atronó la plaza con el estrepitoso estallar de éstos y que la llenó, durante cinco minutos, de juegos de chispas y de fugas de centellas.

Las demás figuras de papel corrieron igual suerte, en tanto que los indígenas que llevaban sombreros de plumas, semejantes á enormes girasoles, y túnicas blancas, danzaban en torno á aquellas efigies tocando en sus *zampoñas* motivos sencillos y monótonos de música aimará.

Hallábame yo en la tienda de Carmen Meruvia, presenciando tan furiosa quemazón de cohetes, cuando fuí sorprendido por el señor cura, don Remigio Paredes, que venía á llevarnos á su casa, en la que tenía preparado un *ponchecito* de almendras que era una delicia.

— Exquisito, mi querido doctor don Enrique.

Cerraron las Meruvia su tienda, y de bracete con Carmen nos encaminamos hacia la casa cural, saboreando de antemano la promesa de aquel ponche paradisíaco.

Y á fe que servido en anchas tazas de loza, blanco y humeante, con ese color mate pálido de las almendras y ese olor incitante que lo caracteriza, el ponche del señor cura resultó espléndido.

Luego de apuradas tres ó cuatro tazas del néctar semi eclesiástico, descolgó don Remigio la soberbia guitarra andaluza, con incrustaciones de concha, que poseía, y sus dedos arrancaron al instrumento las notas de un antiguo y acompasado vals, que bailamos intachablemente Carmen Meruvia y yo.

Los bailecitos de la tierra no se hicieron esperar largo tiempo. Al cabo de un rato toda la concurrencia de ambos sexos reunida allá por el buen humor del excelente cura, danzaba alegremente agitando los pañuelos, y las palmadas estallaban entusiastas, en tanto que el ponche de almendras colmaba

tazas y más tazas, poniendo brillantes los ojos de don Remigio y de sus invitados.

Aquél, en un momento de expansión, llevóme á un ángulo y, estrechándome entre sus robustos brazos, me hizo una gravísima pregunta :

— Mi querido doctor don Enrique, ¿cuándo tendré el honor de bendecir su matrimonio con Inesita ?

* * *

El 22 de Abril, día de los santos Sotero y Cayo, papas, y Leónidas, mártir, y de Nuestra Señora de las Angustias, aniversario de la fundación de la ciudad por el Licenciado Nuño Pérez, levantóse un escenario sobre rústico andamio de madera casi en bruto, en la plaza principal de la ciudad.

Á las dos de la tarde el telón, pintado por un artista local, lucía á las curiosas miradas de los espectadores una robusta diosa guerreramente vestida con coraza de pulido acero y estrecho faldellín, calzada de rojos zaragüelles, defendida por un casco de gigantesca ci-

mera y luenga pluma y armada de lanza y de sable corvo; era la diosa de la libertad, según el decir del autor de la tela, pero parecía más bien un San Miguel, de esos un tanto afeminados, que gustaron pintar los artistas de la época del Coloniaje.

Destacábase la figura descrita sobre un plano azul claro, bajo un cortinaje de encarnado vivo con gruesos cordones y enormes borlas doradas. Encima del maderamen, flotaba una teoría de banderas blancas y en las testera del escenario, veíase una especie de fanal que miraba hacia dentro y en el que debía encontrar seguro escondrijo, el apuntador.

Delante del tablado alineábanse largas hileras de sillas de múltiples formas.

Varios chiquillos distribuían programas impresos en la imprenta de *La Voz del Pueblo* en los cuales la tinta azul, sobre papel amarillo y verde, permitía leer lo siguiente:

« Gran acontecimiento teatral.

« La Sociedad dramática, deseosa de conmemorar dignamente el aniversario de la fundación de esta heroica ciudad, ha resuelto dar una función de gala, digna de nuestra pro-

verbial cultura, eligiendo una de las más preciadas joyas del repertorio español.

« Á este efecto, pondrá en escena el inmortal drama religioso fantástico en dos partes y seis actos, titulado *Don Juan Tenorio*, debido á la nunca bien ponderada pluma del inspirado vate español, don José Zorrilla. »

Á las ocho de la noche rompió la orquesta que la víspera amenizara la corrida de toros con una marcha heroica, capaz de poner los pelos de punta á un sordo de nacimiento y tan pronto como sus postreros desacordes se perdieron en la extensión de la plaza, levantóse el telón y apareció en el escenario, vestido de rigurosa etiqueta, el presidente de las Junta Municipal. Saludósele con algunas palmadas, mientras él inclinaba el robusto torso y se llevaba una mano al pecho, como tenor aplaudido al finalizar una sentimental romanza.

Comenzó su discurso, riquísimo en lugares comunes y frases hechas, sujetando en la mano derecha el rollo de papel en que aquel se hallaba escrito, como si quisiera hacer lujo de privilegiada memoria ; mas apenas había franqueado los umbrales de una especie

de exordio, cuado se detuvo indeciso y desorientado, masculló dos ó tres palabras casi incoherentes y convencido al fin de su impotencia, todo sudoroso por el bochorno, desdobló el rollo y continuó con voz temblona que flaqueaba á cada instante, lo que con tantos bríos comenzara.

Al finalizar su pieza oratoria cayó el telón silenciosamente para volver á levantarse en el primer acto de *Don Juan Tenorio*, titulado « Libertinaje y Escándalo ».

Apareció en el escenario, junto á una mesa, don Elesván Martínez con la indumentaria de 1545 : gorra de terciopelo negro con blanca pluma inclinada á la izquierda, justillo de la misma tela de color rojo, calzón bombacho de raso carmesí ceñido al muslo, largas medias encarnadas, zapatos y capa de raso negros como la gorra. Cubríale la mitad de la cara el antifaz de estilo y de su costado izquierdo pendía una antiquísima espada de largas dimensiones.

Aquél sí que era un D. Juan Tenorio auténtico, el mejor trajeado de los juanes tenorios que hasta entonces habían pisado las tablas en las fiestas locales de la heroica villa.

Los enamorados galanes con que contaba la provincia entera, miraban en el personaje del drama de Zorrilla, encarnado en don Elesván, la realización de su ideal. Ya conocían ellos el altanero continente, el valor temerario y la fortuna amorosa del arriesgado caballero y alguna vez habían soñado por un poco de atavismo y otro poco de natural ferocidad, engañar mujeres y asesinar hombres.

D. Elesván, español de pura sangre, personificaba medianamente al célebre don Juan; recitaba con arrogancia y sonoridad los octosílabos de Zorrilla y se imponía á aquellos juanes anónimos que lo contemplaban desde las butacas, con sus gallardas actitudes, su aplomo, sus zetas enfáticas, sus exclamaciones y sus jactancias.

Una salva de aplausos saludó aquellos conocidos versos :

> Aquí está don Juan Tenorio
> Y no hay hombre para él.
>
> . . . .
>
> Por donde quiera que fuí
> La razón atropellé,
> La virtud escarnecí,
> Á la justicia burlé
> Y á las mujeres vendí.

También el novio de Concepción que entonces respondía al nombre de don Luis Mejía, obtuvo algunos aplausos, cuando repuso con acento nasal, pero con gran convicción, al referir sus aventuras en Flandes :

... Aquí hay un don Luis
Que vale lo menos dos,
Parará aquí algunos meses,
Y no trae más intereses,
Ni se aviene á más empresas,
Que adorar á las francesas
Y reñir con los franceses.

Las melancólicas linternas que pestañeaban en las paredes de la hostería de Buttarelli, las rondas que resultaban misteriosas á la pálida luz de los hachones (que tal papel hacían las teas), las frases arrogantes y agresivas, las manos apoyadas en la empuñadura de las espadas, los abigarrados trajes de telas lujosas unos y de telas ordinarias otros, impresionaban agradablemente la imaginación provinciana, de suyo amadora de argumentos fantásticos y de aventuras llenas de enredos.

Mas, donde llegaba á punto el entusiasmo de los habitantes de la capital, era cuando luego de haber robado don Juan á doña Inés

de Ulloa, en el tercer acto, murmura en el cuarto, con aire conquistador, al oído de su víctima y postrado de hinojos ante ella :

¡ Ah ! ¿ No es cierto, ángel de amor,
Que en esta apartada orilla
Más pura la luna brilla
Y se respira mejor?
. . . .
Esa armonía que el viento
Recoge entre esos millares
De floridos olivares,
Que agita con manso aliento;
Ese dulcísimo acento
Con que trina el ruiseñor,
De sus copas morador,
Llamando al cercano día,
¿No es verdad, gacela mía,
Que están respirando amor?

Y cuando la enamorada doncella responde :

¡ Don Juan ! ¡ don Juan ! Yo lo imploro.
De tu hidalga compasión :
Ó arráncame el corazón,
Ó ámame, porque te adoro.

Las muchachas que tenían novio, experimentaban un vago temor de ser seducidas por sus galanes al contemplar á doña Inés, cuyo papel había sido confiado á la maestra

de escuela, dulcemente conmovida por las frases y los extremos de don Juan. Era cierto que sus adoradores no tenían la elocuencia amorosa del héroe español, que no usaban ni justillo ni capa, que en vez de la gorra con pluma tenían un sombrero de fieltro ladeado, que en lugar de espada al cinto llevaban un puñal en la bota; pero también era cierto que sabían raptarlas gallardamente á la grupa de sus gordas y briosas mulas, cuando el papá se oponía al matrimonio.

Sucediéronse luego los actos fantásticos de la segunda parte. El panteón de la familia Tenorio apareció á los ojos de los espectadores bañado por la luz de la luna. La maestra de escuela cubierta con una sábana, con el rostro más blanco que de ordinario, por los afeites, hallábase erguida sobre una mesa vestida también de blanco, que hacía las veces de una tumba. Un sauce llorón pintado en trapo, descolgaba hasta ella sus largas y lacrimosas ramas.

Don Gonzalo de Ulloa, ó sea el doctor Sarmiento, arrebujado entre otra sábana yacía de rodillas sobre otra tumba y más hacia el fondo, destacábanse otras dos estatuas simula-

das en cartón, que debían ser don Luis Mejía y don Diego Tenorio.

En la escena tercera del primer acto, don Elesván Martínez á quien habían hecho beber en los entreactos y que se hallaba por tanto más entusiasta, declamó con acento apasionado, ante la helada y marmórea figura de la maestra de escuela :

Mármol en quien doña Inés
En cuerpo sin alma existe,
Deja que el alma de un triste
Llore un momento á tus pies.
De azares mil al través
Conservé tu imagen pura :
Y pues la mala ventura
Te asesinó de don Juan,
Contempla con cuanto afán
Vendrá hoy á tu sepultura...

Mas repentino y atronador estrépito lo hizo detenerse; era que don Gonzalo de Ulloa acababa de hundirse en su tumba. La mesa, un tanto descuajeringada, en que se hallaba arrodillado el doctor Sarmiento, había cedido al peso de éste y deplomádose, arrastrando en su caída al grave é inmóvil comendador, con gran hilaridad del numeroso público.

Vano fué que el médico apareciera otra vez,

tan grave como al principio, en la cena á que el comendador había sido invitado por don Juan y en el último acto, en el panteón de la familia Tenorio; las risas volvieron á estallar al recordarse el percance sucedido, con gran disgusto de don Elesván que veía destruído el efecto de sus sonoras y arrogantes declamaciones.

Con la apoteosis de don Juan concluyó á la una de la mañana el largo drama, que, á no dudarlo, volvería á ponerse en escena el año próximo, tanto por ser la única obra de teatro que poseía la Junta Municipal, cuanto porque ningún héroe era capaz de cautivar á mis electores como el célebre y afortunado caballero español.

XI

El amanecer del día de las elecciones fué triste. Había llovido la noche entera, de suerte que cierto friecillo sutil y húmedo ponía á los vecinos cabizbajos y encogidos como pollos mojados. Algunas calles hallábanse convertidas en ciénagas y lodazales y desde los tejados decrépitos, el agua se escurría por goteras interminables que bañaban á los transeúntes en plena vía pública. El cielo, de un gris desesperante, no tenía trazas de cambiar de color; ponía tonos amortiguados en los objetos y tornaba grises hasta las montañas lejanas, envueltas por casi trasparentes telones de niebla que ningún rayo de sol llegaba á descorrer. No parecía un día de

combate, con luminoso crepúsculo matutino, ruido épico de fusiles y de rodar de cañones, voces vibrantes de clarines y relinchos de palafranes. Mas bien resultaba fúnebre, como si en él hubiera de enterrarse algo, siquiera fuera el cadáver del sufragio.

En las esquinas veíanse, pegados á las paredes, carteles de papel blanco que llevaban impresos con grandes letras de molde los nombres de los candidatos.

No faltaron vivas desde las seis de la mañana y aun se me aseguró que se escuchaban tiros hácia la parte sur de la población. Oíanse voces alcohólicas y exclamaciones y los electores pasaban de traje de domingo unos, rotosamente vestidos otros, con las manos en los bolsillos y la camisa sucia los últimos y con el bastón en el puño, el cuello tieso y lustroso los primeros.

Tan pronto como pude, me eché á la calle para presenciar las peripecias de la lucha electoral, no obstante los prudentes consejos de don Eleuterio Montes de Oca, que me aseguraba ser peligroso para los candidatos el presentarse en día de elección.

Verificábanse las elecciones en la plaza

principal. En torno de pequeñas mesas, hallábanse agrupados los jurados electorales, con su presidente al centro y sus secretarios á los extremos. Dos ó tres bancas pintadas de negro con pupitres en la parte superior, servían á los sufragantes de escritorio. Presentaban éstos la carta de ciudadanía, el presidente la sellaba y los secretarios confrontábanla con los registros; entonces se franqueaba al ciudadano la cédula respectiva, en la que debía consignar su voto y que, doblada, se metía en el ánfora. ¡Oh las ánforas electorales! ¡Cuán diferentes de las ánforas romanas y de las ánforas griegas que se colmaban de dulce chipre y de exquisito falerno! Estas otras ánforas, eran de simple madera, con una abertura practicada en la tapa superior, por la cual se escurrían los votos.

Nada comparable á la gravedad de los jurados; sus miradas tenían la sutilidad de la de un juez, sus jaquettes y sus americanas azules y negros, imponían con su severidad.

En los ángulos de la plaza, veíanse cuatro soldados, encargados, según el decreto respectivo, de guardar el orden.

Al principio hubo cierto recogimiento.

Oíanse únicamente voces apagadas; cuando más, movimiento de sillas y cuchicheo, si alguna buena moza cruzaba la plaza meneando las redondas caderas y mirando picarescamente á esa gente tan grave.

Pero en el momento menos pensado, resultó un individuo de pésima facha cantado en media plaza :

Natividad del alma,
¿Qué cuento es este?...

Echáronsele encima los cuatro guardianes cuyas pobres humanidades no podían con el beodo, y después de heroica lucha cuerpo á cuerpo, que los ciudadanos espectaron con la misma tranquilidad que una riña de gallos, fué aquél llevado á la policía.

Calmóse el alboroto y comenzaba á reinar la paz, cuando en la mesa nº 3. gritó un hombre de poncho terciado al hombro y botas armadas de espuelas, señalando á otro :

— Señor presidente : ese ha votado en otra mesa.

Inmediatamente se sucedió horrorosa algarabía :

— ¡Que preste juramento!

— ¡No vale ese voto!

— ¡Cállese su...!

Salieron á relucir revólveres, bastones y puñales, no obstante lo cual y á pesar de las protestas del hombre de las espuelas, el presidente aceptó, previo juramento, el voto del ciudadano á quien se acusaba de haber sufragado dos veces.

Este fué el punto de partida de una serie de desórdenes. En vano los jurados invocaban el derecho y el orden, en vano los guardianas pretendieron restablecer éste, armados de poderosos rebenques. La alcoholización y la bulla aumentaban. Decíase que en una tenducha próxima, mi contrincante Garabito repartía á sus electores alcohol alemán de cuarenta grados, rebajado mitad por mitad con agua.

Las muchachas de la capital, asomadas á las ventanas, espectaban las votaciones con el mismo placer sanguinario con que vieron los toros. Apoyadas de brazos en los balaustres, vestidas de claro y peinadas con esmero, recortábanse sus figuras sobre el fondo oscuro de los vidrios y junto á enredaderas y macetas con jazmines y rosas.

En compañía del novio de Concepción

Montes de Oca, saludé á algunas y aun trabé conversación á gritos :

— ¿Qué tal, señorita fulana?

— Buenos días don Enrique.

— ¿Qué me dice Ud. de nuevo?

— Que va Ud. á ganar.

— ¡Quién sabe! si votaran ustedes, las mujeres, quizá ganara, pero como desgraciadamente hoy se niega el voto al sexo femenino.

— Cierto, si pudiéramos ir á votar, todas nosotras votaríamos por Ud.

— ¿Conque sí, eh? pues, un millón de gracias. Basta que le imponga Ud. á su novio el que vote por mí.

— Es que yo no tengo novio.

— No uno, sino dos ó tres, así que si Ud. quisiera...

— ¡Jesús, no sea Ud. tan bromista!

— Adiós linda.

— Hasta luego y que le vaya bien.

Acabé por sentarme en la puerta de la tienda en que vendía Carmen Meruvia. La muchacha estaba más amable que nunca.

— ¿Quiere Ud. tomar una copa de quita penas?

— Mil gracias, si me las ha de quitar ver-

daderamente, pero, oiga Ud., ¿por qué le llaman al aguardiente quita penas?

— Porque ayuda á olvidar.

— ¿Ud. ha olvidado á alguno con eso?

— Es que yo no tengo penas.

— Será que no las siente. Dicen que la pena es negra y Ud. tiene los ojos más negros que cualquier pena.

— ¡Qué zalamero!

Un rayo de sol acababa de rasgar las nubes con gran esfuerzo y puso su luz alegre en la plaza, llenándola con una sonrisa, como si hasta él se divirtiera con los hombres y con sus derechos derivados y adquiridos.

Una pareja original pasó junto á mí. Eran un hombre y una mujer: él, tipo de cretino, nariz enorme, boca grande y carnosa, cejas despobladas, bigotes ralos, orejas de pabellones soberbios; el sombrero en la nuca, las manos en los bolsillos, los pantalones llenos de remiendos y los botines rotos, por cuyas aberturas asomaban los dedos comidos de piques; la mujer, una arpía de ojos verdes, casi esquelética, haraposa.

— *Votá* por el Dr. Garabito, — decía ella.

— Te va á dar *trago*.

— ¡ Qué importa, — respondía él, — el *trago* pasa !

— *Vendé* tu voto ; si yo fuera hombre vendiera mi voto.

Carmen Meruvia se dirigió al hombre :

— Vende tu voto á este caballero. Es el otro candidato.

Quitóse el sombrero el individuo y con tímida voz exclamó :

— Doctor, si Ud. me da cuatro pesos...

— ¡ Ni un centavo, largo de ahí !

El infeliz volvió á ponerse el despojo de fieltro que cubría su cabeza y continuó su camino gruñendo.

Nataniel González opinaba que las elecciones estaban tranquilas en comparación de otros años y daba detalles : el año anterior habían habido muchísimos heridos ; á uno le había metido la nariz de un trompón, á otro le abrieron una hernia de una patada, á otro...

Carmen Meruvia hacía aspavientos. — ¡ Ay Jesús, qué atrocidad !

Don Otto Silver acababa de aproximarse. El novio de Concepción continuó el interrumpido relato de heridas mortales, graves y leves y añadió que existía enemistad entre

los barrios de Santiago y el parque 22 de Abril, hasta el punto de que se trabaran verdaderos combates.

— Ya verá Ud. la que se va armar, — exclamó don Elesván Martínez que llegaba en ocasión de oir las palabras de Nataniel. — Esta es una gente imposible. Echan una bala como si echaran una rosa. ¿No ve Ud. las fachas? Parecen calabreses. Entre éstos, la mejor recomendación es haber despachado el mayor número posible de prójimos al otro mundo. Ud. pregunta quién es uno de esos fachendones y le responden que es uno que tiene *dos á cuestas*, dos cadáveres se entiende, pues entonces los respetan. En cuanto á las causas y procesos, duermen el sueño de los justos en las secretarías de los Juzgados, y si por casualidad alguno más honrado que la generalidad de estos magistrados de provincia, prosigue el juicio, se van ellos á la montaña, viven de la caza y del merodeo en los sembrados y no hay quien los tome, pues corre peligro de salir con el pellejo agujereado.

— ¡Qué tierra, eh, vamos!

— ¿Y sabe Ud.? estoy furioso. No han per-

mitido acá que voten por Ud. dos empleados de mi almacén. Dicen que son españoles. Hace dos años votaron en los elecciones para munícipes y nadie observó el hecho, como si hubiera diferencia. Son españoles para votar por un diputado y no son españoles para votar por un munícipe. Si fuera toda gente racional, ¡vamos! pero votan por ahí unos imbeciles...

Por un ángulo de la plaza desembocó un grupo abigarrado de hombres que marchaban de dos en dos llevando una bandera boliviana á guisa de estandarte. En la cabecera iban algunos mestizos y detrás caminaban los parias, negros ancianos y jóvenes que se dejaban conducir con la misma poca gana con que los bueyes van al matadero. Delante, un individuo con el *tarro* ladeado y vestido con flamante terno dominguero, agitaba la bandera y daba los vivas.

— ¡Calle, — exclamó Martínez — son sus electores! El que va á la cabeza es don Eleuterio Montes de Oca.

Era el contingente de « La Huerta » y fincas cercanas que acababa de llegar.

Pronto oí atronadores vivas á mi persona.

— ¡ Que viva el Dr. Enrique Rojas!

Y un coro de voces cascadas y estentóreas contestaba.

— ¡ Que viva !

Ese conjunto de analfabetos, que se presentaba como partidarios míos, no me honraba ciertamente. Había pensado que mis electores serían algo mejor, sin embargo de que conocía íntimamente la farsa electoral...

Mi tío, obrando de manera parecida á la de la mayor parte de los propietarios rurales de la Provincia, había hecho enseñar á sus colonos á escribir dos nombres; el suyo propio, es decir, el del colono, y el mío. Con tal ejercicio, resultaban los peones de las fincas hábiles para inscribirse como ciudadanos y para sufragar. Algo más, eran incapaces de votar por otra persona ni de vender su voto, puesto que á duras penas sabían trazar el nombre del candidato impuesto por el patrón.

Don Pedro Rojas, sin escrúpulos respecto á los deberes electorales y dotado de ese algo que comúnmente se llama sentido práctico, obró como todos, y me enviaba más de ciento cincuenta electores reclutados en « La Huerta » y fundos vecinos.

Esos ciento cincuenta hombres que acababan de llegar á la plaza, como un rebaño, sabían firmar á duras penas su nombre de pila y su apellido y también sabían escribir, aunque con mayor dificultad, otro nombre y otro apellido que eran los míos. Podía, pues, estar orgulloso de mi popularidad.

La llegada de aquella gente fue acogida con muestras generalmente hostiles. Desatóse una silbatina infernal. El mismo don Eleuterio Montes de Oca quedó algo cortado á pesar de su cachaza y de su posesión de sí mismo. Cruzábanse dichos, frases hirientes é insultos. Los negros contestaban las injurias con otras y se reían enseñando los blanquísimos dientes...

Dieron una vuelta á la plaza guiados siempre por don Eleuterio. Al pasar frente al sitio en que me hallaba, prorrumpieron en estruendosos vivas y quitáronse los raídos sombreros, aunque sin osar llevarme en su compañía. Agradecí á Montes de Oca el que no se le ocurriera tal cosa, pues no me habría agradado marchar á la cabeza de semejante procesión, exhibiéndome en compañía de esa gentuza,

que no era para enorgullecer á un futuro representante nacional y novel jurisconsulto, que contaba á la sazón como yo, con la gracia y favor del bello sexo provinciano. Dispersóse la gente para votar en las diversas mesas y don Eleuterio en compañía de un doctor Escobedo, flamante partidario mío, por no se sabe que desaire sufrido en la demanda de un destino, acercóse á cumplimentarme.

— Creo que vencemos amigo mío. El elemento aristocrático está en masa por Ud. Ni puede ser de otra manera. La sanción social será ejemplar, sin embargo de los manejos del primer magistrado de la Provincia que obra bajo la coacción de la oligarquía. Pero como que soy mayor y que me llamo Montes de Oca, le prometo, doctor, que enviaré una extensa comunicación á un órgano de la prensa paceña, dando conocimiento de los tiránicos procedimientos del *mandarín*.

— Si usted gusta almorzaremos; — y don Eleuterio invitó también á Nataniel, Martínez, Silver y Escobedo.

Carmen Meruvia, á guisa de aperitivo, sirviónos una copa de *biblia* amarilla y espu-

mosa que despedía cierto perfume de clavo y de canela.

Durante el almuerzo, el vino dulzón que usaba Montes de Oca y que tenía la particularidad de subirse á la cabeza con la misma rapidez con que Carmen Meruvia enardecía la sangre, púsonos alegres y parladores. Don Eleuterio cobró grandes bríos y Nataniel, con el cuello ajado y los ojos húmedos, refería moquetes, bofetones y patadas. Silver prodigaba sus asquerosidades y daba bizcocho á « Mein Freund » á pesar del agrio gesto de doña Eladia. Martínez reía y hablaba por los codos.

Después del almuerzo, salimos de brazete con don Eleuterio que me prometió aplastar al mandarín, á la mandarina y á las mandarinitas. — Ya verá, decía á voz en cuello, — de lo que son capaces don Pedro Rojas y su compadre, el Mayor de Ejército, Eleuterio Montes de Oca.

— Vamos al Bar, — dijo Martínez, — de ahí veremos todo.

— Magnífico, — repuse, — hacemos del « Bar 16 de Julio » nuestro cuartel general.

Nataniel acogió la idea con entusiasmo.

— ¡Á ver quién toma ese cuartel general!

— No, amigo mío, — exclamó Martínez. — Una batalla sería peligrosa. Jugaremos billar y entre carambola y carambola...

Don Eleuterio comenzó á tararear la marsellesa. Hiciéronle coro los demás y así entramos en el Bar, cantando á voz en cuello :

Allons, enfants de la patrie,
Le jour de gloire est arrivé.

El rayo de sol aquel que antes sonreía en la plaza, habíase ocultado tras un girón de nubes parduscas y amenazadoras. Los nimbos y los cúmulos se prolongaban hasta las cumbres de los cerros vecinos en actitudes guerreras. Oyóse un trueno lejano que fué repercutido por la serie de quebradas, como si hiciera fuego á distancia una escuadra aérea con cañones de 22 pulgadas. Poco á poco fué aquello creciendo, el nublado tornábase más sombrío y las descargas eléctricas sucedíanse con menores intermitencias.

La bulla en el Bar crecía á proporción.

Habíanse incorporado á nosotros el poeta Rodríguez y Eusebio Toro.

De improviso escuchamos un gran vocerío: eran varios electores que entraban.

Uno de ellos tuvo la audacia de penetrar hasta la plaza montado en un negro mulo que iba dando saltos de carnero, hasta que al fin se precipitó como una avalancha, dispersó á los ciudadanos que rodeaban una de las mesas, y dió en tierra con la persona del jinete, un hombrecillo de largos bigotes y de rostro tostado por el sol.

Cayó éste, que se hallaba borracho, con tan mala suerte, que resultó una de las espuelas que llevaba, engachada en el freno y aunque procuró desasirse no logró conseguirlo. La bestia al sentir aquel peso en uno de sus costados, después de pegar un par de coces, una de las cuales dió en pleno rostro al infeliz, partió al galope, y á pesar de los gritos de los espectadores y del auxilio que alguno quiso prestar al herido, nadie pudo lograrlo, así que éste fué como un fardo, dando tumbos, chocando la inherte cabeza contra las piedras y destrozándose los brazos. Al fin, á dos cuadras de distancia alguien pudo sujetar al

brioso animal y desenganchó la pierna derecha del pobre hombre que yacía sin sentido y que falleció poco después.

Cerca de las dos de la tarde abandonamos el Bar. Las elecciones estaban próximas á terminar. Los ánimos encontrábanse exitadísimos. Los truenos de arriba eran coreados por exclamaciones, gritos y silbidos de abajo.

Como habíamos bebido demasiado, mi sangre circulaba con extraordinaria rapidez, ardía como si en ella se hubiera incendiado algo. Apoyábame en el brazo de don Elesván y sentía malestar, mucho malestar.

El español decíame por lo bajo : — Amigo, Ud. no está acostumbrado á beber de ese modo, á alcoholizarse como estos caribes.

Los jurados se preparaban para el escrutinio y el cielo tronaba heroicamente, cuando desembocaron por una esquina da la plaza los garabitistas, y como es de criollos el tener el vino camorrero y amable á la vez y pasar tan pronto de la humildad á la soberbia, quitáronse aquellos, al verme, las chisteras abolladas y los sombreros grasientos. El saludo fué contestado por los míos y á un ¡ viva el Dr. Rojas! que resonó en toda la plaza, contes-

tóse con un ¡viva el Dr. Garabito! más luego cruzáronse entre individuos de ambos grupos algunas injurias, la amabilidad falsa se tornó en cólera verdadera, alzáronse los bastones, se arrancaron los revólveres, un tiro fué á deshacer una de las colmenas que con tanto trabajo habían construído las abejas en la torre de la Iglesia y se armó una descomunal batalla de palos y golpes que habría terminado desastrosamente, si las baterías del cielo, las nubes, convertidas en soberbias bombas apagadoras de tal incendio, no hubieran comenzado á vaciarse en un diluvio sobre los combatientes, que más aporreados por el agua que por los garrotazos, dejaron á un tiempo el campo de agramante y se fueron, incluso los jurados, á buscar refugio en sus casas, bien que salvando las sagradas ánforas.

Yo, que sentía que el mundo giraba y giraba, hice lo mismo, sostenido por el brazo de don Eleuterio, que tampoco andaba muy firme, y poco después, librado de un tropezón y de dos ó tres resbalones, yacía el Dr. Enrique Rojas durmiendo la mona ó el sueño de los candidatos.

XII

— ¡ Derrotado !

Don Eleuterio con el sombrero de copa ladeado y sacudiendo furiosamente un formidable bastón, murmuraba delante de mi lecho, la mañana siguiente, estas terribles palabras :

— ¡Derrotado! ¡Ha sido Ud. derrotado!

Al principio, no me di cuenta cabal de lo que me decía, pero luego, sacudí la modorra que me aquejaba y los recuerdos del día anterior acudieron con claridad á mi memoria.

— ¿Derrotado? — interrogué.

— Sí, doctor, — repuso don Eleuterio. — Nos han vencido por una mayoría de más de cien votos. Cien votos fraudulentos. Una ver-

dadera iniquidad fraguada por el mandarín. Yo ya me lo temía. Nada honrado podía esperarse de los Garabito, esa tribu de demagogos. Aquí tiene Ud. el resultado del escrutinio, — y don Eleuterio, al decir esto, sacó de su cartera una hoja de papel y me enseñó las cifras abrumadoras :

Dr. Manuel Garabito en la Capital....	451 votos
— — Villa Figueroa...	80 —
Total.....	531 votos

D. Enrique Rojas en la Capital.......	349 votos
— — Villa Figueroa...	43 —
Total.....	392 votos

— ¿De modo, — pregunté, — que á esta hora se sabe al resultado con seguridad?

— ¡ Oh, sí señor! Con toda seguridad. Será Ud. suplente.

¿ Yo ? Enrique Rojas suplente de un Garabito? ¿Yo suplente de un dipsómano, de un tinterillo, de un imbécil...?

De un salto abandoné el lecho y me puse á vestir apresuradamente.

¿Y para sufrir semejante derrota me ha

hecho venir mi tío don Pedro Rojas? ¿Para que yo, su sobrino, un muchacho de esperanzas legítimas, resultara suplente de un fulano Garabito, es decir, de la raíz cuadrada de la insignificancia y de la encarnación del aguardiente?

¿Y qué iba á decir mi padre? ¿y qué iba á decir don Manuel Menéndez ¿y qué iban á decir don Remigio Paredes y las Meruvia? ¿y qué iban á decir mis amigos, mis burlones amigos que me obsequiaron con un banquete de despedida celebrando el acariciado triunfo? ¿y qué iba á decir, sobre todo, mi prima Inés?

¿Tendría yo valor para presentarme delante de ella con las credenciales de candidato suplente?

¿Podría acaso un candidato fracasado, aspirar á la mano de una linda muchacha, cuyos ojos decían : ¿me quieres?

Don Eleuterio me contemplaba asombrado. Él no había esperado semejante chubasco. Y yo me había olvidado de que el buen hombre se hallaba presente.

Al fin, cuando me encontraba casi vestido, se animó á hablar.

— Pero doctor, todavía tenemos que dis-

cutir esas credenciales. El fraude ha existido, pues probaremos el fraude.

— No, don Eleuterio, yo no me tomo el trabajo de probar fraudes. ¿ Está Ud? Lo que voy á hacer ahora mismo es marcharme. ¡ Ahora mismo! ¡ No quiero ver á nadie!

¿ Puede Ud. proporcionarme una bestia?

— Como no, doctor, la tiene Ud. á su disposición.

— Bien, pues entonces me voy.

— Pero siquiera almorzará Ud., doctor.

— Mil gracias. Es Ud. muy amable. Saldré después de almorzar.

Evidentemente yo tenía la culpa de mi derrota. Yo que había perdido el tiempo en comidas, *aptapis*, fiestas y amoríos; yo que me había pasado las horas tumbado sobre un sofá, soñando en los ojos de Inés, en lugar de trabajar con actividad por mi candidatura.

Yo tenía la culpa por no haber alcoholizado á mis electores como era debido, yo que había olvidado los sabios consejos de don Manuel María Menéndez, yo que no había pronunciado los suficientes discursos, ni emborrachádome lo necesario.

Sí, yo tenía la culpa y por cierto que la pena era bien merecida.

Sólo faltaba ahora que don Pedro Rojas me tratara con cierto desdén y que mi prima Inés se riera en mis barbas.

Porque es claro que un candidato derrotado todo debía esperarlo.

Mis más acariciadas ilusiones acababan de desvanecerse. Mi soñada figura política moría apenas nacida y con ella ¡cuántas brillantes piezas oratorias, cuántos luminosos informes, cuántas alocuciones espléndidas, cuántos exordios magistrales, cuántos finales heroicos se perdían para el Congreso Boliviano!

Mi figura política se había desvanecido como un sueño, como un... La verdad es que yo no sabía cómo se había desvanecido mi figura política; pero lo indudable era que el desmoronamiento de mi diputación por los manejos del *mandarín*, como decía don Eleuterio, me obligaría á permanecer muy poco tiempo en « La Huerta » y, por lo tanto, á renunciar á obtener el amor de mi encantadora prima Inés.

En efecto, ¿qué rázon plausible podía yo

invocar para estar más tiempo del preciso en la casa solariega de don Pedro Rojas?

¿Qué razón?

Mas yo no me movería de allá, hasta saber si me aceptaba Inés, pues si estaba enamorado de la diputación, estaba más enamorado de mi prima.

Además, don Pedro Rojas no iba á hacerme arrojar al camino con sus colonos. Ya me había dicho él en otra oportunidad: Tienes mi casa á tu disposición ¡cañafístola! y si encuentras divertido el pasar algún tiempo más, acá, puedes hacerlo, que tendré en ello muchísimo gusto.

Era preciso, por tanto, que pasara en « La Huerta » un mes, quizá dos. Tomada tal resolución, cogí mi maleta de viaje y saqué de ella una pequeña caja que contenía tarjetas de visita. Extendílas sobre la mesa que me servía de escritorio y comencé á escribir en ellas dos palabras que se repetían en todas: Se despide.

Pensé, no obstante, que sería una ingratitud enviar una simple tarjeta á Carmen Meruvia.

Púseme las gruesas bolas de montar, el

cinturón de cuero, el sombrero de jipijapa y el revólver al cinto, á fin de estar tan bien como uno de los actores de *Don Juan Tenorio* y tomé el camino de la tienda en que vivía la joven, bien que sin mirar á uno sólo de los traseuntes con quienes me topaba en la calle.

Carmen Meruvia se sorprendió al verme con aquella indumentaria.

— ¡Cómo! ¿se va Ud.?

— Sí, Carmen, me marcho.

— Y ¿por qué tan pronto?

— Porque, como sabrá Ud. ya, me han derrotado en las elecciones y no quiero permanecer más tiempo en su tierra, en la que tan mal acaban de tratarme.

— Tiene Ud. razón. ¡Quién lo hubiera creído!

— Adiós, pues Carmen y que sea muy dichosa. ¿Están ahí su mamá y su hermana?

— No, han salido, pero espere un momentito. Vuelvo en seguida.

Un instante después, regresaba con un objeto entre manos. Era un sobre cerrado que contenía algo. Abrílo y encontré un rizo de los negros cabellos de la joven.

¡Pobre muchacha!

*
* *

Era preciso, además, ir á ver á don Remigio y pedirle ayuda, que bien la necesitaba en el asunto de mi prima. Me dirigí, pues, á su casa.

Así que me hallé en presencia del buen hombre tibubeé algo antes de empezar.

— Señor cura:

La noche en que me convidó Ud. á aquel delicioso ponche de almendras, del que guardo imperecederos recuerdos, me dió á entender que esperaba bendecir mi matrimonio con Inés. Y aunque le cause extrañeza que me dirija á un sacerdote con motivo tan profano, que debía ser exclusivamente de cuenta mía, la estimación que sé que Ud. me profesa y el prestigio de que goza Ud. en casa de mi tío, me obligan á demandar su ayuda.

Don Remigio se frotó las manos con satisfacción y repuso:

— Con mucho gusto, mi querido doctor don Enrique. ¿En qué forma y cómo deberé hacerlo?

— ¿Sabe Ud? aunque no conozco con seguridad los sentimientos de mi prima, tengo motivos para presumir que no le soy desagradable. No se trata, pues, de ella, sino de don Pedro Rojas, mi tío.

Como sabrá Ud., señor cura, he sido derrotado en las elecciones por una considerable mayoría de votos en favor de mi contendiente.

Ahora bien, en el asunto de la diputación no he trabajado como debía y ésta es una de las razones por las cuales sólo obtuve la suplencia.

Por otra parte, mi tío, que ha hecho cuanto le era posible por conseguir el triunfo de mi candidatura, debe encontrarse herido en su amor propio. Ud. conoce, señor cura, lo que es el amor propio de don Pedro Rojas. Es un amor propio exagerado, que participa del orgullo de los gentiles hombres españoles y del espíritu altanero de los guerreros de la Independencia.

Fácil le será por tanto hacerse cargo, que don Pedro Rojas, según todas las probabilidades, negará la mano de su nieta á un candidato fracasado, á un candidato suplente de

Manuel Garabito. Y quizá, señor cura, quizá tendrá razón.

Pero para eso cuento con Ud. Usted sabrá disuadirle de sus propósitos adversos á los míos, Ud. le hará comprender que soy un buen muchacho y que estoy más enamorado de mi prima que...

— Que Romeo de Julieta, que Abelardo de Eloísa.

— Eso mismo, don Remigio, y que sabré hacerla feliz. Además, el está achacoso, puede morirse pronto y entonces ¿qué sería de Inés ¿á qué manos extrañas quedaría confiada mi adorable prima? Sólo el pensarlo me horroriza.

Don Remigio tosió un poco y me dijo :

— Mi querido doctor don Enrique, creo que sus temores son exagerados. Que á don Pedro le haya disgustado el triunfo del candidato contrario, es evidente, pero que por eso niegue la mano de su nieta á un joven excelente, me parece que no puede ser. Mi querido doctor don Enrique, yo respondo del éxito de nuestra empresa.

— ¿Ud. responde, señor cura?

— ¡Sí señor, yo respondo!

— Si es así, señor cura, cuente Ud. con mi eterno agradecimiento. Hoy mismo salgo para « La Huerta ». Hasta la vista, pues. Espero tenerlo muy pronto allá.

— Muy pronto me tendrá Ud. allí, mi querido doctor ; — y el bueno de don Remigio, estrechándome las manos, añadió : — Conque mil felicidades y muchos recuerdos para Inesita.

*
* *

Inesita me sonreía apoyada en el barandado del ancho corredor de la casa de « La Huerta ».

Yo llegué á la verdad un poco avergonzado, como si llevara á la grupa de la acémila que montaba, la derrota sufrida en las elecciones y temí que aquella sonrisa que plegaba los labios de mi prima tuviese una pequeña dosis de sarcasmo, como si Inés hubiese sido capaz de semejante cosa. No, Inés sonreía simplemente por que sentía agrado de volver á verme.

No esperó mi adorable prima que yo la diese la mano, ceremonioso y circunspecto, como un primo de novela, sino que me abrió

los brazos y me estrechó cariñosamente en ellos, y á fe que yo daba por bien perdida la diputación después de sentir la dulce fruición de ese abrazo, que no se borrará jamás de mi memoria ; de ese abrazo en el que sentí cierta tibieza encantadora de nido, cierta suavidad de seda, cierto roce de cabellos, cierto perfume de jazmines tiernos, suficientes para premiar con creces los sufrimientos de un condenado á alguno de los círculos del infierno del Dante, ó los de un proscrito, como aquellos cuyas penas ha cantado don José David Berríos.

Luego, cogidos de la mano, casi sin darnos cuenta de lo que hacíamos, penetramos en la habitación en que don Pedro Rojas yacía reclinado en uno de sus viejísimos y amplios sillones, más reumático y mas renegón que nunca.

Paróse el buen viejo, me estrechó contra su pecho y luego añadió con un poco de socarronería :

— Y, ¿traes la diputación en el bolsillo ?

— Querido tío...

— Ya sé lo que ha pasado, ¡cañafístola ! Nos han dado una fenomenal paliza. Bien la

merecemos por haber tenido la candidez de creer que con subprefectos como Garabito se podía obtener un diputado y sobre todo, bien merecida la tengo yo por haber supuesto que mi sobrino, un doctor de veiticinco años, iba á concretarse en su jira política, á trabajar y nada más que á trabajar por su causa, en vez de hacer el amor á todas las damiselas del pueblo, ¡ cañafístola ! ¿ Desde cuándo don Juan Tenorio ha vencido en ninguna elección para diputado?

— Inesita, — añadió mi tío, — sirve uno de esos deliciosos frescos que compones, porque, con el calor que hace, tu primo estará muerto de sed.

Tan pronto como Inés hubo salido, don Pedro, luego de encender el cigarro que había torcido durante largo rato, díjome con cierta expresión misteriosa, que me hizo dar un escalofrío.

— Hay muchas novedades ¡cañafístola! especialmente respecto á Inesita. En fin, ya hablaremos, puesto que como á miembro de la familia tengo que consultarte.

— ¿Respecto á Inés, tío?

— Sí hombre, respecto á Inés. ¿Parece

que te llama la atención la cosa, eh? — y cambiando de conversación el viejo cazurro, añadió :

— Dejando eso á un lado. ¿Cómo se portó contigo don Eleutorio?

— Bastante bien.

— Yo temía alguna intriga, porque ya sabes tú lo que es la gente de provincia. La conozco demasiado, por eso es que, encerrado en « La Huerta », trato con poquísimas personas. Sobre todo en cuestiones políticas... — Y aprovechando el asunto, mi tío se extendió en un largo palique sobre el sufragio y sobre la psicología de los electores de provincia ; palique al que puso término Inés, que me traía el anhelado fresco color de ámbar, que me supo á gloria, sobre todo, por ser hecho por las suavísimas manos de mi adorable prima.

* * *

Aquella tarde, encontré á Inés en el jardín, melancólicamente reclinada en un rústico banco. La joven parecía absorta en seguir el vuelo caprichoso y fugaz de un ensueño que se

ha acariciado durante largo tiempo y que se va perdiendo tristemente.

La tarde serena y suave, á la hora en que el sol caía poniendo rubios estremecimientos de luz en las cimas de los cerros y en las copas de los árboles, era digna de exornar uno de los capítulos más amorosos de María por Jorge Isaacs ó de alguna otra novela de romanticismo criollo.

La ocasión era propicia: un dulce atardecer en un jardín sereno y perfumado, un silencio discreto y una prima bonita y sentimental, sentada sobre un banco rústico, junto á una teoría coquetona de rosales.

Inés me sonrío dulcemente, apenas me vió avanzar hacia ella, y cuando llegué hasta el sitio en que se hallaba, ofrecióme asiento á su lado.

— ¡ Qué ponsativa estás Inés! — la dije. — ¿ Es cuestión de amores lo que te preocupa? Hazme tus confidencias. Le he oído á mi tío palabras misteriosas respecto á ti, y estoy curioso por saber de qué se trata.

— Has adivinado en parte, — me respondió Inés, — pero no es cuestión de amores... Es cuestión de matrimonio.

— Y ¿acaso el matrimonio no es cuestión de amor?

Aunque suponía que las enigmáticas palabras de don Pedro giraban alrededor de este asunto, debí ponerme pálido, porque mi prima, entre conmovida y sonriente, dijo: — Pero ¿qué te pasa, Enrique? has palidecido.

— Es muy natural, Inés, — repuse. — Tu suerte me preocupa, y el que tú te cases, que decidirá no solamente de tu suerte sino de la de otra persona... me preocupa aún más.

— ¿De la otra persona?

— Sí, de la otra persona. No de ese que supongo haya pedido tu mano y que ignoro quién sea, sino de la de otro que te quiere mucho.

Cuando yo te dejé, hace apenas algo más de mes y medio, tú te hallabas libre de toda impresión. Ningún muchacho había podido enamorarte, toda tu ternura se hallaba concretada en tu abuelo, tus sentimientos eran los de una niña, no conocías siquiera la coquetería intencional, aunque tus ojos fueran de por sí coquetones, lo mismo que tus labios. En tan poco tiempo ¿has podido cambiar

tanto? ¿has podido conocer á alguno y quererlo? ¿ha podido revelársete el amor?

Ella me miraba con interrogativa mirada.

— ¡Me hablas de una manera!... —dijo, y añadió suavemente:

— Nada ha cambiado. Soy la misma que cuando tú te fuiste á trabajar por tu candidatura.

— ¿Cómo? ¿que no ha cambiado nada? ¿y lo del matrimonio?

— Es muy sencillo: Manuel Trigo quiere casarse conmigo y ha pedido mi mano hace dos días.

— ¿Y?...

— Mi abuelo le ha señalado un plazo para la contestación, pero á él no le disgusta, porque Trigo es, según su opinión, un buen partido.

— De modo que le concederá tu mano.

— Puede ser...

— Y tú, ¿qué dices? porque supongo que don Pedro te habrá consultado. Al fin quien se casa eres tú y no él, y es tu voluntad la que debe decidir del asunto.

— Yo no sé ...

— Tú, ¿lo quieres?

— Es buen mozo y simpático, pero le conozco muy poco, ¿cómo podría quererlo ?

— ¿De modo que tu contestación ha sido negativa?

— Yo tampoco le he dado una respuesta á mi abuelo. Quería consultarte á ti.

— ¡Gracias Inés! Y si yo te dijese que no, que no te cases con ese Trigo.

— Si tú me dijeses eso, — repuso Inés recalcando las palabras, — no me casaría con él.

— Pues te lo digo, ¿oyes? yo no quiero que te cases con ese Trigo.

— ¿Por qué?...

— ¡Porque yo sería el hombre más desdichado del mundo! porque yo te quiero y porque el que tiene que ser tu esposo, soy yo!

Ella permanecía con la cabeza baja.

— Pero antes necesito saber si tú me quieres también. Tú me quieres, ¿no es cierto, Inés que tu me quieres?

La tomé ambas manos que ella abandonó entre las mías y la atraje hacia mí.

— ¿No es cierto que me quieres, Inés?

Sus cabellos negros y perfumados rozaban mi frente, sus manos estrechaban fuertemente las mías, y sus ojos languidecían mi-

rándome con una mirada llena de voluptuosidad y de promesas.

No pude contenerme, la atraje vivamente hacia mí y la besé en los labios.

Ruborosa y agitada, deshízose de mis brazos, paróse de un salto y se alejó corriendo, mientras mis ojos la seguían cariñosamente.

Antes de desparecer de mi vista detrás de los árboles, volvióse y sus hermosas pupilas negras me enviaron una larga caricia.

*
* *

Durante la comida, Inés había evitado mirarme. Por más esfuerzos que hice para interrogar á sus pupilas la causa de su actitud, sus ojos, como si se hallaran diestros y experimentados en cuestión de esquiveces y desdenes, se dieron maña para no encontrarse con los míos.

Ella sabía muy bien, que después de nuestra conversación en el jardín, nada me habría sabido mejor que la limosna de una mirada dulce y, sin embargo, rehuía el concederla. ¿Lo hacía por malignidad, lo hacía por turbación, lo hacía por coquetería? No

sé. ¡Pero hubiera deseado tanto que sus bellos ojos me confortaran, me dieran valor para arrostrar serenamente las palabras con que don Pedro Rojas me participaría que la mano de Inés había sido solicitada por el más rico propietario de la Sección y que él pensaba concederla!

Por momentos apoderábase de mí el mayor desaliento. Tras de la derrota sufrida en las elecciones, parecíame que lógicamente debía seguir el desastre de mis amores, el rechazo de mis pretensiones matrimoniales.

Reprochábame el no haber manifestado á mi prima la intención que tenía de pedir también su mano y el no haberme puesto de acuerdo con ella sobre este punto.

Es cierto que Inés no me respondió si me quería ó si yo le era indiferente, á pesar de mis reiteradas instancias. El amor, además, me había vencido, y aquel beso, aquel delicioso beso, casi robado á sus labios, puso fin á la conversación que iba á decidir de mi suerte.

¡Qué importaba que sus ojos me hablaran de cariño, que ella me manifestara simpatía y que coqueteara conmigo, si es y ha

sido siempre placer de las mujeres el jugar con el amor que se les profesa. Bien podía la bella Inés estarse burlando del candidato doblemente fracasado en la propiedad de su corazón y en la diputación de la Provincia.

¿Y si así fuese? le diría que era una infame, le pagaría con el desprecio y con el olvido.

El olvido,... pero ¿podría olvidarla? ¡Es tan fácil hablar de olvido y es tan difícil olvidar!

*
* *

Yo había amado más de una vez y recordaba esas noches de insomnio en que, enamorado, procuraba borrar de mi imaginación la obsesionante imagen de la mujer querida; en que amontonaba sobre ella todos los defectos para hacerla odiosa para mí mismo; en que comentaba cada uno de sus desdenes y cuando creíala envuelta en algo semejante á la repulsión y al odio, surgía ella á mi memoria más hermosa, más tentadora, más adorable y el corazón latía apresuradamente;

y ante la idea de perderla, de perderla para siempre, crispábase de dolor, se contraía, parecía querer romperse, contra mi voluntad, mientras yo procuraba acallar su palpitación llevándome la mano al pecho y en tanto que las lágrimas, corrían por mis mejillas.

Quizá me esperaba, otra vez, una larga serie de tales noches de desesperación, por culpa de esa chiquilla que no valía gran cosa y de la que, sin embargo, estaba apasionado.

Mas por esas alternativas tan frecuentes en los enamorados, mis alarmas de un instante parecíanme infundadas, casi ridículas.

No, era imposible que Inés fuese capaz de burlarse de mí. Una muchacha tan ingenua y tan buena, como mi prima, no podía divertirse con una grave cuestión de sentimiento. Además, si no me amaba con pasión, bien fácil era el hacerse cargo de no serle yo indiferente.

Por otra parte, don Pedro Rojas me estimaba, me quería y hubiera sido incapaz de sacrificar á un sobrino y ahijado y á una nieta á la que adoraba, por una baja razón de interés.

Preciso era por tanto que no me desalentase, que cobrase bríos para la lucha que había de darme, en caso de obtener la victoria, la felicidad de ser dueño de una linda muchacha, en la apacible quietud de aquella casa solariega.

Con qué gravedad, comenzó don Pedro Rojas á contarme las novedades que había respecto á Inesita.

La vasta sala de recibo parecía estremecerse conmovida por la severa voz del anciano; los opacos espejos, sobre los cuales caía la pálida luz de un quinqué, imitaban aguas cenagosas llenas de misterio; los sofáes amplios y los antiguos sillones recortábanse imponentemente sobre el empapelado blanco con medallones dorados de las paredes y los retratos de don Gaspar de Rojas y Salado y de su esposa, adquirían vida, como si velaran desde los viejos lienzos en que se hallaban pintados, por la felicidad de su tataranieta.

— Manuel Trigo, tú lo conoces, ¿no es cierto? Manuel Trigo ha solicitado la mano de Inesita.

Es un muchacho serio, trabajador y rico.

Reúne, por tanto, las tres condiciones mejores que puede tener un hombre y sobre todo un marido, ¡cañafístola!

Ese no ha perdido el tiempo estudiando para abogado, ni dedicado á literaturitas, ni á amorcillos; lo ha consagrado á la agricultura, que como tú sabes, es la principal fuente de la riqueza. Trigo ha dicho como los ingleses: *Time is money*; el tiempo es plata.

En cuanto á Inesita, no abrigo la menor duda de que sería una buena mujer de su casa. Es dócil, hacendosa y buena, y con eso basta y sobra.

Yo daría por consiguiente con el mayor gusto mi consentimiento; pero tú debes conocer lo que son las chiquillas. Á esta se le ha ocurrido que no sabe si quiere ó no quiere á Trigo y cuando yo le he preguntado si ama á algún otro, me ha respondido que tampoco lo sabe. ¡Qué lógica la de esa cabecita, eh!... Inés bajaba los ojos entre sonriente y confundida y mi tío continuó:

— Por lo demás, esto no es extraño ¡cañafístola! Las mujeres siempre han sido así. Nunca saben lo que desean. Mi esposa y la madre de Inés eran lo mismo. Tu abuela con

igual facilidad que conmigo se hubiese casado con Perico de los palotes.

Por tanto, si Inés persiste en no saber si siente ó no inclinación alguna, yo daré una contestación afirmativa al mozo que la ha pedido. Te participo, pues, que tu prima se va á comprometer.

La cosa era concluyente y yo, á pesar de los propósitos que había hecho de mantenerme sereno y de defender convenientemente mi causa, sentía flaquearme el ánimo. Ni en los más difíciles pasos de novel político había tenido un susto semejante.

Tembloroso, casi balbuciente, exclamé :

— Querido tío : Lo que Ud. acaba de decir lo juzgo muy bien ; reconozco las excelentes cualidades que para marido adornan al señor Trigo y jamás he puesto en duda las bellas virtudes de mi prima, pero permítame decirle que hay un hombre que ama á Inés mucho más que Trigo.

— ¿Y quién es él?

— Un momento, querido tío, debo añadir, además, que casi estoy seguro de que á Inés tampoco le es indiferente ese hombre.

— Al grano, ¡ cañafístola !

— Bien, querido tío, ese hombre soy yo.

— Tú ¿eh? Perfectamente, pero, ¿con qué piensas sostener á tu mujer, una vez que no tendrás ni los viáticos de diputado?

— La sostendré con mi trabajo; soy abogado, querido tío, defenderé pleitos y si es necesario me transformaré en agricultor como ese Trigo.

— Esto era lo que faltaba ¡cañafístola! He ahí para lo que te hice venir, para que enamoraras á mi nieta y en lugar de obtener la diputación me robaras el cariño de la muchacha.

— Pero Trigo también se lo hubiera robado.

— ¡De modo que... !

— Querido tío, tengo el honor de pedir la mano de su nieta Inés.

Don Pedro no me contestó y dirigiéndose á Inés, que había permanecido silenciosa, casi oculta, hundida en uno de los grandes sillones de la sala, envuelta en la penumbra que proyectaba la amarillenta luz del quinqué, la preguntó :

— Y tú ¿que dices?

Paróse Inés que tenía los ojos llenos de lá-

grimas y repuso con mayor entereza de la que yo la hubiese creído capaz :

— Abuelito : de Trigo podía decir que no sabía si lo quería ó no, pues las personas á quienes no conozco me son indiferentes, pero de Enrique no puedo decir eso, á Enrique lo quiero.

Don Pedro interrumpióla bruscamente :

— ¿De dónde has sacado esos humos? Bien arreglada tenían los tórtolos la historia. ¡Cañafístola con los tenorios y con las señoritas de estos tiempos...!

En seguida mi tío llamó á Brígida y le ordenó secamente :

— Doña Brígida, acompañe Ud. á la señorita á su dormitorio, — y luego dirigiéndose á mí, añadió :

— Hasta mañana.

*
* *

Por mi buena suerte, había llegado á « La Huerta » don Remigio Paredes el día en que debía decidirse mi felicidad.

Apenas vi asomar por entre los cercos de arbustos que crecían á la vera del camino, el

ancho sombrero de teja que cubría la gruesa y respetable cabeza del señor cura, dióme un vuelco de alegría el corazón y cobré esperanzas.

El buen hombre traía una cara grave y un tanto triste, contra su costumbre.

Dirigíme á él y le estreché efusivamente una mano, añadiendo :

— Gracias, señor cura, llega Ud. á tiempo.

— ¡Cuánto me alegro, mi querido doctor don Enrique! Vengo á trabajar por su causa.

Inés, que acababa de salir en aquel momento, como si comprendiera que en el sacerdote teníamos un aliado, estuvo más amable que nunca con él y condújolo á presencia de su abuelo.

Volvió casi en seguida y como yo sabía por doña Brígida que había tenido una larga conversación con don Pedro, la interrogué al respecto.

Entonces pude observar que la joven conservaba en las mejillas huellas de llanto.

— Tú has llorado Inés. — añadí.

— Sí, — repuso, — he llorado. Mi abuelo me hizo llamar á sus habitaciones y con una severidad á que jamás estuve acostumbrada,

me dijo, que le había causado un profundo sentimiento el que no hubiese tenido con él la suficiente confianza para avisarle que nos queríamos. Después de un largo sermón sobre esto, me preguntó si estaba segura de mi cariño, porque, añadió, una muchacha inexperta como tú puede tomar por amor lo que es solamente simpatía, entusiasmo del momento ó simple capricho.

— Y tú ¿qué le contestaste?

— ¡Ah! ¿conque deseas saberlo? pues no te lo digo, porque no lo mereces y por que no mereces que se te quiera.

— Por lo visto, — repuse, — tú también vas á ponerte de parte de Trigo. ¿Es que el abuelo te ha hecho cambiar tan rapidamente de opinión?

— ¿No digo que eres un mal agradecido?...

— Si es así, perdóname y no me hagas sufrir más tiempo.

— Le dije que te quería, que no era capricho ni mero entusiasmo, sino amor verdadero. Le dije que yo era ya mujer y que me daba perfecta cuenta de mis sentimientos. Que si deseaba hacer mi felicidad, permitiese mi

matrimonio contigo, porque tu eres el único hombre á quien amaré en mi vida.

— ¡Mi adorada Inés! Has sido el mejor abogado de mi causa, — la dije tomándole las manos que ella no quería abandonarme.

— Sí, lo he sido, — repuso, — sin embargo de que tú no me amas como debieras.

— ¿Cómo puedes decir eso?

— Sí; tú no me quieres, porque si me quisieras, no habrías tenido en el pueblo amores con Milagros Moreira y con tantas otras. El hombre que ama, sólo piensa en la mujer querida. Tú no pensabas en mí, pensabas en otras.

— ¡Inés, Inés! mira, hay dos clases de mujeres. Unas por las que se siente verdadero culto; amor suave y á la vez imperioso, lleno de ternuras, lleno de encanto. Lo inspiran las niñas como tú, puras, ingenuas. Cuando se pierde á la mujer que se ama de esa manera, en la existencia del hombre hay un vacío inmenso, que nada puede llenar. Es algo inexplicable, pero que se siente.

Hay otra clase de mujeres, que pasan en nuestra vida dejando huellas dolorosas á veces, pero que se borran con el tiempo: mu-

jeres frívolas ó mujeres coquetas que tienen pródigo el corazón ó que no lo tienen, mujeres que vencen por sus favores y por el imperio de la carne. Á esas no se las ama; se las desea y se las posee. Causan fiebres más ó menos largas, pero fiebres al fin, y que pasan, á menos que lleguen á vencer la voluntad del hombre y lo conviertan en un enfermo para toda su vida.

Una niña como tú no puede tener celos de esas mujeres. Entre ustedes y ellas hay un abismo.

— Muy bien dicho, pero...

— Inés, es cierto que he tenido ligeros amoríos, si quieres llamarlos así, con Milagros Moreira, una pobre joven, por la que siento casi compasión; pero eso no puede tomarse seriamente. De todos modos, si he delinquido, tú me perdonas ¿no es cierto?

— No te perdono.

— Basta que te lo pida, después de haber hecho confesión general.

— Bueno, te perdono pero no olvido.

— Quien perdona, olvida.

Nuestro diálogo fué interrumpido por don Remigio, que andaba en busca nuestra

y que exclamó, con tono sentencioso, al vernos:

— Mi querido doctor don Enrique, vengo de parte de su señor tío que tiene que hablarle de una cosa muy importante para Ud. — y añadió volviéndose á Inés, — y creo que también para Inesita.

* * *

Encontramos á don Pedro Rojas reclinado en una mecedora, junto á una ventana.

Saludóme tan afable como siempre y me señaló un asiento.

— Amigo mío, — me dijo, — has andado con fortuna: tienes en la casa excelentes partidarios tuyos, mejores que los que habrás sabido conquistarte con tu amabilidad política. En « La Huerta », todo el mundo te quiere: el señor cura me ha manifestado que te profesa profunda estimación, y no solamente estimación ¡cañafístola! sino que ahora ha venido con cierta embajada, que á pesar mío, y á pesar de la buena idea que tengo del santo varón, me hace suponer, que

todos ustedes han obrado de acuerdo en el asunto del matrimonio.

Pero, en fin, esto no hace sino robustecer la resolución que había tomado.

Púsose de pie el buen viejo y añadió :

— Ven acá *ñato* y abrázame, abrázame con todas tus fuerzas, porque eres el hombre más feliz del mundo, pues á pesar de haber sido derrotado en las elecciones, te casarás con Inesita.

Don Remigio Paredes nos miraba sonriente. Mi tío, señalándolo, así que terminó el efusivo abrazo que durante un momento nos había unido, exclamó :

— Y ahora abraza al mejor intercesor de tu causa, ¡ cañafístola !

Y mientras el señor cura me estrechaba á su vez contra su robusto pecho, don Pedro hacía llamar á mi prima, que sin duda sospechando la causa de tal llamamiento se presentó toda ruborosa.

Cogiónos don Pedro de las manos, nos miró un momento con cariño, é interrogando al señor cura, dijo :

— ¿ No es cierto que formarán una linda pareja? luego, añadió, dirigiéndose á Inés :

— Ahí tienes á tu prometido. En tus manos está hacer su felicidad, cuando seas su esposa.

Después, dirigiéndose á mí :

— En cuanto á ti ; eres responsable de la dicha de este mi tesoro. Guárdala bien y quiérela mucho ; pues aunque sea desde el fondo de mi tumba vendría á pedirte cuenta de cada lágrima que la hicieses derramar.

Abrió, don Pedro, en seguida, la ventana de aquella habitación, ventana que dominaba una considerable extensión de la propiedad y con estudiada calma, continuó :

— Todo eso que ves, es obra exclusiva de mis esfuerzos. Cuando yo llegué acá, hará una veintena de años, todos estos campos estaban incultos y yo era entonces tan pobre como lo eres tú ahora. Mi trabajo ha transformado los pajonales estériles en hermosas plantaciones, la montaña salvaje y enmarañada, que ha sido preciso conquistar palmo á palmo, en productivos terrenos de sembradío y magníficos huertos.

Durante diez años he dejado en los surcos un poco de mi sudor, cumpliendo al pie de la letra la frase bíblica.

Esta hacienda es obra mía, es fruto de mis esfuerzos y de mis fatigas, por eso la quiero como á una hija, casi tanto (señalando á Inés), como á esta otra.

Yo formé el corazón de mi nieta, cultivando en él los buenos sentimientos y las virtudes que hacen adorable á la mujer, como se cultivan las flores en un lindo jardín. No encontrarás en ese corazón malezas. Todas fueron arrancadas á tiempo.

Lo mismo te digo de mi hacienda. La tierra está preparada para las labores, las yerbas dañinas han sido extirpadas y por todas partes los sembrados prosperan.

Son mis dos obras. Te las entrego á ti. La una lleva mis ideas y mis principios morales; la otra se encuentra fecundada por mis sudores y mis esfuerzos. Tómalas...

FIN

PALABRAS DE ORIGEN AIMARÁ Y CRIOLLISMOS USADOS EN EL CURSO DE ESTE LIBRO, QUE NO SE ENCUENTRAN EN EL « DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA » :

Velay. Criollismo comun entre la gente del pueblo, equivalente á « he ahí ».

Biloco. Especie de faisán que habita en Yungas.

Apasanca. Araña saltadora grande y venenosa.

Aptapi. Pick-nic criollo, frecuente en la clase media.

Yapa. Algo que se aumenta en la especie vendida ; como si dijéramos, premio que se da al comprador.

Chacarilla. De chácara, americanismo.

Locoto. Fruto picante de color rojo ó verde, producido por una planta de la familia de las solanáceas.

Pisco. Variedad del aguardiente de uva.

Talaquear. Zapateado, durante el bailecito de tierra.

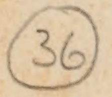
Bailecito. Danza alegre parecida á la cueca que baila en Bolivia la gente mestiza.

Guayñu. Música de origen aimará, especie de seguidilla de compás precipitado.

Chacalaris. Avejas de una especie oscura, cuya miel es poco aprovechable.

Biblia. Especie de cocktail de huevos.

TOURS. — IMPRENTA DESLIS HERMANOS, 6, RUE GAMBETTA.


36